



Rubén Darío

El modernismo y otros textos críticos

I. El modernismo

De Catulle Mendès. Parnasianos y decadentes (1888)

Creer y aseguran algunos que es extralimitar la poesía y la prosa, llevar el arte de la palabra al terreno de otras artes, de la pintura verbigracia, de la escultura, de la música. No. Es dar toda la soberanía que merece al pensamiento escrito, es hacer del don humano por excelencia un medio refinado de expresión, es utilizar todas las sonoridades de la lengua en exponer todas las claridades del espíritu que concibe.

Un exceso de arte no puede sino ser un exceso de belleza. Se sabe lo que es el arte. Luego hay ojos tan miopes, hay juicios tan extraños, que pueden confundir en un rasgo, o en un amontonamiento de adornos, a un Benvenuto con Churriguera.

Con fuerza y gracia, ahí está el encanto, señores.

Y es don muy raro.

Juntar la grandeza o los esplendores de una idea en el cerco burilado de una buena combinación de letras; lograr no escribir como los papagayos hablan, sino hablar como las águilas callan; tener luz y color en un engarce, aprisionar el secreto de la música en la trampa de plata de la retórica, hacer rosas artificiales que huelen a primavera, he ahí el

misterio. Y para eso, nada de burgueses literarios, ni de frases de cartón.

En castellano hay pocos que sigan aquella escuela casi exclusivamente francesa.

Pocos se preocupan de la forma artística, del refinamiento; pocos dan -para producir la chispa- con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos; pocos toman de Santa Teresa, la doctora, que retorció y laminaba y trenzaba la frase; de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo, que la fundía y vaciaba en caprichoso molde, de raras combinaciones gramaticales. Y tenemos quizá más que ninguna otra lengua un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura: tenemos fuerza y gracia a maravilla. Hay audaces, no obstante, en España y no faltan -gracias a Dios- en América.

¡He aquí a Riquelme, a Gilbert en Chile!

Se necesita que el ingenio saque del joyero antiguo el buen metal y la rica pedrería, para fundir, montar y pulir a capricho, volando al porvenir, dando novedad a la producción, con un decir flamante, rápido, eléctrico, nunca usado, por cuanto nunca se han tenido a la mano como ahora todos los elementos de la naturaleza y todas las grandezas del espíritu.

No nos debilitemos, no empleemos ese procedimiento con polvos de arroz y con hojarascas de color de rosa, a la parisiense -hablo con los poquísimos aficionados-, pero empleemos lo bello en otras esferas, en nuestra literatura que empieza.

En Obras desconocidas de Rubén Darío, ed. R. Silva Castro (Santiago: Universidad de Chile, 1934).

El modernismo

28 de noviembre

Puede verse constantemente en la prensa de Madrid que se alude al modernismo, que se ataca a los modernistas, que se habla de decadentes, de estetas, de prerrafaelistas con «s» y todo. Es cosa que me ha llamado la atención no encontrar desde luego el menor motivo para invectivas o elogios, o alusiones que a tales asuntos se refieran. No existe en Madrid, ni en el resto de España, con excepción de Cataluña, ninguna agrupación, brotherhood, en que el arte puro -o impuro, señores preceptistas- se cultive siguiendo el movimiento que en estos últimos tiempos ha sido tratado con tanta dureza por unos, con tanto entusiasmo por otros. El formalismo tradicional, por una parte; la concepción de una moral y de una estética especiales, por otra, han arraigado el españolismo, que, según don Juan Valera, no puede arrancarse «ni a veinticinco tirones». Esto impide la influencia de todo soplo cosmopolita, como asimismo la expansión

individual, la libertad, digámoslo con la palabra consagrada, el anarquismo en el arte base de lo que constituye la evolución moderna o modernista.

Ahora, en la juventud misma que tiende a todo lo nuevo, falta la virtud del deseo, o, mejor, del entusiasmo, una pasión en arte, y, sobretodo, el don de la voluntad. Además, la poca difusión de los idiomas extranjeros, la ninguna atención que, por lo general, dedica la Prensa a las manifestaciones de vida mental de otras naciones, como no sean aquellas que atañen al gran público; y después de todo, el imperio de la pereza y de la burla, hacen que apenas existan señaladas individualidades que tomen el arte en todo su integral valor. En una visita que he hecho recientemente al nuevo académico Jacinto Octavio Picón, me decía este meritísimo escritor: «Créame usted, en España nos sobran talentos; lo que nos falta son voluntades y caracteres.»

El señor Llanas Aguilaniedo, uno de los escasos espíritus que en la nueva generación española toman el estudio y la meditación con la seriedad debida, decía no hace mucho tiempo: «Existen, además, en este país, cretinizados por el abandono y la pereza, muy pocos espíritus activos; acostumbrados -la generalidad- a las comodidades de una vida fácil, que no exige grandes esfuerzos intelectuales ni físicos, ni comprenden, en su mayoría, cómo puede haber individuos que encuentren en el trabajo de cualquier orden un reposo, y al propio tiempo un medio de tonificarse y de dar expansión al espíritu; los trabajadores, con ideas y con verdadera afición a la labor, están, puede decirse, confinados en la zona norte de la Península; el resto de la nación, aunque en estas cuestiones no puede generalizarse absolutamente, trabaja cuando se ve obligado a ello, pero sin ilusión ni entusiasmo.» En lo que no estoy de acuerdo con el señor Llanas es en que aquí se conozca todo, se analice y se estudie la producción extranjera y luego no se la siga. «Sin duda -dice-, no nos consideramos elevados a una altura superior, y desde ella nos damos por satisfechos con observar lo que en el mundo ocurre, sin que nos pase por la imaginación secundar el movimiento.»

Yo anoto. Difícil es encontrar en ninguna librería obras de cierto género, como no las encargue uno mismo. El Ateneo recibe unas cuantas revistas del carácter independiente, y poquísimos escritores y aficionados a las letras están al tanto de la producción extranjera. He observado, por ejemplo, en la redacción de la Revista Nueva, donde se reciben muchas buenas revistas italianas, francesas, inglesas, y libros de cierta aristocracia intelectual aquí desconocida, que aun compañeros míos de mucho talento miran con indiferencia, con desdén y sin siquiera curiosidad. De más decir que en todo círculo de jóvenes que escriben todo se disuelve en chiste, ocurrencia de más o menos pimienta, o frase caricatural, que evita todo pensamiento grave. Los reflexivos o religiosos de arte no hay duda que padecen en tal promiscuidad.

Los que son tachados de simbolistas no tienen una sola obra simbolista. A Valle-Inclán le llaman decadente porque escribe en una prosa trabajada y pulida, de admirable mérito formal. Y a Jacinto Benavente, modernista y esteta, porque si piensa, lo hace bajo el sol de Shakespeare, y si sonrío y satiriza, lo hace como ciertos parisienses, que nada tienen de estetas ni de modernistas. Luego, todo se toma a guasa. Se habló por primera vez

de estetismo en Madrid, y, dice el citado señor Llanas Aguilaniedo: «Funcionó en calidad de oráculo la Cacharrería del Ateneo, donde se recordó a Oscar Wilde... Salieron los periódicos y revistas de la corte jugando del vocablo y midiendo a todos los idólatras de la belleza por el patrón del fundador de la escuela, abusándose del tema en tales términos, que ya hasta los barberos de López Silva consideraban ofensiva la denominación, y se resentían del epíteto. Por este camino no se va a ninguna parte.»

En pintura, el modernismo tampoco tiene representantes, fuera de algunos catalanes, como no sean los dibujantes, que creen haberlo hecho todo con emplomar sus siluetas como en los vitraux, imitar los cabellos avirutados de las mujeres de Mucha, o calcar las decoraciones de revistas alemanas, inglesas o francesas. Los catalanes sí han hecho lo posible, con exceso quizá, por dar su nota en el progreso artístico moderno. Desde su literatura, que cuenta, entre otros, con Rusiñol, Maragall, Utrillo, hasta su pintura y artes decorativas, que cuentan con el mismo Rusiñol, Casas, de un ingenio digno de todo encomio y atención; Pichot y otros que, como Nonell-Monturiol, se hacen notar no solamente en Barcelona, sino en París y otras ciudades de arte y de ideas.

En América hemos tenido ese movimiento antes que en la España castellana, por razones clarísimas: desde luego, por nuestro inmediato comercio material y espiritual con las distintas naciones del mundo, y principalmente porque existe en la nueva generación americana un inmenso deseo de progreso y un vivo entusiasmo, que constituye su potencialidad mayor, con lo cual poco a poco va triunfando de obstáculos tradicionales, murallas de indiferencia y océanos de mediocracia. Gran orgullo tengo aquí de poder mostrar libros como los de Lugones o Jaimes Freire, entre los poetas; entre los prosistas, poemas, como esa vasta, rara y complicada trilogía de Sicardi. Y digo: esto no será modernismo, pero es verdad, es realidad de una vida nueva, certificación de la viva fuerza de un continente. Y otras demostraciones de nuestra actividad mental -no la profusa y rapsódica, la de cantidad, sino la de calidad, limitada, muy limitada, pero que bien se presenta y triunfa ante el criterio de Europa-: estudios de ciencias políticas, sociales. Siento igual orgullo. Y recuerdo palabras de don Juan Valera a propósito de Olegario Andrade, en las cuales palabras hay una buena y probable visión de porvenir. Decía don Juan, refiriéndose a la literatura brasileña, sudamericana, española y norteamericana, que «las literaturas de estos pueblos seguirán siendo también inglesa, portuguesa y española, lo cual no impide que con el tiempo, o tal vez mañana, o ya salgan autores yanquis que valgan más que cuanto ha habido hasta ahora en Inglaterra, ni impide tampoco que nazcan en Río de Janeiro, en Pernambuco o en Bahía escritores que valgan más que cuanto Portugal ha producido; o que en Buenos Aires, en Lima, en México, en Bogotá o en Valparaíso lleguen a florecer las ciencias, las letras y las artes con más lozanía y hermosura que en Madrid, en Sevilla y en Barcelona».

Nuestro modernismo, si es que así puede llamarse, nos va dando un puesto aparte, independiente de la literatura castellana, como lo dice muy bien Rémy de Gourmont en carta al director del Mercurio de América. ¿Qué importa que haya gran número de ingenios, de grotescos si gustáis, de

dilettanti, de nadameimportistas? Los verdaderos consagrados saben que no se trata ya de asuntos de escuelas, de fórmulas, de clave.

Los que en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Rusia, en Bélgica, han triunfado, han sido escritores y poetas, y artistas de energía, de carácter artístico y de una cultura enorme. Los flojos se han hundido, se han esfumado. Si hay y ha habido en los cenáculos y capillas de París algunos ridículos, han sido, por cierto, «preciosos». A muchos les perdonaría si les conociese nuestro caro profesor Calandrelli, pour l'amour du grec. Hoy no se hace modernismo -ni se ha hecho nunca- con simples juegos de palabras y de ritmos. Hoy los ritmos nuevos implican nuevas melodías que cantan en lo íntimo de cada poeta la palabra del mágico Leonardo: Cosa bella mortal passa, e non darte. Por más que digan los juguetones ligeros o los niños envejecidos y amargados, fracasa solamente el que no entra con pie firme en la jaula de ese divino león: el Arte, que, como aquel que al gran rey Francisco fabricara el mismo Vinci, tiene el pecho lleno de lirios.

No hay aquí, pues, tal modernismo, sino en lo que de reflexión puede traerla vecindad de una moda que no se comprende. Ni el carácter, ni la manera de vivir, ni el ambiente, ayudan a la consagración de un ideal artístico. Se ha hablado de un teatro, que yo creí factible recién llegado, y hoy juzgo en absoluto imposible.

La única brotherhood que advierto es la de los caricaturistas; y si de músicas poéticas se trata, los únicos innovadores son, ciertamente, los risueños rimadores de los periódicos de caricaturas.

Caso muy distinto sucede en la capital del principado catalán. Desde L'Avenç hasta el Pél y Plom, que hoy sostienen Utrillo y Casas, se ha visto que existen elementos para publicaciones exclusivamente «modernas», de una élite artística y literaria. Pél y Plom es una hoja semejante al Gil Blas Illustré, de carácter popular, mas sin perder lo aristo; y siempre en su primera plana hay un dibujo de Casas, que aplauden lápices de Munich, Londres o París. El mismo Pere Romeu, de quien os he hablado a propósito de su famoso cabaret de los Quatre Gats, ha estado publicando una hoja semejante, con ayuda de Casas, y de un valor artístico notable. En esta capital no hay sino tentativas graciosas y elegantes del dibujante Marín -que logró elogios del gran Puvis- y las de algún otro. En literatura, repito, nada que justifique ataque, ni siquiera alusiones. La procesión fastuosa del combatido arte moderno ha tenido apenas algunas vagas parodias... ¿Recordáis en Apuleyo la pintura de la que procedía la entrada de la primavera en las fiestas de Isis? (Mét., XI, 8.) Pues confrontad.

España contemporánea (1901).

Acaba de representarse en Granada un drama póstumo de Ángel Ganivet: coyuntura inapreciable para hablar del pensamiento nuevo de España. Pues Ganivet, especial personaje, era quizá la más adamantina concreción de ese pensamiento.

El propio se ha encarnado en su Pío Cid, simbólico tipo, en el cual el antiguo caballero de la Mancha realiza, a mi entender, un avatar. Ganivet era uno de esos espíritus de excepción que significan una época, y su alma, podría decirse, el alma de la España finisecular. No conozco la obra que se ha dado recientemente a la escena, *El escultor de su alma*; pero desde luego creo poder afirmar que se trata meramente de una autoexposición psíquica; es el mismo Pío Cid, de la Conquista del reino de Maya, el último conquistador español Pío Cid. Antójaseme que en Ganivet subsistía también mucho de la imaginativa morisca y que la triste flor de su vida no en vano se abrió en el búcaro africano de Granada. Su vida: una leyenda ya de hondo interés.

Desde luego, un joven que sube a la torre nacional a divisar el mundo, luego se encamina a la ideación de una nueva patria en la patria antigua; en Pío Cid hay simiente para una España futura. Después, cosa que sorprenderá a quien tenga conocimiento de las costumbres literarias de todas partes, y sobre todo de este país; Ganivet no tenía enemigos, y por lo general, si conversáis con cualquiera de los intelectuales españoles, os dirá: «Era el más brillante y el más sólido de todos los de su generación.» En la corte tuvo sus bregas, sus comienzos de gloria. Hubo una pasión, toda borrasca, que, según se dice, fue la causa de su muerte. Entró a la carrera consular, tan propicia a la literatura, aunque no lo parezca por los roces de lo mercantil; y continuó en su labor ideológica y artística. Sabía ruso, danés, casi todos los idiomas y dialectos de los países boreales, sabía lenguas antiguas, escribió un libro curiosísimo sobre las literaturas del Norte; publicó otro de sol y de música, al par que una obra de cerebral, sobre su Granada la bella, en el país de Hamlet; produjo más libros, y un emponzoñado día, un mal demonio le habló por dentro, en lo loco del cerebro, y él se tiró al Volga. Así acabó Pío Cid su vida humana. Su vida gloriosa y pensante ha de ir creciendo a medida que su obra sea mejor y más comprendida. Entonces se verá que en ese ser extraño había un fondo de serena y pura nobleza bajo la tempestad de su temperamento; que vivió de amor, de abrasamiento genial, y murió también por amor en la forma de un cuento. En la Conquista del reino de Maya exprime todos sus zumos de amargas meditaciones, y su forma busca la escritura artística, que en *Los trabajos* no se advierte. Aún vemos desarrollarse el período cervantesco; pero las encadenadas y ondulantes oraciones van, por lo general, repletas de médula. La obra queda sin concluir; o mejor dicho, tuvo la conclusión más lógica al propio tiempo que más extraña, en la unión de una fábula escrita y una vida. Pío Cid debía concluir con quitarse la existencia. No es él quien habla en el diálogo; pero Olivares, un personaje de *Los trabajos*, dice en cierta página del libro: «Se exagera mucho, y además alguna vez tiene uno que morirse, porque no somos eternos. Entre morirse de viejo, apestando al prójimo, o suprimirse de un pistoletazo, después de sacarle a la vida todo el jugo posible, ¿qué le parece a usted?... Yo, por mí, les aseguro que no

llegaré a oler a rancio. -Cada cual entiende la vida a su modo -dijo Pío Cid-, y nadie la entiende bien-. Ahora ha dicho usted una verdad como un templo -dijo Olivares-. Lo mejor es dejar que cada uno viva como quiera y que se mate, si ese es su gusto, cuando le venga la contraria.» ¡El pobre Ganivet! Llegó el trágico minuto, abrió la puerta misteriosa y pasó. De las Cartas finlandesas escribe Vincent en él Mercure que «no es una obra dogmática, antes bien familiar; en el punto de vista no es español, es humano; el autor, en efecto, que conoce perfectamente toda la Europa, gusta de hacer recorrer a sus conceptos distintas latitudes, agregad a eso un sentido muy real de nuestra época, una información que va de Ibsen a Maeterlinck, de Tolstoi a Galdós; ninguna pedantería; una dulce sensibilidad que afecta disimularse tras un velo de ironía. En fin, un libro de actualidad perfecta en que la Finlandia es vista por un espíritu desembarazado de prejuicios y por un latino».

El crítico francés, demasiado benévolo por lo general en sus revistas de letras españolas, no ha pasado por esta ocasión de lo justo. Ganivet, escritor de ideas más que de bizarrías verbales, merece el estudio serio, el ensayo macizo de la crítica de autoridad. Nicolás María López, otro granadino, amigo y compañero suyo, habla además del drama que acaba de representarse de otras obras póstumas que están en su poder: Pedro Mártir, en tres actos, y Fe, Amor y Muerte, drama, dice, «profundamente psicológico, con ideas alucinadoras y extrahumanas, con una fuerza trágica tan extraña y sutil que parece romper los moldes de la vida y entrar en los senos de la muerte». Rara y bella figura en este triste período de la vida española y que parece haber absorbido en sí todos los generosos y altos ímpetus de la raza. Y recuerdo el sintético acróstico latino de Pío Cid, en Los trabajos, Arimi:

Artis initium dolor
ratio initium erroris.
Initium sapientiae vanitas.
Mortis initium amor.
Initium vitae libertas.

Jacinto Benavente es aquel que sonrío. Dicen que es mefistofélico, y bien pudieran ocultarse entre sus finas botas de mundano dos patas de chivo. Es el que sonrío: ¡temible! Se teme su crítica florentina más que los pesados mandobles de los magulladores diplomados; fino y cruel, ha llegado a ser en poco tiempo príncipe de su península artística, indudablemente exótica en la literatura del garbanzo. Se ha dedicado especialmente al teatro, y ha impuesto su lección objetiva de belleza a la generalidad desconcertada. Algunas de sus obras, al ser representadas, han dejado suponer la existencia de una clave; y tales o cuales personajes se han creído reconocer en tales o cuales tipos de la corte. Como ello no es un misterio para nadie, diré que en El marido de la Téllez, por ejemplo, el público quiso descubrir la vida interior y artística de cierta eminente actriz

casada con un grande de España y actor muy notable; y en La comida de las fieras, entre otras figuras, se destacó la de una centroamericana, millonaria, casada con un noble sin fortuna y hoy marquesa por obra de Cánovas del Castillo. Benavente niega que haya tomado sus tipos del natural; pero el parecido es tan perfecto que toda protesta se deshace en una sonrisa. La comida de las fieras fue basada seguramente en el paso penoso de la venta en subasta de las riquezas seculares que contenía la casa de los Osuna. Los personajes son de una humanidad palpitante; y he de citar estas frases de Hipólito al finalizar la comedia: «Porque en lucha he vivido siempre; porque viví desde muy joven en otras tierras donde la lucha es ruda y franca. ¿Por qué vinimos a Europa? En América el hombre significa algo; es una fuerza, una garantía..., se lucha, sí, pero con primitiva fiereza; cae uno y puede volver a levantarse; pero en esta sociedad vieja la posición es todo y el hombre nada... Vencido una vez, es inútil volver a luchar. Aquí la riqueza es un fin, no un medio para realizar grandes empresas. La riqueza es el ocio; allí es la actividad. Por eso allí el dinero da triunfos y aquí desastres... Pueblos de historia, de tradición; tierras viejas, donde sólo cabe, como en las ciudades sepultadas de la antigüedad, la excavación, no las plantaciones de nueva vegetación y savia vigorosa.»

En Figulinas y Cartas de mujeres no puede dejarse de entrever la influencia de ciertos franceses: un poco aquí Gyp, otro poco allí Lavedan y Prévost; la parisina aplicada al alto mundo madrileño que Benavente ha bien estudiado. Benavente es caballero de fortuna, y mientras leo un sutil arranque suyo en Vida literaria y se ensaya en la Comedia un arreglo suyo del Twelfth night, tropiezo con lo siguiente en la cuarta plana de un diario:

«Se venden los pastos de rastrojera y barbechera del término de Getafe, divididos en lotes o cuarteles, cuya venta tendrá lugar en pública subasta, ante la Comisión del gremio de labradores, en la Casa Consistorial, donde está de manifiesto el pliego de condiciones, el día 19 del actual, a las diez de su mañana. -Getafe, 9 de marzo de 1899.- Por la Comisión, Jacinto Benavente.»

De mí diré que con toda voluntad juntaría a mis sueños de arte una estancia entre las montañas de González, junto a las riberas del Paraná de Obligado, o en la Australia Argentina de Payró. Día llegará en que la literatura tenga por precisa compañera la tranquilidad del espíritu en la lucha por la vida y el trabajo industrial o rural como contrapeso al ya terrible surmenage. Los ingleses y los norteamericanos han comenzado a aleccionarnos, y un gentleman-farmer artista no es un ave rara. Dejo como última nota el Teatro fantástico de Benavente, una joya de libro, que revela fuerza de ese talento en que tan solamente se ha reconocido la gracia. Fuerza por cierto; la fuerza del acero del florete, del resorte; finura sólida de ágata, superficie de diamante. Es un pequeño «teatro en libertad», pero lejos de lo telescópico de Hugo y de lo suntuoso que conocéis de Castro. Son delicadas y espirituales fabulaciones unidas por un hilo de seda en que encontraréis a veces, sin mengua en la comparación,

como la filigrana mental del diálogo shakespeariano, del Shakespeare del Sueño de una noche de verano o de La tempestad. El alma perspicaz y cristalinamente femenina del poeta crea deliciosas fiestas galantes, perfumadas escenas, figurillas de abanico y tabaquera que en un ambiente Watteau salen de las pinturas y sirven de receptáculo a complicaciones psicológicas y problemas de la vida.

Este modernista es castizo en su escribir, y es lo castizo en su discurso como la antigüedad en el mérito de ciertas joyas o encajes, en puños de Velázquez o preseas de Pantoja. Y al conocerle en el café Lion d'Or, que es su café preferido, he visto en su figura la de un hidalgo perteneciente a esa familia de retratos del Greco, nobles decadentes, caballeros que pudieran ser monjes, tan fáciles para abades consagrados a Dios como para hacer pacto con el diablo. En las pálidas ceras de los rostros se transparentan las tristezas y locuras del siglo. Así Jacinto Benavente. En toda esta débâcle con que el decimonoveno siglo se despide de España, su cabeza, en un marco invisible, sonrío. Es aquel que sonrío. Mefistofélico, filósofo, se defiende en su aislamiento como un arma; y así converse o escriba, tiene siempre a su lado, buen príncipe, un bufón y un puñal. Tiene lo que vale para todo hombre más que un reino: la independencia. Con esto se es el dueño de la verdad y el patrón de la mentira. Su cultura cosmopolita, su cerebración extraña en lo nacional es curiosa en la tierra de la tradición indomable; pero no sorprende a quien puede advertir cómo este suelo de prodigiosa vida guarda, para primaveras futuras, las semillas de un Raimundo Lulio. Ahora trabaja Benavente por realizar en Madrid la labor de Antoine en París o la que defiende George Moore en Londres; la fundación de un teatro libre. Dudo mucho del éxito, aunque él me halagaría habiéndoseme hecho la honra de encargarme una pieza para ese teatro. Pero el público madrileño, Madrid, cuenta con muy reducido número de gentes que miren el arte como un fin, o que comprendan la obra artística fuera de las usuales convenciones. Cuando no existe ni el libro de arte, el teatro de arte es un sueño, o un probable fracaso. No hay una élite. No se puede contar ni con el elemento elegantemente carneril de los snobs que ha creado Gómez Carrillo con sus graciosas y sinuosas ocurrencias. Conque ¿para quiénes el teatro?

Junto a Benavente me presentan a Antonio Palomero, o sea Gil Parrado. Este seudónimo, nombre de un gracioso tipo clásico, no está mal en quien, con sales autóctonas, nos revela un Raúl Ponchón madrileño, un rimador seguro, un cancionero bravísimo, en cuanto puede permitirlo el género político: Aristófanes en cuplés o yambos con castañuelas. El libro de flechas de humor maligno y risueño que forman los versos políticos de Palomero, Gacetas rimadas, tiene un prólogo, en verso, de Luis Taboada. Creo que fue Gutiérrez Nájera quien escribió un día que en medio de la noche del arte español contemporáneo Luis Taboada era tal vez el único «artista». Era una broma del «duque Job» mejicano, excusable por su falta de conocimiento del grupo español, digamos así, secreto, que hace una vida ciertamente intelectual.

Y además, en su tiempo -hace de esto ocho o diez años- las cosas andaban de Barrantes a Valbuena. Pues Gil Parrado no pudo tener mejor protagonista que el desopilante Homero fragmentario de la vida cursi de Madrid, puesto que él quiso ser el Píndaro de las cursilerías épicas de la política.

Conociendo la labor y la propaganda estética de quien escribe estas líneas, ellas no pueden sino ser vistas como la mayor prueba de sinceridad. Más Palomero no es solamente Gil Parrado. Además de los alfileres de su conversación, de las más interesantes que un extranjero hombre de letras puede encontrar en la corte, su crítica teatral se estima justamente, y en el cuento y el artículo de periódico sobresale y comunica la intensidad de su vibración, el contagio de su energía indiscutible. Mariano de Cavia dice de él, hablando de sus Trabajos forzados, que es «un literato culto, agudo y sincero»; gratifícale además con «popular y brillante». Cavia sabe lo que se dice, él, maestro de única escritura en su país que ha logrado unir, en la faena asperísima del periodismo, la flexible gracia autóctona a las elegancias extranjeras. ¡Quevedo en el bulevar, Dios mío! Y cuando Cavia alaba a Palomero es justo, y yo, que conozco la transparencia de este talento, me complazco en decir que aquí, entre lo poco bueno y nuevo, esto es de lo que en la piedra de toque deja una suave y firme estela de oro fino.

Así Manuel Bueno, el redactor que en El Globo escribe todos los días esa paginita que lleva la firma de Lorena, con el título general de «Volanderas». Verdes Montenegro ha hecho para el libro primigenio de Bueno un prólogo de sustancia y espíritu al propio tiempo que de justicia y cariño. De Verdes Montenegro os hablaré en otra ocasión más detenidamente. De su ahijado literario os diré que ha recibido en su alma mucho sol de nuestra pampa y a su oído ha cantado la onda caprichosa de nuestro gran río. Es un vasco. Vasco, así como ese especialísimo y robusto Grandmontagne, que ha injertado una rama de ombú en el árbol sagrado de Guernica para que más tarde nazcan -¡Dios lo quiera, y ya se ven los brotes!- flores de un perfume singular, rosas fraternales del color del tiempo, iluminadas de porvenir, en tierra de Mitre y Sarmiento, en la capital del continente latino, al amparo del satisfecho sol. El joven Bueno anduvo por Buenos Aires, padeció tormento de inmigración y penurias de mozo de intelecto que va a hacer fortuna por el Azul y Bahía Blanca... Y vuelto a su tierra, no es de los que vienen con arranques despechados de fracasadas bohemias, de existencias adoloridas de nuestra necesaria ley de trabajo, de ese Buenos Aires cuya fuente social es para los labios del mundo, y que en el progreso corresponde, con su pirámide de mayo, índice indicador, a los obeliscos de París y Nueva York.

Bueno es aquí, en su labor diaria, nota extemporánea, y tan parisiense, que hay quienes le denuncien de afectación. Pero no es poco servicio intelectual el servir a un pueblo ese plato escogido todos los días, esa ala de faisán, después de la sopa de política española y antes del asado político también. Bueno, como Lorena, da un eco que aquí, aunque tiene semejantes en la prensa, permanece en su individualidad. No seré yo quien oculte su ligereza de juicio habitual, su insinceridad quizá, también habitual; ¡pero es tan bello el gesto!

Ricardo Fuente es el director de El País. Quizá envíe a La Nación una información interesantísima sobre este diario de oposición, que ha tenido sobre sí la atención de Madrid y de España, y que, periódico que ha respondido al eco popular, ha sido quizá el que ha tenido mayor número de intelectuales en su redacción. En París, un Intransigeant se explica; en Buenos Aires, el antiguo Nacional también; en Madrid, El País de hoy es un

caso de extremada curiosidad. Los redactores, desde hace mucho tiempo -el diario es republicano absoluto-, van a la cárcel periódicamente. Allí se dice la verdad a son de truenos de tambores y trompetas. La censura ha tenido en esa hoja la mejor lonja en que cortar, y las estereotipias, a las cuatro de la mañana, han sido en tiempo de la guerra brutalmente descuartizadas.

El capítulo de la censura, publicado cuando ésta se ha levantado, ha sido de sensación. Un detalle curioso es que mi artículo «El triunfo de Calibán», publicado en Buenos Aires, fue mutilado en El País y dado intacto en La Época... En ese diario, El País, han escrito Dicenta, Maeztu, etcétera, y Romero Robledo puso allí su gran sombra... Ricardo Fuente es el director. Cuando uno piensa en ese abominable Villemessant que nos pinta Daudet o que nos acaba de retocar Claretie; cuando recuerdo a ciertos directores europeos y americanos, en quienes el elegante shylokismo se junta a un irrespeto voluntario de todo lo intelectual, pienso en este buen Fuente, que, como el pobre parisiense Fernand Xau, sabe juntar -en su tan linda esfera- la autoridad al tino y la comprensión a la afabilidad. Ser director de un diario, ¡qué difícil tarea! Son como las perlas rosadas y negras aquellos a quienes se puede aplicar la frase inglesa *That is a man*. Ser un director querido de sus redactores es de lo más difícil del mundo, así se llame uno Magnard o Valdeiglesias, Bennet o Láinez. Fuente lo es. Pero es que él propio es un trabajador de la prensa que ha subido con mérito a ese puesto; y quizá, y sin quizá, tanta bondad personal hace daño a su posición. Porque no ha de ser quien dirige una tan complicada máquina un compañero de sus redactores en toda la extensión de la palabra, sino en lo que ella tiene de aprecio necesario y benevolencia justa; y ¡ay de aquel director que no se calce sus botas imperiales y no ponga a su gallo, empezando en casa, a cantar claro y bien, como ese Arthur Meyer del Gaulois, tan combatido sin embargo! Fuente es el tipo ideal del director para sus redactores; pero su gallo no se ha alzado hasta ahora...

Se alza, personal y simpático, en el articulista, en el literato, de quien dice Joaquín Dicenta: «El camino literario de Fuente se halla trazado con líneas vigorosas. Puede seguirle sin retroceder y sin temblar. No hay cuidado de que le tiren al suelo de un empujón; tiene los músculos muy duros.» En el volumen *De un periodista* -del cual en Buenos Aires se ha reproducido bastante- hay la manifestación de la contextura de un artista; la fuga contenida de un amante del estilo que atan las usanzas de la limitación del diario; las explosiones ideales o sentimentales sujetas por la línea señalada, o la hora de la prensa, la preferencia al telegrama, la tiranía de la información. ¿Qué periodista no sabe de esto? Y así nos habla de Augusto de Armas, nos pinta rápidas acuarelas húmedas del más rico sentimiento, o apuntes de una fiereza de lápiz cuyo blanco y negro nos seduce por su juego de luz y de sombra.

España contemporánea (1901).

Prosas profanas y otros poemas (1896-1901)

Palabras liminares

A Carlos Vega Belgrano, afectuosamente, este libro dedica R.D.

Después de Azul..., después de Los Raros, voces insinuantes, buena y mala intención, entusiasmo sonoro y envidia subterránea -todo bella cosecha-, solicitaron lo que, en conciencia, no he creído fructuoso ni oportuno: un manifiesto.

Ni fructuoso ni oportuno:

a) Por la absoluta falta de elevación mental de la mayoría pensante de nuestro continente, en la cual impera el universal personaje clasificado por Rémy de Gourmont con el nombre de Celui qui-ne comprend-pas. Celui qui-ne comprend pas es entre nosotros profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta, rastaquouére.

b) Porque la obra colectiva de los nuevos de América es aún vana, estando muchos de los mejores talentos en el limbo de un completo desconocimiento del mismo Arte a que se consagran.

c) Porque proclamando, como proclamo, una estética acrática, la imposición de un modelo o de un código implicaría una contradicción.

Yo no tengo literatura «mía» -como lo ha manifestado una magistral autoridad-, para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es mía en mí; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal, y paje o esclavo, no podrá ocultar sello o librea. Wagner, a Augusta Holmes, su discípula, dijo un día: «Lo primero, no imitar a nadie, y sobre todo, a mí.» Gran decir.

Yo he dicho en la misa rosa de mi juventud, mis antífonas, mis secuencias, mis profanas prosas. -Tiempo y menos fatigas de alma y corazón me han hecho falta, para, como un buen monje artífice, hacer mis mayúsculas dignas de cada página del breviario. (A través de los fuegos divinos de las vidrieras historiadas, me río del viento que sopla afuera, del mal que pasa). Tocad, campanas de oro, campanas de plata; tocad todos los días, llamándome a la fiesta en que brillan los ojos de fuego, y las bocas sangran delicias únicas. Mi órgano es un viejo clavicordio pompadour, al son del cual danzaron sus gavotas alegres abuelos; y el perfume de tu pecho es mi perfume, eterno incensario de carne. Varona inmortal, flor de mi costilla.

Hombre soy.

¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués, mas he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República, no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti, ¡oh Halagabal!, de cuya corte -oro, seda mármol- me acuerdo en sueños...

(Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Utatlán, en el indio legendario, y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman.)

Buenos Aires: Cosmópolis.

¡Y mañana!

El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: «Éste -me dice-, es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; éste es Lope de Vega, éste Garcilaso, éste Quintana.» Y yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamó: ¡Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo...! (Y en mi interior: ¡Verlaine...!)

Luego, al despedirme: «-Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París.»

¿Y la cuestión métrica? ¿Y el ritmo?

Como cada palabra tiene un alma hay en cada verso además de la armonía verbal una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces.

La gritería de trescientasocas no te impedirá, Silvano, tocar tu encantadora flauta, con tal de que tu amigo el ruseñor esté contento de tu melodía. Cuando él no esté para escucharte cierra los ojos y toca para los habitantes de tu reino interior. ¡Oh pueblo de desnudas ninfas, de rosadas reinas, de amorosas diosas!

Cae a tus pies una rosa, otra rosa, otra rosa. ¡Y besos!

Y la primera ley, creador: crear. Bufo el eunuco. Cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho encinta.

R.D.

Prosas profanas y otros poemas (1896-1901).

Cantos de vida y esperanza

Prefacio

Podría repetir aquí más de un concepto de las palabras liminares de Prosas Profanas. Mi respeto por la aristocracia del pensamiento, por la nobleza del Arte, siempre es el mismo. Mi antiguo aborrecimiento a la mediocridad, a la mulatez intelectual, a la chatura estética, apenas si se aminora hoy con una razonada indiferencia.

El movimiento de libertad que me tocó iniciar en América se propagó hasta España, y tanto aquí como allá el triunfo está logrado. Aunque respecto a técnica tuviese demasiado que decir en el país en donde la expresión poética está anquilosada, a punto de que la momificación del ritmo ha llegado a ser un artículo de fe, no haré sino una corta advertencia. En todos los países cultos de Europa se ha usado del hexámetro absolutamente clásico, sin que la mayoría letrada y, sobre todo, la minoría leída, se asustasen de semejante manera de cantar. En Italia ha mucho tiempo, sin citar antiguos, que Carducci ha autorizado los hexámetros; en inglés, no me atrevería casi a indicar, por respeto a la cultura de mis lectores, que la Evangelina, de Longfellow, está en los mismos versos en que Horacio

dijo sus mejores pensares. En cuanto al verso libre moderno..., ¿no es verdaderamente singular que en esta tierra de Quevedos y Góngoras los únicos innovadores del instrumento lírico, los únicos libertadores del ritmo, hayan sido los poetas del Madrid Cómico y los libretistas del género chico?

Hago esta advertencia porque la forma es lo que primeramente toca a las muchedumbres. Yo no soy un poeta para las muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas.

Cuando dije que mi poesía era mía, en mí, sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente o voluntad ajena, y en un intenso amor a lo absoluto de la belleza.

Al seguir la vida que Dios me ha concedido tener, he buscado expresarme lo más noble y altamente en mi comprensión: voy diciendo mi verso con una modestia tan orgullosa, que solamente las espigas comprenden, y cultivo, entre otras flores una rosa rosada, concreción de alba, capullo de porvenir, entre el bullicio de la literatura.

Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal. Y si encontráis versos a un presidente, es porque son un clamor continental. Mañana podremos ser yanquis (y es lo más probable); de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter.

R.D.

Cantos de vida y esperanza (1905).

El Canto errante

Dilucidaciones

A los nuevos poetas de las Españas

R.D.

- I -

El mayor elogio hecho recientemente a la Poesía y a los poetas ha sido expresado en la lengua «anglosajona» por un hombre insospechable de extraordinarias complacencias con las nueve Musas. Un yanqui. Se trata de Teodoro Roosevelt.

Ese Presidente de República juzga a los armoniosos portaliras con mucha mejor voluntad que el filósofo Platón. No solamente les corona de rosas; mas sostiene su utilidad para el Estado y pide para ellos la pública estimación y el reconocimiento nacional. Por esto comprenderéis que el terrible cazador es un varón sensato.

Otros poderosos de la tierra, príncipes, políticos, millonarios,

manifiestan una plausible deferencia por el dios cuyo arco es de plata, y por sus sacerdotes o representantes en una tierra cada día más vibrante de automóviles... y de bombas. Hay quienes, equivocados, juzgan en decadencia el noble oficio de rimar y casi desaparecida la consoladora vocación de soñar. Esto no es ocasionado por el sport, hoy en creciente auge. Las más ilustres escopetas dejan en paz a los cisnes. La culpa de ese temor, de esa duda sobre la supervivencia de los antiguos ideales, la tiene, entre nosotros, una hora de desencanto que, en la flor de la juventud -hace ya algunos lustros- sufrió un eminente colega -he nombrado a Gedeón-, cuando, entre los intelectuales del cenáculo, presentó la célebre proposición sobre «si la forma poética está llamada a desaparecer». ¡Ah triste profesor de estética, aunque siempre regocijado y poliforme periodista! La forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola de pavo real, la de los lindos ojos y frescos labios de las sabrosas mozas, no desaparece bajo la gracia del sol. Y en cuanto a la que preocupó siempre a líricos dómimes, desde el divino Horacio a don Josef Mamerto Gómez Hermosilla, ella sigue, persiste, se propaga y hasta se revoluciona, con justo escándalo de nuestro venerable maestro Benot, cuya sabiduría respeto y cuya intransigencia hasta deseos me inspira de aplaudir. Aplaudamos siempre lo sincero, lo consciente, y lo apasionado sobre todo.

- II -

No. La forma poética no está llamada a desaparecer, antes bien a extenderse, a modificarse, a seguir su desenvolvimiento en el eterno ritmo de los siglos. Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía, dijo uno de los puros. Siempre habrá poesía y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores, porque como excelentemente lo dice el señor de Montaigne, y Azorín mi amigo puede certificarlo, «nous avons bien plus de poètes que de juges et interprètes de poésie; il est plus aisé de la faire que de la cognoistre». Y agrega: «A certaine mesure basse, on la peut juger para les préceptes et par art: mais la bonne, la suprême, la divine, est au dessus des règles et de la raison.»

Quizá porque entre nosotros no es frecuentemente servida la divina, la buena, la suprema, se usa por lo general, la «mesure basse». Mas no hace sino aumentar el gusto por los conceptos métricos. La alegría tradicional tiene sus representantes en regocijados versificadores, en casi todos los diarios. El órgano serio y grave, el Temps madrileño, tiene en su crítico autorizado, en su Gaston Deschamps, vamos al decir, un espíritu jovial que, a pesar de tareas trascendentales, no desdeña los entretenimientos de la parodia.

Quedamos, pues, en que la hermandad de los poetas no ha decaído, y aun pudiera renovar algún trecenazgo. Asuntos estéticos acaloran las simpatías y las antipatías. Las violencias o las injusticias provocan naturales reacciones. Los más absurdos propósitos se confunden con generosas

campañas de ideas. Mucha parte del público no sabe de lo que se trata, pues los encargados de informarla no desean, en su mayoría, informarse a sí mismos. El diletantismo de otros es poco eficaz en la mediocracia pensante. Una afligente audacia confunde mal aprendidos nombres y mal escuchadas nociones del vivir de tales o cuales centros intelectuales extranjeros. Los nuevos maestros se dedican, más que a luchar en compañía de las nuevas falanges, al cultivo de lo que los teólogos llaman *appetitus inordinatus propriae excellentiae*.

Existe una élite, es indudable, como en todas partes, y a ella se debe la conservación de una íntima voluntad de pura belleza, de incontaminado entusiasmo. Mas en ese cuerpo de excelentes he ahí que uno predica lo arbitrario; otro el orden; otro, la anarquía, y otro aconseja, con ejemplo y doctrina, un sonriente, un amable escepticismo. Todos valen. Mas ¿qué hace este admirable hereje, este jansenista, carne de hoguera, que se vuelve contra un grupo de rimadores de ensueños y de inspiraciones, a propósito de un nombre de instrumento que viene del griego? ¿Cuando, por el amor del griego, se nos debía abrazar! Y ese antaño querido y rústico anfión -natural y fecundo como el chorro de la fuente, como el ruiseñor, como el trigo de la tierra-, ¿por qué me lapida, o me hace lapidar, desde su heredad, porque paso con mi sombrero de Londres o mi corbata de París? Y a los jóvenes, a los ansiosos, a los sedientos de cultura, de perfeccionamiento, o simplemente de novedad, o de antigüedad, ¿por qué se les grita: «¡haced esto!», o «¡haced lo otro!», en vez de dejarles bañar su alma en la luz libre, o respirar en el torbellino de su capricho? La palabra *whim* tenía escrita en su cuarto de labor un fuerte hombre de pensamiento cuya sangre no era latina.

Precepto, encasillado, costumbres, clisé..., vocablos sagrados. *Anathema sit* al que sea osado a perturbar lo convenido de hoy, o lo convenido de ayer. Hay un horror de futurismo, para usar la expresión de este gran cerebral y más grande sentimental que tiene por nombre Gabriel Alomar, el cual será descubierto cuando asesine su tranquilo vivir, o se tire a un improbable Volga en una Riga no aspirada.

El movimiento que en buena parte de las flamantes letras españolas me tocó iniciar, a pesar de mi condición de «meteco», echada en cara de cuando en cuando por escritores poco avisados, ha hecho que El Imparcial me haya pedido estas dilucidaciones. Alégame el que puede serme propicia para la nobleza del pensamiento y la claridad del decir esta bella isla donde escribo, esta Isla de Oro, «isla de poetas, y aun de poetas que, como usted, hayan templado su espíritu en la contemplación de la gran naturaleza americana», como me dice en gentiles y hermosas palabras un escritor apasionado de Mallorca. Me refiero a D. Antonio Maura, Presidente del Consejo de Ministros de Su Majestad Católica.

- III -

Un espíritu tan penetrante como ágil, un inglés pensante de los mejores,

Arthur Symons, expresaba recientemente:

«La naturaleza, se nos dice, trabaja según el principio de las compensaciones; y en Inglaterra, donde hemos tenido siempre pocos grandes hombres en la mayor parte de las artes, y un nivel general desesperadamente incomprensivo, me parece descubrir un ejemplo brillante de compensación. El público, en Inglaterra, me parece ser el menos artístico y el menos libre del mundo, pero quizá me parece eso porque yo soy inglés y porque conozco ese público mejor que cualquier otro.» Hay artistas descontentos de todas partes, que aplican a sus países respectivos el pensar del escritor británico. Yo, sin ser español de nacimiento, pero ciudadano de lengua, llegué en un tiempo a creer algo parecido de España. De esto hace ya algunos años... Creía a España impermeable de todo rocío artístico que no fuera el que cada mañana primaveral hacía reverdecer los tallos de las antiguas flores de retórica, una retórica que aún hoy mismo juzgan aquí imperante los extranjeros. Ved lo que dice el mismo Symons: «Me pregunto si algún público puede ser, tanto como el público inglés, incapaz de considerar una obra de arte como obra de arte, sin pedirle otra cosa. Me pregunto si esta laguna en el instinto de una raza que posee en sí el instinto de la creación, señala un disgusto momentáneo de la belleza, debido a las influencias puritanas, o bien simplemente una inatención peor aún, que provendría de ese aplastador imperialismo que aniquila la energía del país. No hay duda de que la muchedumbre es siempre ignorante, siempre injusta; pero ¿hay otras muchedumbres opuestas con tanta persistencia al arte, porque es arte, como el público inglés? Otros países tienen su preferencia. Italia y España, por dos especies retóricas; Alemania, exactamente por lo contrario de lo que aconsejaba Heine cuando decía:

'¡Ante todo, nada de énfasis!' Pero yo no veo en Inglaterra ninguna preferencia, aun por una mala forma de arte.» El predominio en España de esa especie de retórica, aún persistente en señalados reductos, es lo que combatimos los que luchamos por nuestros ideales en nombre de la amplitud de la cultura y la libertad.

No es, como lo sospechan algunos profesores o cronistas, la importación de otra retórica, de otro poncif, con nuevos preceptos, con nuevo encasillado, con nuevos códigos. Y, ante todo, ¿se trata de cuestión de formas? No. Se trata, ante todo, de una cuestión de ideas.

El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y, juntos, perpetúan la anquilosis, la inmovilidad.

Y debo hacer un corto paréntesis, pro domo mea. No habría comenzado la exposición de estos mis modos de ver sin la amable invitación de Los Lunes de El Imparcial, hoja gloriosa desde días memorables en que ofreciera sus columnas a los pareceres estéticos de maestros de hoy por todos venerados y admirados. No soy afecto de polémicas. Me he declarado, además, en otra ocasión, y con placer íntimo, el ser menos pedagógico de la tierra. Nunca he dicho: «lo que yo hago es lo que se debe hacer». Antes bien, y en las palabras liminares de mis Prosas Profanas, cité la frase de Wagner a su discípula Augusta Holmes: «Sobre todo, no imitar a nadie, y mucho menos, a mí.» Tanto en Europa como en América se me ha atacado con singular y hermoso encarnizamiento. Con el montón de piedras que me han arrojado pudiera bien construirme un rompeolas que retardase en lo posible la

inevitable creciente del olvido... Tan solamente he contestado a la crítica tres veces, por la categoría de sus representantes, y porque mi natural orgullo juvenil, ¡entonces!, recibiera también flores de los sagitarios. Por lo demás, ellos se llaman Max Nordau, Paul Groussac, Leopoldo Alas.

No creo preciso poner cátedra de teorías de aristos. Aristos, para mí, en este caso, significa, sobre todo, independientes. No hay mayor excelencia. Por lo que a mí toca, si hay quien me dice, con aire alemán y con lenguaje un poco bíblico: «Mi verdad es la verdad», le contesto: «Buen provecho. Déjeme usted con la mía, que así me place, en una deliciosa interinidad.»

- IV -

Deseo también enmendar algún punto en que han errado mis defensores, que buenos los he tenido en España. Los maestros de la generación pasada nunca fueron sino benévolos y generosos conmigo. Los que en estos asuntos se interesan no ignoran que Valera, en estas mismas columnas, fue quien dio a conocer, con un gentil entusiasmo muy superior a su ironía, la pequeña obra primigenia que inició allá en América la manera de pensar y de escribir que hoy suscita, aquí y allá, ya inefables, ya truculentas controversias. Campoamor fue para mí lo que testigos eminentes -entre ellos José Verdes Montenegro- pudieran certificar. Castelar me dio pruebas de intelectual estímulo. Núñez de Arce, cuando estuve en Madrid por la primera vez, como delegado de mi país natal a las fiestas colombinas, fue tan entusiasta conmigo, que hizo todo lo posible porque me quedara en la Corte. Habló al respecto con Cánovas del Castillo -otro ilustre y bondadoso amigo mío-, y Cánovas escribió al Marqués de Comillas solicitando para mí un puesto en la Transatlántica. Entre tanto yo partí. No sin que antes en las tertulias de Valera se aplaudiesen y se criticasen algunos de los que llamaban mis atrevimientos líricos, que eran entonces, lo confieso, muy inocentes, y apenas de un modesto parnasianismo: Elogio de la seguidilla; un «Pórtico» para el libro En tropel, de Salvador Rueda. Mis versos fueron bien recibidos la primera vez que hablara ante un público español -fue en una velada en que tomaba parte D. José Canalejas-. Rueda me alababa, no tanto como yo a él. Mas mis amigos literarios, además de los que he nombrado, se llamaban entonces Manuel del Palacio, Narciso Campillo, el Duque de Almenara, el Conde de las Navas, don Luis Vidart, don Miguel de los Santos Álvarez... Me apresuro a decir que yo tenía la grata edad de veinticinco años.

Estos cortos puntos de autobiografía literaria son para hacer notar que se equivocan los que afirman que yo no he sido bien acogido por los dirigentes anteriores. En esos mismos tiempos mi ilustre amiga doña Emilia Pardo Bazán se dio la voluptuosidad de hacerme recitar versos en su salón, en compañía del autor de Pedro Abelardo... Y mis aficiones clásicas encontraban un consuelo con la amistosa conversación de cierto joven maestro que vivía, como yo, en el hotel de las Cuatro Naciones; se

llamaba, y se llama hoy en plena gloria, Marcelino Menéndez y Pelayo. Él fue quien, oyendo una vez a un irritado censor atacar mis versos del «Pórtico» a Rueda, como peligrosa novedad.

...y esto pasó en el reinado de Hugo,
emperador de la barba florida.

dijo: «Esos son, sencillamente, los viejos endecasílabos de gaita gallega:

Tanto bailé con el ama del cura,
tanto bailé, que me dio calentura.»

Y yo aprobé. Porque siempre apruebo lo correcto, lo justo y lo bien intencionado. Yo no creía haber inventado nada... Se me había ocurrido la cosa como a Valmajour, el tamborilero de Provenza... O había «pensado musicalmente», según el decir de Carlyle, esa mala compañía. Desde entonces hasta hoy, jamás me he propuesto ni asombrar al burgués ni martirizar mi pensamiento en potros de palabras. No gusto de moldes nuevos ni viejos... Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y su alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música -música de las ideas, música del verbo-.

- V -

«Los pensamientos e intenciones de un poeta son su estética», dice un buen escritor. Que me place. Pienso que el don del arte es aquel que de modo superior hace que nos reconozcamos íntima y exteriormente ante la vida. El poeta tiene la visión directa e introspectiva, de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento. La religión y la filosofía se encuentran con el arte en tales fronteras, pues en ambas hay también una ambiciencia artística. Estamos lejos de la conocida comparación del arte con el juego. Andan por el mundo tantas flamantes teorías y enseñanzas estéticas... Las venden al peso, adobadas de ciencia fresca, de la que se descompone más pronto, para aparecer renovada en los catálogos y escaparates pasado mañana. Yo he dicho: Cuando dije que mi poesía era «mía en mí», sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente o voluntad ajena, y en un intenso amor a lo absoluto de la Belleza. Yo he dicho: Ser sincero es ser potente. La actividad humana no se

ejercita por medio de la ciencia y de los conocimientos actuales, sino en el vencimiento del tiempo y del espacio. Yo he dicho: Es el Arte el que vence el espacio y el tiempo. He meditado ante el problema de la existencia y he procurado ir hacia la más alta idealidad. He expresado lo expresable de mi alma y he querido penetrar en el alma de los demás, y hundirme en la vasta alma universal. He apartado asimismo, como quiere Schopenhauer, mi individualidad del resto del mundo, y he visto con desinterés lo que a mi yo parece extraño, para convencerme de que nada es extraño a mi yo. He cantado, en mis diferentes modos, el espectáculo multiforme de la Naturaleza y su inmenso misterio. He celebrado el heroísmo, las épocas bellas de la Historia, los poetas, los ensueños, las esperanzas. He impuesto al instrumento lírico mi voluntad del momento, siendo a mi vez órgano de los instantes, vario y variable, según la dirección que imprime el inexplicable Destino.

Amador de la cultura clásica, me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días. He comprendido la fuerza de las tradiciones en el pasado, y de las previsiones en lo futuro. He dicho que la tierra es bella, que en el arcano del vivir hay que gozar de la realidad alimentados del ideal. Y que hay instantes tristes por culpa de un monstruo malhechor llamado Esfinge. Y he cantado también a ese monstruo malhechor. Yo he dicho: Es incidencia la Historia. Nuestro destino supremo está más allá del rumbo que marcan las fugaces épocas. Y Palenke y la Atlántida no son más que momentos soberbios con que puntúa Dios los versos de su augusto Poema. He celebrado las conquistas humanas y he, cada día, afianzado más mi seguridad de Dios. De Dios y de los dioses. Como hombre, he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca, pues siempre he tendido a la eternidad. Todo ello para que, fuera de la comprensión de los que me entienden con intelecto de amor, haga pensar a determinados profesores en tales textos; a la cuquería literaria, en escuelas y modas; a este ciudadano, en el ajenjo del Barrio Latino, y al otro, en las decoraciones «arte nuevo» de los bars y music halls. He comprendido la inanidad de la crítica. Un diplomático os alaba por lo menos alabable que tenéis; y otro os censura en mal latín o en esperanto. Este doctor de fama universal os llama aquí «ese gran talento de Rubén Darío», y allá os inflige un estupefaciente desdén... Este amigo os defiende temeroso. Este enemigo os cubre de flores, pidiéndoos por lo bajo una limosna. Esto es la Literatura... Eso es lo que yo abomino. Maldígame la potencia divina si alguna vez, después de un roce semejante, no he ido al baño de luz lustral que todo lo purifica: la autoconfesión ante la única Norma.

- VI -

Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra. «Las palabras -escribe el señor Ortega y Gasset, cuyos pensares me halagan-, las palabras son logaritmos de las cosas, imágenes, ideas y sentimientos, y por tanto, sólo pueden emplearse como signos de valores, nunca como

valores.» De acuerdo. Mas la palabra nace juntamente con la idea, o coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra. Tal mi sentir, a menos que alguien me contradiga después de haber presenciado el parto del cerebro, observando con el microscopio los neurones de nuestro gran Cajal.

En el principio está la palabra como única representación. No simplemente como signo, puesto que no hay antes nada que representar. En el principio está la palabra como manifestación de la unidad infinita, pero ya conteniéndola. Et verbum erat Deus.

La palabra no es en sí más que un signo, o una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demiúrgica. Los que la usan mal, serán los culpables, si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto a imposición de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos.

Yo no soy iconoclasta. ¿Para qué? Hace siempre falta a la creación el tiempo perdido en destruir. Mal haya la filosofía que viene de Alemania, que viene de Inglaterra o que viene de Francia, si ella viene a quitar, y no a dar. Sepamos que muchas de esas cosas flamantes importadas yacen, entre polillas, en ancianos infolios españoles. Y las que no, son pruebas por corregir para la edición de mañana, en espera de una sucesión de correcciones. Se está ahora, editorialmente -en Palma de Mallorca-, desenterrando de sus cenizas a un Lulio. ¿Creéis que este fénix resucitado contenga menos que lo que pueda dar a la percepción filosófica de hoy cualquiera de los reporters usuales en las cátedras periodísticas y más o menos sorbónicas del día?

Construir, hacer, ¡oh juventud! Juntos para el templo; solos para el culto. Juntos para edificar; solos para crear. Y con la constancia no será la menor virtud, que en ella va la invencible voluntad de crear. Mas si alguien dijera: «Son cosas de ideólogos», o «son cosas de poetas», decir que no somos otra cosa. Es expresar: además del cerdo y del cisne, que nos han adjudicado ciertos filósofos, tenemos el ángel.

¡Tener ángel, Dios mío! Pido exégetas andaluces.

Resumo: La poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte. El don de arte es un don superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después, en el ambiente del ensueño o de la meditación. Hay una música ideal como hay una música verbal. No hay escuelas; hay poetas. El verdadero artista comprende todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia.

El canto errante (1907).

El periodista y su mérito literario

Ya he dicho en otra ocasión mi pensar respecto a eso del periodismo.

Hoy, y siempre, un periodista y un escritor se han de confundir. La mayor

parte de los fragmentarios son periodistas. Montaigne y de Maistre son periodistas, en un amplio sentido de la palabra. Todos los observadores y comentaristas de la vida han sido periodistas. Ahora, si os referís simplemente a la parte mecánica del oficio moderno, quedaríamos en que tan solo merecerían el nombre de periodistas los reporters comerciales, los de los sucesos diarios; y hasta éstos pueden ser muy bien escritores que hagan sobre un asunto árido una página interesante, con su gracia de estilo y su buen por qué de filosofía. Hay editoriales políticos escritos por hombres de reflexión y de vuelo, que son verdaderos capítulos de libros fundamentales, y eso pasa. Hay crónicas, descripciones de fiesta o ceremoniales escritas por reporters que son artistas, las cuales, aisladamente, tendrían cabida en obras antológicas, y eso pasa. El periodista que escribe con amor lo que escribe, no es sino un escritor como otro cualquiera.

Solamente merece la indiferencia y el olvido aquel que, premeditadamente, se propone escribir, para el instante, palabras sin lastre e ideas sin sangre.

Muy hermosos, muy útiles y muy valiosos volúmenes podrían formarse con entresacar de las colecciones de los periódicos la producción, escogida y selecta, de muchos, considerados como simples periodistas.

Impresiones y sensaciones (1925).

Historia de mis libros

Prosas profanas

Sería inútil tarea intentar un análisis exegético de mi libro Prosas profanas, después del estudio tan completo del gran José Enrique Rodó en su magistral y célebre opúsculo, reproducido a manera de prólogo en la edición parisiense de la Viuda de C. Bouret, y en la cual no apareció la firma del ilustre uruguayo por un descuido de los editores. Mas sí podré expresar mi sentimiento personal, tratar de mis procedimientos y de la génesis de los poemas en esta obra contenidos. Ellos corresponden al período de ardua lucha intelectual que hube de sostener, en unión de mis compañeros y seguidores, en Buenos Aires, en defensa de las ideas nuevas, de la libertad del arte, de la acracia, o, si se piensa bien, de la aristocracia literaria. En unas palabras de introducción concentraba yo el alcance de mis propósitos.

Ya había aparecido Azul... en Chile; ya habían aparecido Los raros en la capital argentina. Estaba de moda entonces la publicación de manifiestos, en la brega simbolista de Francia, y muchos jóvenes amigos me pedían hiciese en Buenos Aires lo que, en París, Moréas y tantos otros. Opiné que no estábamos en idéntico medio, y que tal manifiesto no sería ni fructuoso ni oportuno. La atmósfera y la cultura de la secular Lutecia no era la misma de nuestro Estado continental. Si en Francia abundaba el tipo de

Rémy de Gourmont, celui-qui ne comprend-pas, ¿cómo no sería entre nosotros? Él pululaba en nuestra clase dirigente, en nuestra general burguesía, en las letras, en la vida social. No contaba, pues, sino con una élite, y sobre todo con el entusiasmo de la juventud, deseosa de una reforma, de un cambio de su manera de concebir y cultivar la belleza. Aun entre algunos que se habían apartado de las antiguas maneras, no se comprendía el valor que con el solo esfuerzo del talento podría llevarse a cabo la labor comprendida. Se proclamaba una estética individual, la expresión del concepto; mas también era preciso la base del conocimiento del arte a que uno se consagraba, una indispensable erudición y el necesario don del buen gusto. Me adelanté a prevenir el prejuicio de toda imitación, y, apartando sobre todo a los jóvenes catecúmenos de seguir mis huellas, recordé un sabio consejo de Wagner a una ferviente discípula suya, que fue al mismo tiempo una de las amadas de Catulle Mendès. Asqueado y espantado de la vida social y política en que mantuviera a mi país original un lamentable estado de civilización embrionaria, no mejor en tierras vecinas, fue para mí un magnífico refugio la República Argentina, en cuya capital, aunque llena de tráfigos comerciales, había una tradición intelectual y un medio más favorable al desenvolvimiento de mis facultades estéticas. Y si la carencia de una fortuna básica me obligaba a trabajar periódicamente, podría dedicar mis vagares al ejercicio del puro arte y de la creación mental. Mas abominando la democracia funesta a los poetas, así sean sus adoradores como Walt Whitman, tendí hacia el pasado, a las antiguas mitologías y a las espléndidas historias, incurriendo en la censura de los miopes. Pues no se tenía en toda la América española como fin y objeto poéticos más que la celebración de las glorias criollas, los hechos de la Independencia y la naturaleza americana: un eterno canto a Junín, una inacabable oda a la agricultura de la zona tórrida, y décimas patrióticas. No negaba yo que hubiese un gran tesoro de poesía en nuestra épica prehistórica, en la conquista y aun en la colonia; mas con nuestro estado social y político posterior llegó la chatura intelectual, y períodos históricos más a propósito para el folletín sangriento que para el noble canto. Y agregaba, sin embargo: «Buenos Aires: cosmópolis. ¡Y mañana!» La comprobación de este augurio quedó afirmada con mi reciente «Canto a la Argentina». En cuanto a la cuestión ideológica y verbal, proclamé ante glorias españolas más sonoras, la del gran D. Francisco de Quevedo, de Santa Teresa, de Gracián, opinión que más tarde aprobarían y sostendrían en la Península egregios ingenios. Una frase hay que exigiría comentario: «Abuelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida es de París.» En el fondo de mi espíritu, a pesar de mis vistas cosmopolitas, existe el inarrancable filón de la raza; mi pensar en mi sentir continúan un proceso histórico y tradicional; mas de la capital del arte y de la gracia, de la elegancia, de la claridad y del buen gusto, habría de tomar lo que atribuyese a embellecer y decorar mis eclosiones autóctonas. Tal di a entender. Con el agregado de que no sólo de las rosas de París extraería esencias, sino de todos los jardines del mundo. Luego expuse el principio de la música interior: «Como cada palabra tiene un alma, hay, en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal. La música es sólo de la idea, muchas veces.» Luego profesé el desdén de la crítica de

gallina ciega, de la gritería de las ocas, y aticé el fuego de estímulo para el trabajo, para la creación. «Bufe el eunuco: cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho encinta.» Frase que he leído citada en una producción reciente de un joven español, ¡como de Théophile Gautier!... En «Era un aire suave...», que es un aire suave, sigo el precepto del Arte Poética de Verlaine: «De la musique avant toute chose.» El paisaje, los personajes, el tono; se presentan en ambiente siglo dieciochesco. Escribí como escuchando los violines del rey. Poseyeron mi sensibilidad Rameau y Lulli. Pero el abate joven de los madrigales y el vizconde rubio de los desafíos, ante Eulalia que ríe, mantienen la secular felinidad femenina contra el viril rendido; Eva, Judith u Ofelia, peores que todas las sufragettes. En «Divagación» diríase un curso de geografía erótica; la invitación al amor bajo todos los soles, la pasión de todos los colores y de todos los tiempos. Allí flexibilicé hasta donde pude el endecasílabo. La «Sonatina» es la más rítmica y musical de todas estas composiciones, y la que más boga ha logrado en España y América. Es que contiene el sueño cordial de toda adolescente, de toda mujer que aguarda el instante amoroso. Es el deseo íntimo, la melancolía ansiosa, y es, por fin, la esperanza. En «Blasón» celebro el cisne, pues esos versos fueron escritos en el álbum de una marquesa de Francia propicia a los poetas. En «Del campo» me amparaba la sombra de Banville, en un tema y en una atmósfera criollos. En la alabanza «A los ojos negros de Julia» madrigalicé caprichosamente. La «Canción de Carnaval» es también a lo Banville, una oda funambulesca, de sabor argentino, bonaerense. Dos galanterías siguen para una dama cubana. Fueron escritas en presencia de mi malogrado amigo Julián del Casal, en La Habana, hace más de veinte años, e inspiradas por una bella dama, María Cap, hoy viuda del general Lachambre. «Bouquet» es otro madrigal de capricho. «El faisán», en tercetos monorrimos, es un producto parisiense, ideado en París, escrito en París, trascendente de parisina.

«Garçonnière» dice horas artísticas y fraternas de Buenos Aires. «El país del sol», formulado a la manera de los «Lieds de France», de Catulle Mendès, y como un eco de Gaspard de la Nuit, concreta la nostalgia de una niña de las islas del trópico, animada de arte, en el medio frígido y duro de Manhattan, en la imperial Nueva York. «Margarita» -que ha tenido la explicable suerte de estar en tantas memorias- es un melancólico recuerdo pasional, vivido, aunque en la verdadera historia la amada sensual no fue alejada por la muerte, sino por la separación. «Mía» y «Dice mía» son juegos para música, propios para el canto, «lieds» que necesitan modulación.

En «Heraldos» demuestro la teoría de la melodía interior. Puede decirse que en este poemita el verso no existe, bien que se imponga la notación ideal. El juego de las sílabas, el sonido y color de las vocales, el nombre clamado heráldicamente, evocan la figura oriental, bíblica, legendaria, y el tributo y la correspondencia.

El «Coloquio de los centauros» es otro «mito», que exalta las fuerzas naturales, el misterio de la vida universal, la ascensión perpetua de Psique, y luego plantea el arcano fatal y pavoroso de nuestra ineludible finalidad. Mas renovando un concepto pagano. Thanatos no se presenta como en la visión católica, armado de su guadaña, larva o esqueleto, de la

medieval reina de la peste y emperatriz de la guerra; antes bien, surge bella, casi atrayente, sin rostro angustioso, sonriente, pura, casta, y con el Amor dormido a sus pies. Y bajo un principio pánico, exalto la unidad del Universo en la ilusoria Isla de Oro, ante la vasta mar. Pues, como dice el divino visionario Juan: «Hay tres cosas que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre, y estos tres no son más que 'uno'.» (Ep. B. Joanis Apst., V, 8: «Et tres sunt qui testimonium dant in terra: spiritus, et aqua, et sanguis: et hi tres unum sunt.»)

En «El poeta pregunta por Stella», el poeta rememora a un angélico ser desaparecido, a una hermana de las liliales mujeres de Poe que ha ascendido al cielo cristiano. Luego leeréis un prólogo lírico, que se me antojó llamar «pórtico», escrito hace largos años en alabanza del muy buen poeta, del vibrante, sonoro y copioso Salvador Rueda, gloria y decoro de las Andalucías. Y como en ese tiempo visitase yo la que es llamada harto popularmente tierra de María Santísima, no dejé de pagar tributo, contagiado de la alegría de las castañuelas, panderos y guitarras, a aquella encantada región solar. Y escribí, entre otras cosas, el «Elogio de la seguidilla».

En Buenos Aires, e iniciado en los secretos wagnerianos por un músico y escritor belga, M. Charles de Gouffré, rimé el soneto de «El cisne» -¡ave eterna!- que concluye:

¡Oh, Cisne! ¡Oh, sacro pájaro! Si antes la blanca Helena
del huevo azul de Leda brotó de gracia llena,
siendo de la hermosura la princesa inmortal,

bajo tus blancas alas la nueva Poesía
concibe en una gloria de luz y de armonía
la Helena eterna y pura que encarna el ideal.

«La página blanca» es como un sueño cuyas visiones simbolizaran las bregas, las angustias, las penalidades del existir, la fatalidad genial, las esperanzas y los desengaños, y el irremisible epílogo de la sombra eterna, del desconocido más allá.

¡Ay! Nada ha amargado más las horas de meditación de mi vida que la certeza tenebrosa del fin. ¡Y cuántas veces me he refugiado en algún paraíso artificial, poseído del horror fatídico de la muerte!

«Año nuevo» es una decoración sideral, animada -se diría- de un teológico aliento.

La «Sinfonía en gris mayor» trae necesariamente el recuerdo del mágico Théo, del exquisito Gautier, y su «Symphonie en blanc majeur». La mía es anotada «d'après nature», bajo el sol de mi patria tropical. Yo he visto esas aguas en estagnación, las costas como candentes, los viejos lobos de mar que iban a cargar en goletas y bergantines maderas de tinte y que partían, a velas desplegadas, con rumbo a Europa. Bebedores taciturnos o risueños cantaban en los crepúsculos, a la popa de sus barcos,

acompañándose con sus acordeones cantos de Normandía o de Bretaña, mientras exhalaban los bosques y los esteros cercanos rodeados de manglares bocanadas cálidas y relentes palúdicos.

En «Epitalamio bárbaro» se testifica en la lira el triunfo amoroso de un grande apolonida. El «Responso» a Verlaine prueba mi admiración y fervor cordial por el «pauvre Lelian», a quien conocí en París en días de su triste y entristecedora bohemia, y hago ver las dos faces de su alma pánica: la que da a la carne y la que da al espíritu; la que da a las leyes de la humana naturaleza y la que da a Dios y a los misterios católicos, paralelamente. En el «Canto de la sangre» hay una sucesión de correspondencia y equivalencias simbólicas bajo el enigma del licor sagrado que mantiene la vitalidad en nuestro cuerpo mortal.

La siguiente parte del volumen, «Recreaciones arqueológicas», indica por su título el contenido. Son ecos y manera de épocas pasadas, y una demostración, para los desconcertados y engañados contrarios, de que para realizar la obra de reforma y de modernidad que emprendiera he necesitado anteriores estudios de clásicos y primitivos. Así, en «Friso» recurro al elegante verso libre, cuya última realización plausible en España es la célebre «Epístola a Horacio», de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Hay más arquitectura y escultura que música; más cincel que cuerda o flauta. Lo propio en «Palimpsesto», en donde el ritmo se acerca a la repercusión de los números latinos. En «El reino interior» se siente la influencia de la poesía inglesa, de Dante Gabriel Rossetti y de algunos de los corifeos del simbolismo francés. (¡Por Dios! ¡Si he querido en un verso hasta aludir al «Glosario», de Powell!...) «Cosa del Cid» encierra una leyenda que narra en prosa Barbey d'Aurevilly y que, en verso, he continuado.

«Decires, leyes y canciones» renuevan antiguas formas poémicas y estróficas, y así expreso amores nuevos con versos compuestos y arreglados a la manera de Johan de Duenyas, de Johan de Torres, de Valtierra, de Santa Fe, con inusitados y sugerentes escogimientos verbales y rítmicas combinaciones que dan un gracioso y eufónico resultado, y con el aditamento de finidas y tornadas.

Y para concluir: en la serie de sonetos que tiene por título «Las ánforas de Epicuro» -con una «Marina» intercalada-, hay una como exposición de ideas filosóficas; en «La espiga», la concentración de un ideal religioso a través de la Naturaleza; en «La fuente», el autoconocimiento y la exaltación de la personalidad; en «Palabras de la Satiresa», la conjunción de las exaltaciones pánica y apolínea -que ya Moréas, según lo hace saber un censor más que listo, había preconizado, ¡y tanto mejor!-; en «La anciana», una alegórica afirmación de supervivencia; en «Ama tu ritmo...», otra vez la exposición de la potencia íntima individual; en «A los poetas risueños», un gozo amable, un ímpetu que lleva a la claridad alegre y reconfortante, con el exultorio de los cantores de la dicha; en «La hoja de oro», el arcano de tristezas autumnales; en «Marina», una amarga y verdadera página de mi vivir; en «Syrinx» (pues el soneto que aparece en otras ediciones con el título «Dafnes», por equivocación, debe llevar el de «Syrinx»), peganizo al cantar la concreción espiritual de la metamorfosis. «La gitanilla» es una rimada anécdota. Leo después a un antiguo y sabroso citareda de España; lanzo una voz de aliento y de ánimo; indico mis sueños.

Y tal es ese libro, que amo intensamente y con delicadeza, no tanto como obra propia, sino porque a su aparición se animó en nuestro continente toda una cordillera de poesía poblada de magníficos y jóvenes espíritus. Y nuestra alba se reflejó en el viejo solar.
Historia de mis libros (1909).

Cantos de vida y esperanza

Si Azul... simboliza el comienzo de mi primavera, y Prosas profanas mi primavera plena, Cantos de vida y esperanza encierra las esencias y savias de mi otoño.

He leído, no recuerdo ya de quién, el elogio del otoño; mas ¿quién mejor que Hugo lo ha hecho con el encanto profundo de su selva lírica? La autumnal es la estación reflexiva. La Naturaleza comunica su filosofía sin palabras, con sus hojas pálidas, sus cielos taciturnos, sus opacidades melancólicas. El ensueño se impregna de reflexión. El recuerdo ilumina con su interior luz apacible los más amables secretos de nuestra memoria. Respiramos, como a través de un aire mágico, el perfume de las antiguas rosas. La ilusión existe, mas su sonrisa es discreta. Adquiere el amor mismo cierta dulce gravedad. Esto no lo comprendieron, muchos que al parecer Cantos de vida y esperanza echaron de menos el tono matinal de Azul... y la princesa que estaba triste en Prosas profanas, y los caprichos siglo XVIII, mis queridas y gentiles versallerías, los madrigales galantes y preciosos y todo lo que en su tiempo sirvió para renovar el gusto y la forma y el vocabulario en nuestra poesía, encajonada en lo pedagógico-clásico, anquilosada de Siglo de Oro o apegada, cuando más, a las fórmulas prosaico-filosóficas o baritonante y campanudas de maestros, aunque ilustres, limitados. Apenas Bécquer había traído su melodía a la germánica, aunque el gran Zorrilla imperase, Cid del Parnaso castellano, con su virtuosidad genial y castiza.

Al escribir Cantos de vida y esperanza, yo había explorado no solamente el campo de poéticas extranjeras, sino también los cancioneros antiguos, la obra ya completa, ya fragmentaria, de los primitivos de la poesía española, en los cuales encontré riqueza de expresión y de gracia que en vano se buscarán en hartos celebrados autores de siglos más cercanos. A todo esto agregad un espíritu de modernidad con el cual me compenetraba en mis incursiones poliglóticas y cosmopolitas. En unas palabras liminares y en la introducción, en endecasílabos, se explica la índole del nuevo libro. La historia de una juventud llena de tristezas y de desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas; la lucha por la existencia desde el comienzo, sin apoyo familiar ni ayuda de mano amiga; la sagrada y terrible fiebre de la lira; el culto del entusiasmo y de la sinceridad contra las añagazas y traiciones del mundo, del demonio y de la carne; el poder dominante e invencible de los sentidos en una idiosincrasia calentada a sol de trópico en sangre mezclada de español y chorotega o nagrandano; la simiente del catolicismo, contrapuesta a un tempestuoso instinto pagano, complicado con la necesidad psicofisiológica de estimulantes modificadores del pensamiento, peligrosos combustibles, suprimidores de perspectivas

afligentes, pero que ponen en riesgo la máquina cerebral y la vibrante túnica de los nervios. Mi optimismo se sobrepuso. Español de América y americano de España, canté, eligiendo como instrumento al hexámetro griego y latino, mi confianza y mi fe en el renacimiento de la vieja Hispania en el propio solar y del otro lado del Océano, en el coro de naciones que hacen contrapeso en la balanza sentimental a la fuerte y osada raza del Norte. Elegí el hexámetro por ser de tradición grecolatina y porque yo creo, después de haber estudiado el asunto, que en nuestro idioma, «malgré» la opinión de tantos catedráticos, hay sílabas largas y breves, y que lo que ha faltado es un análisis más hondo y musical de nuestra prosodia. Un buen lector hace advertir en seguida los correspondientes valores, y lo que han hecho Voss y otros en alemán, Longfellow y tantos en inglés, Carducci, D'Annunzio y otros en Italia, Villegas, el P. Martín y Eusebio Caro, el colombiano, y todos los que cita Eugenio Mele en su trabajo sobre la Poesía bárbara en España, bien podíamos continuarlo otros, aristocratizando así nuevos pensares. Y bella y prácticamente lo ha demostrado después un poeta del valer de Marquina.

Flexibilizado nuestro alejandrino con la aplicación de los aportes que al francés trajeran Hugo, Banville, y luego Verlaine y los simbolistas, su cultivo se propagó, quizá en demasía en España y América. Hay que advertir que los portugueses tenían ya tales reformas.

Hay, como he dicho, mucho hispanismo en este libro mío. Ya haga su salutación el optimista, ya me dirija al rey Oscar de Suecia, o celebre la aparición de Cyrano en España, o me dirija al presidente Roosevelt, o celebre al Cisne, o evoque anónimas figuras de pasadas centurias, o haga hablar a D. Diego de Silva Velázquez y a D. Luis de Argote y Góngora, o loe a Cervantes, o a Goya, o escriba la «Letanía de Nuestro Señor Don Quijote», ¡Hispania por siempre! Yo había vivido ya algún tiempo y habían revivido en mí alientos ancestrales...

El título -Cantos de vida y esperanza-, si corresponde en gran parte a lo contenido en el volumen, no se compadece con algunas notas de desaliento, de duda o de temor a lo desconocido, al más allá.

En «Los tres reyes magos», se afianza mi deísmo absoluto. En la «Salutación a Leonardo» -escrita en versos libres franceses y publicada hacía tiempo en el Almanaque de Peuser, de Buenos Aires-, hay juegos y enigmas de arte que exigen para su comprensión, naturalmente, ciertas iniciaciones. En «Pegaso» se proclama el valor de la energía espiritual, de la voluntad de creación. En «A Roosevelt» se preconizaba la solidaridad del alma hispanoamericana ante las posibles tentativas imperialistas de los hombres del Norte; en la poesía siguiente se considera la poesía como un especial don divino, y se señala el faro de la esperanza ante las amenazas de la baja democracia y de la aterradora igualdad. En «Canto de esperanza» vuelvo mis ojos al inmenso resplandor de la figura de Cristo, y grito por su retorno como salvación ante los desastres de la tierra envenenada por las pasiones de los hombres; y más adelante, de nuevo hago vislumbrar a los meditados pensadores, a los poetas que sufren la transfiguración y la final victoria. «Helios» proclama el idealismo, y siempre la omnipotencia infinita; «Spes» asciende a Jesús, a quien se pide «contra el sañudo infierno una gracia lustral de iras y lujurias»; la «Marcha triunfal» es un «triumfo» de decoración y de música. El amor a

esta bella ave simbólica desde antiguo:

ignem perosus, quae colat, elegit contraria flumina flammis...

ha hecho que tanto a mí como al español Marquina nos haya censurado un crítico hispanoamericano, anteponiendo al ave blanca de Leda el ave sombría, aunque minervina: el búho. De cierto, juzgo en su metamorfosis más satisfecho al hijo de Sthenelea que a Ascálafo. Y con todo, en varias partes afirmo la sabiduría del búho. Por el símbolo císnico torno a ver lucir la esperanza para la raza solar nuestra; elogio al pensador, augurando el triunfo de la Cruz; me estremezco ante el eterno amor. En «Retrato», presento en lienzos evocatorios pasadas figuras de la grandeza y del carácter hispánicos; cuatro caballeros y una abadesa. Luego ritmo al influjo primaveral en un romance cuyo compás corto de pronto. En «La dulzura del Angelus» hay como un místico sueño, y presento como verdadero refugio la creencia en la Divinidad y la purificación del alma, y hasta de la naturaleza, por la íntima gracia de la plegaria.

«Tarde del trópico» fue escrita hace mucho tiempo, cuando por la primera vez sentí bajo mis pies las vastas aguas oceánicas en mi viaje a Chile. Era para mí entonces todo en la poesía el semidiós Hugo. Los «Nocturnos», en cambio, dicen una cultura posterior; ya han ungido mi espíritu los grandes «humanos», y así exteriorizo en versos transparentes, sencillos y musicales, de música interior, los secretos de mi combatida existencia, los golpes de la fatalidad, las inevitables disposiciones del destino. Quizá hay demasiada desesperanza en algunas partes; no debe culparse sino a los marcados instantes en que una mano de tiniebla hace vibrar mayormente el cordaje martirizador de nuestros nervios. Y las verdades de mi vida: «un vasto dolor y cuidados pequeños», «el viaje a un vago Oriente por entrevistados barcos», «los azoramientos del cisne entre los charcos», «el falso azul nocturno de inquerida bohemia»... Sí; más de una vez pensé en que pude ser feliz, si no se hubiera opuesto «el rudo destino». La oración me ha salvado siempre, la fe; pero hame atacado también la fuerza maligna, poniendo en mi entendimiento horas de duda y de ira. Mas ¿no han padecido mayores agresiones los más grandes santos? He cruzado por lodazales. Puedo decir, como el vigoroso mexicano: «Hay plumajes que cruzan el pantano y no se manchan; mi plumaje es de éstos.»

En cuanto a la bohemia inquerida, ¿habría yo gastado tantas horas de mi vida en agitadas noches blancas, en la euforia artificial y desorbitada de los alcoholes, en el desgaste de una juventud demasiado robusta, si la fortuna me hubiera sonreído y si el capricho y el triste error ajenos no me hubiesen impedido, después de una crueldad de la muerte, la formación de un hogar?...

Esperanza olorosa a yerbas frescas, trino
del ruseñor primaveral y matinal,
azucena tronchada por un fatal destino,
rebusca de la dicha, persecución del mal...

Y gracias sean dadas a la suprema razón si puedo clamar, con el verso de la obertura de este libro: «¡Si no caí, fue porque Dios es bueno!» En la «Canción de otoño en primavera» digo adiós a los años floridos, en una melancólica sonata que, si se insiste en parangonar, tendría su melodía algo como un sentimental eco mussetiano. Es, de todas mis poesías, la que más suaves y fraternos corazones ha conquistado.

En «Trébol» hay homenaje a glorias españolas; en «Charitas», una aspiración teológica incensa la más sublime de las virtudes. En los siguientes versos: «¡Oh, terremoto mental!», pasa la amenaza de las potencias maléficas, y más adelante se señala el peligro de la eterna enemiga, de la hermosa Varona que nos ofrece siempre la manzana... En «Filosofía» se comprende la justeza de la obra natural y de la divina razón contra las feas y dañinas apariencias; en «Leda» se vuelve a cantar la gloria del Cisne; en «Divina Psiquis...» se tiende, en el torbellino lírico, al último consuelo, al consuelo cristiano. El «Soneto de trece versos», cuyo sentido incomprendido ha hecho balbucir juicios distantes a más de un crítico de poca malicia, es un juego, a lo Mallarmé, de sugestión y fantasía. Los versos que van a continuación elevan a la idealidad y alivian del peso a las miserias morales. Después vendrá un paternal recuerdo, un himno al encanto misterioso femenino, un loor al Gran Manco, un madrigal ocasional, un canto a la siempre para mí atrayente Thalassa, una meditación filosófica, seguida de otras; un silueta bíblica; alegorías y símbolos. Un soneto hay que tiene una dolorosa historia: «Melancolía». Está dedicado a un pobre pintor venezolano que tenía el apellido del Libertador. Era un hombre doloroso, poseído de su arte, pero mayormente de su desesperanza.

Le conocí en París; fuimos íntimos; me mostró las heridas de su alma. Yo procuré alentarle. Pasado un corto tiempo, partió para los Estados Unidos. Y no tardé en saber que en Nueva York, en el límite de sus amarguras, se había suicidado.

«Aleluya» exalta el don de la alegría en el Universo y en el amor humano. «De otoño» explica la diferencia entre los mayos y diciembres espirituales; en el poema «A Goya» me inclino ante el poder de aquel genial príncipe de luces y tinieblas; en «Caracol», junto al misterio natural, mi incógnito misterio; en «Amo, amas», pongo el secreto del vivir en el sacro incendio universal amoroso; en el «Soneto autumnal al marqués de Bradomín», al celebrar a un gran ingenio de las Españas, exalto la aristocracia del pensamiento; en otro «Nocturno» digo los sufrimientos de los invencibles insomnios, cuando el ánimo tiembla y escucha; en «Urna votiva» cumplo con la amistad; en «Programa matinal» se expone un epicureísmo todo poético; en «Ibis» señalo el peligro de las ponzoñosas relaciones; en «Thanatos» me estremezco ante lo inevitable; «Ofrenda» es una ligera y rítmica galantería banvillesca; en «Propósito primaveral», de nuevo se presenta una copa llena de vino de las ánforas de Epicuro. La «Letanía de Nuestro Señor Don Quijote» afirma otra vez mi arraigado idealismo, mi pasión por lo elevado y heroico. La figura del caballero simbólico está coronada de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del «humour» -como un recuerdo de la portentosa creación cervantina-; mas tras el sonreír está el rostro de la humana tortura ante las realidades que no tocan la complexión y el pellejo de Sancho. En «Allá

lejos» hay un recordar de paisajes tropicales, un recuerdo de la ardiente tierra natal, y en «Lo fatal», contra mi arraigada religiosidad, y a pesar mío, se levanta como una sombra temerosa un fantasma de desolación y de duda.

Ciertamente, en mí existe, desde los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo ignorado, el pavor de la tumba, o, más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea y la vida desaparece de nuestro cuerpo. En mi desolación, me he lanzado a Dios como a un refugio; me he asido de la plegaria como de un paracaídas. Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe cuando el conflicto de las ideas me ha hecho vacilar, y me he sentido sin un constante y seguro apoyo.

Todas las filosofías me han parecido impotentes; y algunas, abominables y obra de locos y malhechores. En cambio, desde Marco Aurelio hasta Bergson, he saludado con gratitud a los que dan alas, tranquilidad, vuelos apacibles, y enseñan a comprender de la mejor manera posible el enigma de nuestra estancia sobre la tierra.

Y el mérito principal de mi obra, si alguno tiene, es el de una gran sinceridad, el de haber puesto «mi corazón al desnudo», el de haber abierto de par en par las puertas y ventanas de mi castillo interior para enseñar a mis hermanos el habitáculo de mis más íntimas ideas y de mis más caros ensueños.

He sabido lo que son las crueldades y locuras de los hombres. He sido traicionado, pagado con ingratitudes, calumniado, desconocido en mis mejores intenciones por prójimos mal inspirados; atacado, vilipendiado. Y he sonreído con tristeza. Después de todo, todo es nada, la gloria comprendida. Si es cierto que «el busto sobrevive a la ciudad», no es menos cierto que lo infinito del tiempo y del espacio, el busto como la ciudad, y ¡ay!, el planeta mismo, habrán de desaparecer ante la mirada de la única Eternidad.

Historia de mis libros (1909).

El

II. Crítica literaria: sus raros y semblanzas

El arte en silencio

No se ha hecho mucho comentario sobre L'Art en silence, de Camilo Mauclair, como era natural. ¡El «Arte en silencio», en el país del ruido! Así debía ser. Y pocos libros más llenos de bien, más hermosos y más nobles que éste, fruto de joven impregnado de un perfume de cordura y de un sabor de siglos. Al leerle, he aquí el espectáculo que se ha presentado

a mi imaginación: un campo inmenso y preparado para la labor; un día en su más bello instante, y un labrador matinal que empuja fuertemente su arado, orgulloso de que su virtud triptolémica trae consigo la seguridad de la hora de paz y de fecundidad de mañana. En la confusión de tentativas, en la lucha de tendencias, entre los juglarismos de mal convencidos apóstoles y la imitación de titubeantes sectarios, la voz de este digno trabajador, de este sincero intelectual, en el absoluto sentido del vocablo, es de una trascendental vibración. No puede haber profesión de fe más transparente, más noble y más generosa.

«Creo en la vanidad de las prerrogativas sociales de mi profesión y del talento por sí mismo. Creo en la misión difícil, agotadora y casi siempre ingrata del hombre de letras, del artista, del circulador de ideas; creo que el hombre que en nombre del talento que Dios le ha prestado descuida su carácter y se juzga exonerado de los deberes urgentes de la existencia humana, desobedece a la humanidad y es castigado. Creo en la aceptación de todos los deberes por la ayuda de la caridad y del orgullo; creo en el individualismo artístico y social. Creo que el arte, ese silencioso apostolado, esa bella penitencia escogida por algunos seres cuyos cuerpos les fatigan e impiden más que a otros encontrar lo infinito, es una obligación de honor que es necesario llenar con la más seria, la más circunspecta probidad; que hay buenos o malos artistas, pero que no tenemos que juzgar sino a los mentirosos, y los sinceros serán premiados en el altísimo cielo de la paz, en tanto que los brillantes, los satisfechos, los mentirosos, serán castigados. Creo todo eso, porque ya he visto pruebas alrededor mío, y porque he sentido la verdad en mí mismo, después de haber escrito varios libros, no sin sinceridad ni trabajo, pero con la confianza precipitada de la juventud.»

En efecto, ¿quiénes habrían podido prever, en el autor de tantas páginas de ensueños -«corona de claridad» o «sonatinas de otoño»-, este rumbo hacia un ideal de moral absoluta, en las regiones verdaderamente intelectuales donde no hay ninguna necesidad de hacer ruido para ser escuchado? Él ha agrupado en este sano volumen a varios artistas aislados, cuya existencia y cuya obra pueden servir de estimulantes ejemplos en la lucha de las ideas y de las aspiraciones mentales: Mallarmé, Edgar Poe, Flaubert, Rodenbach, Puvis de Chavannes y Rops, entre los muertos; y señaladas y activas energías jóvenes. Antes, conocidos son sus ensayos magistrales, de tan sagaz ideología, sobre Jules Laforgue y Auguste Rodin.

Cada día se afirma con mayor brillo la gloria ya sin sombras de Edgar Poe, desde su prestigiosa introducción por Baudelaire, coronada luego por el espíritu trascendentalmente comprensivo y seductor de Stéphane Mallarmé. Mas entre lo mucho que se ha escrito respecto al desgraciado poeta norteamericano, muy poco llegará a la profundidad y belleza que se contienen en el ensayo de Mauclair. Es un bienhechor capítulo sobre la psicología de la desventura, que producirá en ciertas almas el bien de una

medicina, la sensación de una onda cordial y vigorizante. Luego el espíritu penetrante y buscador hace ver con luz nueva la ideología poeana, y muchos puntos que antes pudieran aparecer velados u oscuros se ven en una dulce semiluz de afección que despide la elevada y pura estética del comentarista.

Una de las principales bondades es la de borrar la negra aureola de hermosura un tanto macabra, que las disculpas de la bohemia han querido hacer aparecer alrededor de la frente del gran yanqui. En este caso, como en otros, como en el de Musset, como en el de Verlaine, por ejemplo, el vicioso es malignamente ocasional, es el complemento de la fatal desventura. El genio original, libre del alcohol, u otro variativo semejante, se desenvolvería siempre, siendo, en esa virtud, sus floraciones, libres de oscuridades y trágicas miserias. En resumen, Poe queda, para el ensayista, «sin imitadores y sin antecesores, un fenómeno literario y mental, germinado espontáneamente en una tierra ingrata, místico purificado por ese dolor del que ha dado la inolvidable transposición, levantado en Ultramar, entre Emerson misericordioso y Whitman profético, como un interrogador del porvenir».

De Flaubert -ese vasto espectáculo- presenta una nueva perspectiva. La suma de razonamientos nos conduce a este resultado: «Flaubert no tiene de realista sino la apariencia; de artista impasible, la apariencia; de romántico, la apariencia. Idealista, cristiano y lírico, he ahí sus rasgos esenciales.» Y las demostraciones son llevadas por medio de la amable e irresistible lógica de Mauclair, que nos presenta la figura soberbia del «buen gigante», por ese aspecto que permanece ya definitivo. Es también de un fin reconfortante, por el ejemplo de voluntad y sufrimientos, en la pasión invencible de las letras, la enfermedad de la forma, soportada por otros dones de fortaleza y de método.

Sobre Mallarmé la lección es todavía de una virtud que concreta una moral superior. ¿Acaso no va ya destacándose en toda su altura y hermosura ese poeta, a quien la vida no consentía el triunfo, y hoy baña la gloria, «el sol de los muertos», con su dorada luz?

La simbólica representación está en la gráfica idea de Félicien Rops: el arpa ascendente, a la cual tienden, en el éter, innumerables manos de lo invisible. La honorabilidad artística, el carácter en lo ideal, la santidad, si es posible decir, del sacerdocio, o misión de belleza, facultad inaudita que halló su singular representación en el maravilloso maestro, que a través del silencio fue hacia la inmortalidad. Una frase de Madame Perier en su Vida de Pascal sirve de epígrafe al ensayo afectuoso, admirable y admirativo, justo, consagrado al doctor del misterio: Nous n'avons su toutes ces choses qu'après sa mort.

La estética mallarmeana por esta vez ha encontrado un expositor que se aleje de las fáciles tentativas de un Wisewa, de las exégesis divertidas de varios teorizantes, como de las blindadas oposiciones de la retórica escolar, o, lo que es peor, junto a la burda risa de una enemistad que no razona, la embrolladora disertación de más de un pseudodiscípulo.

Las páginas dedicadas a Rodenbach, con quien la juventud le une más cercanamente, en una afección artística fraternal, mitigan su tristeza en la afirmación de un generoso y sereno carácter, de una vida como autumnal, iluminados crepuscularmente de poesía y de gracia interior. «Le hemos

conocido irónico, entusiasta, espiritual y nervioso; pero era, ante todo, un melancólico, aun en la sonrisa. Le sentíamos menos extraño por su voz y ciertos signos exteriores, que lejano por una singular facultad de reserva. Ese cordial era aislado de alma. Había en esa faz rubia y fina, en esa boca fina, en esos ojos atraentes, una languidez y un fatalismo que no dejaban de extrañar. Es feliz -pensábamos- y sin embargo, ¿qué tiene? Tenía el gusto atento y la comprensión de la muerte. Se detenía en el dintel de la existencia, y no entraba, y desde ese dintel nos miraba a todos con una tristeza profundamente delicada. Ha vuelto a tomar el camino eterno: era un transeúnte encantador que no ha dicho todo su pensamiento en este mundo. Estaba hanté por su misticismo minucioso y extraño, evocaba todo lo que está difunto, recogido, purificado por la inmóvil palidez de los reposos seculares. Llevaba por todas partes su claustro interior, y si ha deseado ser enterrado en esa Bruges que amó tanto, puede decirse que su alma estaba dormida ya en la pacífica belleza de una muerte armoniosa.» Decid si no es este camafeo de un encanto sutil y revelador, y si no se ve a su través el alma melancólica del malogrado animador de Bruges la muerta. Estos párrafos de Mauclair son comparables, como retrato, en la transposición de la pintura a la prosa, al admirable pastel en que perpetúa la triste faz del desaparecido, el talento comprensivo de Levy Dhurmer.

Algunos vivos son también presentados y estudiados, y entre ellos uno que representa bien la fuerza, la claridad, la tradición del espíritu francés, del alma francesa, el talento más vigoroso de los actuales escritores de este país.

He nombrado a Paul Adam. Así sobre Elemir Boerges, de obra poco resonante, pero muy estimado por los intelectuales, consagra algunas notas, como sobre León Daudet.

La parte que denomina El crepúsculo de las técnicas, debía traducirse a todos los idiomas y ser conocida por la juventud literaria que en todos los países busca una vía, y mira la cultura de Francia y el pensamiento francés, como guías y modelos. Es la historia del simbolismo, escrita con toda sinceridad y con toda verdad; y de ella se desprenden utilísimas lecciones, enseñanzas cuyo provecho es inmediato, así el estudio sobre el sentimentalismo literario, en que el alma de nuestro siglo está analizada con penetración y cordura a la luz de una filosofía amplia y generosa, poco conocida en estos tiempos de egotismos superhombros y otras nietzschedades. No sabía alabar suficientemente los capítulos sobre arte, y el homenaje a altos artistas -artistas en silencio- como Puvis y Félicien Rops, Gustave Moreau y Besnard, así como los fragmentos de otros estudios y ensayos que ayudan en el volumen a la comprensión, al peso, y para decirlo con mi sentimiento, a la simpatía que se experimenta por un sincero, por un laborioso, por un verdadero y grande expositor de saludables ideas, que es al propio tiempo, él también, un señalado, uno que ha hallado su rumbo cierto, y como él gustará que se le llame un artista silencioso.

Los raros (1905).

Edgar Allan Poe
Fragmento de un estudio

En una mañana fría y húmeda llegué por primera vez al inmenso país de los Estados Unidos. Iba el steamer despacio, y la sirena aullaba roncamente, por temor de un choque. Quedaba atrás Fire Island con su erecto faro; estábamos frente a Sandy Hook, de donde nos salió al paso el barco de Sanidad. El ladrante slang yanqui sonaba por todas partes, bajo el pabellón de bandas y estrellas. El viento frío, los pitos aromadizados, el humo de las chimeneas, el movimiento de las máquinas, las mismas ondas ventrudas de aquel mar estañado, el vapor que caminaba rumbo a la gran bahía, todo decía: All right! Entre las brumas se divisaban islas y barcos. Long Island desarrollaba la inmensa cinta de sus costas, y Staten Island, como en el marco de una viñeta, se presentaba en su hermosura, tentando al lápiz, ya que no, por la falta de sol, la máquina fotográfica. Sobre cubierta se agrupan los pasajeros; el comerciante de gruesa panza, congestionado como un pavo, con encorvadas narices israelitas; el clergyman huesoso, enfundado en su largo levitón negro, cubierto con su ancho sombrero de fieltro, y en la mano una pequeña Biblia; la muchacha que usa gorra de jockey y que durante toda la travesía ha cantado con voz fonográfica, al son de un banjo; el joven robusto, lampiño como un bebé, y que, aficionado al box, tiene los puños de tal modo, que bien pudiera desquijarar un rinoceronte de un solo impulso... En los Narrows se alcanza a ver la tierra pintoresca y florida, las fortalezas. Luego, levantado sobre su cabeza la antorcha simbólica, queda a un lado la gigantesca Madona de la Libertad, que tiene por peana un islote. De mi alma brota entonces la salutación: «A ti, prolífica, enorme, dominadora. A ti, Nuestra Señora de la Libertad. A ti, cuyas mamas de bronce alimentan un sinnúmero de almas y corazones. A ti, que te alzas solitaria y magnífica sobre tu isla, levantando la divina antorcha. Yo te saludo al paso de mi steamer, prosternándome delante de tu majestad: ¡Ave, Goodmorning! Yo sé, divino icono, oh magna estatua, que tu solo nombre, el de la excelsa beldad que encarnas, ha hecho brotar estrellas sobre el mundo, a la manera del fiat del Señor. Allí están entre todas, brillantes sobre las listas de la bandera, las que iluminan el vuelo del águila de América, de esta tu América formidable, de ojos azules. Ave, Libertad, llena de fuerza; el Señor es contigo: bendita tú eres. Pero ¿sabes?, se te ha querido mucho por el mundo, divinidad, manchando tu esplendor. Anda en la tierra otra que ha usurpado tu nombre, y que, en vez de la antorcha, lleva la tea. Aquélla no es la Diana sagrada de las incomparables flechas: es Hécate.» Hecha mi salutación, mi vista contempla la masa enorme que está al frente, aquella tierra coronada de torres, aquella región de donde casi sentís que viene un soplo subyugador y terrible: Manhattan, la isla de hierro; New York, la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque. Rodeada de islas menores, tiene cerca a Jersey, y agarrada a Brooklyn con la uña enorme del puente, Brooklyn, que

tiene sobre el palpitante pecho de acero un ramillete de campanarios.
Se cree oír la voz de New York, el eco de un vasto soliloquio de cifras.
¡Cuán distinta de la voz de París, cuando uno cree escucharla, al
acercarse, halagadora como una canción de amor, de poesía y de juventud!
Sobre el suelo de Manhattan parece que va a verse surgir de pronto un
colosal Tío Samuel, que llama a los pueblos todos a un inaudito remate, y
que el martillo del rematador cae sobre cúpulas y techumbres produciendo
un ensordecedor trueno metálico. Antes de entrar al corazón del monstruo,
recuerdo la ciudad que vio en el poema bárbaro el vidente Thogorma:

Thogorma dans ses yeux vit monter des murailles
de fer dont s'enroulaient des spirales des tours
et des palais cerclés d'airain sur des blocs lourds;
ruche énorme, géhenne aux lugubres entrailles
ou s'engouffraient les Forts princes des anciens jours.

Semejantes a los Fuertes de los días antiguos, viven en sus torres de
piedra, de hierro y de cristal, los hombres de Manhattan.
En su fabulosa Babel, gritan, mugen, resuenan, braman, conmueven la Bolsa,
la locomotora, la fragua, el banco, la imprenta, el dock y la urna
electoral. El edificio Produce Exchange entre sus muros de hierro y
granito, reúne tantas almas cuantas hacen un pueblo... He allí Broadway.
Se experimenta casi una impresión dolorosa; sentís el dominio del vértigo.
Por un gran canal cuyos lados los forman casas monumentales que ostentan
sus cien ojos de vidrios y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso,
confuso, de comerciantes, corredores, caballos, tranvías, ómnibus,
hombres-sandwichs vestidos de anuncios y mujeres bellísimas. Abarcando con
la vista la inmensa arteria en su hervor continuo, llega a sentirse la
angustia de ciertas pesadillas. Reina la vida del hormiguero: un
hormiguero de percherones gigantescos de carros monstruosos de toda clase
de vehículos. El vendedor de periódicos, rosado y risueño, salta como un
gorrión de tranvía en tranvía, y grita al pasajero: Intransoonwood; lo
que quiere decir si gustáis comprar cualquiera de esos tres diarios: el
Evening Telegram, el Sun o el World. El ruido es mareador y se siente en
el aire una trepidación incesante; el repiqueteo de los cascotes, el vuelo
sonoro de las ruedas, parece a cada instante aumentarse. Temeríase a cada
momento un choque, un fracaso, si no se conociese que este inmenso río que
corre con una fuerza de alud, lleva en sus ondas la exactitud de una
máquina. En lo más intrincado de la muchedumbre, en lo más convulsivo y
crespo de la ola de movimiento, sucede que una lady anciana, bajo su
capota negra, o una miss rubia, o una nodriza con su bebé quiere pasar de
una acera a otra. Un corpulento policeman alza la mano, detiéndose el
torrente, pasa la dama, all right!
«Esos cíclopes...», dice Groussac; «esos feroces calibanes...», escribe
Peladan. ¿Tuvo razón el raro Sar al llamar así a estos hombres de la
América del Norte? Calibán reina en la isla de Manhattan, en San

Francisco, en Boston, en Washington, en todo el país. Ha conseguido establecer el imperio de la materia desde su estado misterioso con Edison, hasta la apoteosis del puerco, en esa abrumadora ciudad de Chicago. Calibán se satura de whisky, como en el drama de Shakespeare de vino; se desarrolla y crece; y sin ser esclavo de ningún Próspero, ni martirizado por ningún genio del aire, engorda y se multiplica; su nombre es Legión. Por voluntad de Dios suele brotar de entre esos poderosos monstruos, algún ser de superior naturaleza, que tiende las alas a la eterna Miranda de lo ideal. Entonces, Calibán mueve contra él a Sicorax, y se le destierra o se le mata. Esto vio el mundo con Edgar Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muerte...

¿Por qué vino tu imagen a mi memoria Stella, Alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse a leer los versos de Poe, cuyo nombre de Edgar, armonioso y legendario encierra la procesión de sus castas enamoradas a través de polvo de plata de un místico ensueño? Es porque tú eres hermana de las liliales vírgenes cantadas en brumosa lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos. Tú como ellas eres llama del infinito amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas, por donde en el Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la maravilla de tu virtud, ¡oh mi ángel consolador!, ¡oh mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña, venida de allá, de los mares lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia de cabellos de oro y ojos de violeta, que dirige al cielo su mirada; la tercera es Leonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén distante; la otra es Frances, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra el Ulalume, cuya sombra yerra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío lago de Auber; la otra Helen, la que fue vista por la primera vez a la luz de perla de la luna; la otra Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra Annabel Lee, que amó con un amor envidia de los serafines del cielo; la otra Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin, meditabunda, envuelta en un velo de extraterrestre esplendor... Ellas son, cándido coro de ideales oceánidas, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo, amarrado a la montaña Yankee, cuyo cuervo, más cruel aún que el buitro esquiliano, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado, apuñalándole con la monótona palabra de la desesperanza. Así tú para mí. En medio de los martirios de la vida me refrescas y alientas con el aire de tus alas, porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento la venida de tu ser inmortal, cuando las fuerzas me faltan o cuando el dolor tiende hacia mí el negro arco. Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nombre luminoso y simbólico surge en el cielo de mis noches como un incomparable guía, y por tu claridad inefable llevo el incienso y la mirra a la cuna de la eterna Esperanza.

I. -El hombre

La influencia de Poe en el arte universal ha sido suficientemente honda y trascendente para que su nombre y su obra sean a la continua recordados. Desde su muerte acá, no hay año casi en que, ya en el libro o en la

revista, no se ocupen del excelso poeta americano, críticos, ensayistas y poetas. La obra de Ingram iluminó la vida del hombre; nada puede aumentar la gloria del soñador maravilloso. Por cierto que la publicación de aquel libro, cuya traducción a nuestra lengua hay que agradecer al señor Mayer, estaba destinada al grueso público.

¿Es que el número de los escogidos, de los aristócratas del espíritu, no estaba ya pesado en su propio valor, el odioso fárrago del canino Griswold? La infame autopsia moral que se hizo del ilustre difunto, debía tener esa bella protesta. Ha de ver ya el mundo libre de mancha al cisne immaculado.

Poe, como un Ariel hecho hombre, diríase que ha pasado su vida bajo el flotante influjo de un extraño misterio. Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota imaginación tan estupenda. El don mitológico parece nacer en él por lejano atavismo y vese en su poesía un claro rayo del país del sol y azul en que nacieron sus antepasados. Renace en él el alma caballeresca de los Le Poer alabados en las crónicas de Generaldo Gambresio. Arnoldo Le Poer lanza en la Irlanda de 1327 este terrible insulto al caballero Mauricio de Desmond: «Sois un rimador.» Por lo cual se empuñan las espadas y traba una riña que es el prólogo de guerra sangrienta. Cinco siglos después, un descendiente del provocativo Arnoldo glorificará a su raza, erigiendo sobre el rico pedestal de la lengua inglesa, y en un nuevo mundo, el palacio de oro de sus rimas.

El noble abolengo de Poe, ciertamente, no interesa sino a «aquellos que tienen gusto de averiguar los efectos producidos por el país y el linaje en las peculiaridades mentales y constitucionales de los hombres de genio», según las palabras de la noble señora Whitman. Por lo demás, es él quien hoy da valer y honra a todos los pastores protestantes, tenderos, rentistas o mercachifles que lleven su apellido en la tierra del honorable padre de su patria, Jorge Washington.

Sábese que en el linaje del poeta hubo un bravo Sir Rogerio que batalló en compañía de Strongbow; un osado Sir Arnoldo que defendió a una lady acusada de bruja; una mujer heroica y viril, la célebre «Condesa» del tiempo de Cromwell; y pasando sobre enredos genealógicos antiguos, un general de los Estados Unidos, su abuelo. Después de todo, ese ser trágico, de historia tan extraña y romanesca, dio su primer vagido entre las coronas marchitas de una comediante, la cual le dio vida bajo el imperio del más ardiente amor. La pobre artista había quedado huérfana desde muy tierna edad. Amaba el teatro, era inteligente y bella, y de esa dulce gracia nació el pálido y melancólico visionario que dio al arte un mundo nuevo.

Poe nació con el envidiable don de la belleza corporal. De todos los retratos que he visto suyos, ninguno da idea de aquella especial hermosura que en descripciones han dejado muchas de las personas que le conocieron. No hay duda que en toda la iconografía poeana, el retrato que debe representarse mejor es el que sirvió a Mister Clarke para publicar un grabado que copiaba al poeta en tiempo en que éste trabajaba en la empresa de aquel caballero. El mismo Clarke protestó contra los falsos retratos de Poe que después de su muerte se publicaron. Si no tanto como los que calumniaron su hermosa alma poética, los que desfiguran la belleza de su

rostro son dignos de la más justa censura. De todos los retratos que han llegado a mis manos, los que más me han llamado la atención son: el de Chiffart, publicado en la edición ilustrada de Quantin, de los Cuentos extraordinarios, y el grabado por R. Loncup para la traducción del libro de Ingram por Mayer. En ambos Poe ha llegado ya a la edad madura. No es, por cierto, aquel gallardo jovencito sensitivo que, al conocer a Elena Stannard, quedó trémulo y sin voz, como el Dante de la Vita Nuova... Es el hombre que ha sufrido ya, que conoce por sus propias desgarradas carnes cómo hieren las asperezas de la vida. En el primero, el artista parece haber querido hacer una cabeza simbólica. En los ojos, casi ornitomorfos, en el aire, en la expresión trágica del rostro, Chiffart ha intentado pintar al autor del Cuervo, al visionario, al unhappy Master más que al hombre. En el segundo hay más realidad: esa mirada triste, de tristeza contagiosa, esa boca apretada, ese vago gesto de dolor y esa frente ancha y magnífica en donde se entronizó la palidez fatal del sufrimiento, pintan al desgraciado en sus días de mayor infortunio, quizá en los que precedieron a su muerte. Los otros retratos, como el de Halpin para la edición de Armstrong, nos dan ya tipos de lechuguinos de la época, ya caras que nada tienen que ver con la cabeza bella e inteligente de que habla Clarke. Nada más cierto que la observación de Gautier:

«Es raro que un poeta, dice, que un artista sea conocido bajo su primer encantador aspecto. La reputación no le viene sino muy tarde, cuando ya las fatigas del estudio, la lucha por la vida y las torturas de las pasiones han alterado su fisonomía primitiva: apenas deja sino una máscara usada, marchita, donde cada dolor ha puesto por estigma una magulladura o una arruga.»

Desde niño Poe «prometía una gran belleza».

Sus compañeros de colegio hablan de su agilidad y robustez. Su imaginación y su temperamento nervioso estaban contrapesados por la fuerza de sus músculos. El amable y delicado ángel de poesía, sabía dar excelentes puñetazos. Más tarde dirá de él una buena señora: «Era un muchacho bonito.»

Cuando entra a West Point hace notar en él un colega, Mr. Gibson, su «mirada cansada, tediosa y hastiada». Ya en su edad viril, recuérdale el bibliófilo Gowans: «Poe tenía un exterior notablemente agradable y que predisponía en su favor lo que las damas llamarían claramente bello.» Una persona que le oye recitar en Boston, dice: «Era la mejor realización de un poeta, en su fisonomía, aire y manera.» Un precioso retrato es hecho de mano femenina: «Una talla algo menos que de altura mediana quizá, pero tan perfectamente proporcionada y coronada por una cabeza tan noble, llevada tan regiamente, que, a mi juicio de muchacha, causaba la impresión de una estatura dominante. Esos claros y melancólicos ojos parecían mirar desde una eminencia...» Otra dama recuerda la extraña impresión de sus ojos: «Los ojos de Poe, en verdad, eran el rasgo que más impresionaba, y era a ellos a los que su cara debía su atractivo peculiar.» Jamás he visto otros ojos que en algo se les parecieran. Eran grandes, con pestañas largas y un negro azabache: el iris acerogrís, poseía una cristalina claridad y

transparencia, a través de la cual la pupila negra azabache se veía expandirse y contraerse, con toda sombra de pensamiento o de emoción. Observé que los párpados jamás se contraían, como es tan usual en la mayor parte de las personas, principalmente cuando hablan; pero su mirada siempre era llena, abierta y sin encogimiento ni emoción. Su expresión habitual era soñadora y triste: algunas veces tenía un modo de dirigir una mirada ligera, de soslayo, sobre alguna persona que no le observaba a él, y, con una mirada tranquila y fija, parecía que, mentalmente, estaba midiendo el calibre de la persona que estaba ajena a ello. «¡Qué ojos tan tremendos tiene el Sr. Poe! -me dijo una señora-. Me hace helar la sangre el verle darles vueltas lentamente y fijarlos sobre mí cuando estoy hablando.» La misma, agrega: «Usaba un bigote negro, esmeradamente cuidado, pero que no cubría completamente una expresión ligeramente contraída de la boca y una tensión ocasional del labio superior, que se asemejaba a una expresión de mofa. Esta mofa era fácilmente excitada, y se manifestaba por un movimiento del labio, apenas perceptible y, sin embargo, intensamente expresivo. No había en ello nada de malevolencia, pero sí mucho sarcasmo.» Sábese, pues, que aquella alma potente y extraña estaba encerrada en un hermoso vaso. Parece que la distinción y dotes físicas deberían ser nativas en todos los portadores de la lira. Apolo, el crinado numen lírico, ¿no es el prototipo de la belleza viril? Mas no todos sus hijos nacen con dote tan espléndido. Los privilegiados se llaman Goethe, Byron, Lamartine, Poe.

Nuestro poeta, por su organización vigorosa y cultivada, pudo resistir esa terrible dolencia que un médico escritor llama con gran propiedad «la enfermedad del sueño». Era un sublime apasionado, un nervioso, uno de esos divinos semilocos necesarios para el progreso humano, lamentables cristos del arte, que por amor al eterno ideal tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz. Nació con la adorable llama de la poesía, y ella le alimentaba al propio tiempo que era su martirio. Desde niño quedó huérfano y le recogió un hombre que jamás podría conocer el valor intelectual de su hijo adoptivo. El señor Allan -cuyo nombre pasará al porvenir al brillo del nombre del poeta- jamás pudo imaginarse que el pobre muchacho recitador de versos que alegraba las veladas de su home, fuese más tarde un egregio príncipe del arte. En Poe reina el «ensueño» desde la niñez. Cuando el viaje de su protector le lleva a Londres, la escuela del dómine Brandeby es para él como un lugar fantástico que despierta en su ser extrañas reminiscencias; después, en la fuerza de su genio, el recuerdo de aquella morada y del viejo profesor han de hacerle producir una de sus subyugadoras páginas. Por una parte, posee en su fuerte cerebro la facultad musical; por otra, la fuerza matemática. Su «ensueño» está poblado de quimeras y de cifras, como la carta de un astrólogo. Vuelto a América, vémosle en la escuela de Clarke, en Richmond, en donde al mismo tiempo que se nutre de clásicos y recita odas latinas, boxea y llega a ser algo como un «champion» estudiantil; en la carrera hubiera dejado atrás a Atalanta, y aspiraba a los lauros natatorios de Byron. Pero si brilla y descuella intelectual y físicamente entre sus compañeros, los hijos de familia de la fofa aristocracia del lugar miran por encima del hombro al hijo de la cómica. ¿Cuánta no ha de haber sido la hiel que tuvo que devorar este ser exquisito, humillado por un origen del cual en días

posteriores habría orgullosamente de gloriarse? Son esos primeros golpes los que empezaron a cincelar el pliegue amargo y sarcástico de sus labios. Desde muy temprano conoció las asechanzas del lobo racional. Por eso buscaba la comunicación con la naturaleza, tan sana y fortalecedora. «Odio sobre todo y detesto este animal que se llama Hombre», escribía Swift a Pope. Poe, a su vez, habla de «la mezquina amistad y de la felicidad del polvillo de fruta (gossamer fidelity) del mero hombre». Ya en el libro de Job, Eliphaz Themanita exclama: «¿Cuánto más el hombre abominable y vil que bebe como la iniquidad?» No buscó el lírico americano el apoyo de la oración; no era creyente; o al menos, su alma estaba alejada del misticismo. A lo cual da por razón James Russell Lowell lo que podría llamarse la matematicidad de su cerebración. «Hasta su misterio es matemático, para su propio espíritu.» La ciencia impide al poeta penetrar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales. Su necesidad de análisis, la condición algebraica de su fantasía, hácele producir tristísimos efectos cuando nos arrastra al borde de lo desconocido. La especulación filosófica nubló en él la fe, que debiera poseer como todo poeta verdadero. En todas sus obras, si mal no recuerdo, sólo unas dos veces está escrito el nombre de Cristo. Profesaba, sí, la moral cristiana; y en cuanto a los destinos del hombre, creía en una ley divina, en un fallo inexorable. En él la ecuación dominaba a la creencia, y aun en lo referente a Dios y sus atributos, pensaba con Spinoza que las cosas invisibles y todo lo que es objeto propio del entendimiento no puede percibirse de otro modo que por los ojos de la demostración; olvidando la profunda afirmación filosófica: *Intellectus noster sic se habet ad prima entium quoe sunt manifestissima in natura, sicut oculus vespertilionis ad solem*. No creía en lo sobrenatural, según confesión propia: pero afirmaba que Dios, como creador de la Naturaleza, puede, si quiere, modificarla. En la narración de la metempsícosis de Ligeia hay una definición de Dios, tomada de Grandwill, que parece ser sustentada por Poe: «Dios no es más que una gran voluntad que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad.» Lo cual estaba ya dicho por Santo Tomás en estas palabras: «Si las cosas mismas no determinan el fin para sí, porque desconocen la razón del fin, es necesario que se les determine el fin por otro que sea determinador de la Naturaleza. Este es el que previene todas las cosas, que es ser por sí mismo y necesario, y a éste llamamos Dios.» En la Revelación magnética, a vuelta de divagaciones filosóficas, mister Vankirk -que, como casi todos los personajes de Poe, es Poe mismo- afirma la existencia de un Dios material, al cual llama «materia suprema e imparticulada». Pero agrega: «La materia imparticulada, o sea Dios en estado de reposo, es en lo que entra en nuestra comprensión, lo que los hombres llaman espíritu.» En el diálogo entre Oinos y Agathos pretende sondear el misterio de la divina inteligencia; así como en los de Monos y Una y de Eros y Charmion penetra en la desconocida sombra de la Muerte, produciendo, como pocos, extrañas vislumbres en su concepción del espíritu en el espacio y en el tiempo.

Los raros (1905).

Paul Verlaine

Y al fin vas a descansar; y al fin has dejado de arrastrar tu pierna lamentable y anquilótica, y tu existencia extraña llena de dolor y de ensueños, ¡oh pobre viejo divino! Ya no padeces el mal de la vida, complicado en ti con la maligna influencia de Saturno.

Mueres, seguramente, en uno de los hospitales que has hecho amar a tus discípulos, tus «palacios de invierno», los lugares de descanso que tuvieron tus huesos vagabundos, en la hora de los implacables reumas y de las duras miserias parisienses.

Seguramente, has muerto rodeado de los tuyos, de los hijos de tu espíritu, de los jóvenes oficiantes de tu iglesia, de los alumnos de tu escuela, ¡oh, lírico Sócrates de un tiempo imposible!

Pero mueres en un instante glorioso: cuando tu nombre empieza a triunfar, y la simiente de tus ideas, a convertirse en magníficas flores de arte, aun en países distintos del tuyo; pues es el momento de decir que hoy, en el mundo entero, tu figura, entre los escogidos de diferentes lenguas y tierras, resplandece en su nimbo supremo, así sea delante del trono del enorme Wagner.

El holandés Bivanck se representa a Verlaine como un leproso sentado a la puerta de una catedral, lastimoso, mendicante, despertando en los fieles que entran y salen la compasión, la caridad. Alfred Ernst le compara con Benoit Labre, viviente símbolo de enfermedad y de miseria; antes León Bloy le había llamado también el Leproso, en el portentoso tríptico de su Brelan, en donde está pintado en compañía del Niño Terrible y del Loco: Barbey d'Aurevilly y Ernesto Hello. ¡Ay, fue su vida así! Pocas veces ha nacido de vientre de mujer un ser que haya llevado sobre sus hombros igual peso de dolor. Job le diría: «¡Hermano mío!»

Yo confieso que después de hundirme en el agitado golfo de sus libros, después de penetrar en el secreto de esa existencia única; después de ver esa alma llena de cicatrices y de heridas incurables, todo el eco de celestes o profanas músicas, siempre hondamente encantadoras; después de haber contemplado aquella figura imponente en su pena, aquel cráneo soberbio, aquellos ojos oscuros, aquella faz con algo de socrático, de pirrotesco y de infantil; después de mirar al dios caído, quizá castigado por olímpicos crímenes en otra vida anterior; después de saber la fe sublime y el amor furioso y la inmensa poesía que tenían por habitáculo aquel claudicante cuerpo infeliz, sentí nacer en mi corazón un doloroso cariño que junté a la gran admiración por el triste maestro.

A mi paso por París, en 1893, me había ofrecido Enrique Gómez Carrillo presentarme a él. Este amigo mío había publicado una apasionada impresión que figura en sus Sensaciones de arte, en la cual habla de una visita al cliente del hospital de Broussais. «Y allí le encontré siempre dispuesto a la burla terrible, en una cama estrecha de hospital. Su rostro enorme y simpático, cuya palidez extrema me hizo pensar en las figuras pintadas por Ribera, tenía un aspecto hierático. Su nariz pequeña se dilata a cada momento para aspirar con delicia el humo del cigarro. Sus labios gruesos que se entreabren para recitar con amor las estrofas de Villón o para maldecir contra los poemas de Ronsard, conservan siempre su mueca original, en donde el vicio y la bondad se mezclan para formar la

expresión de la sonrisa. Sólo su barba rubia de cosaco, había crecido un poco y se había encanecido mucho.»

Por Carrillo penetramos en algunas interioridades de Verlaine. No era éste en ese tiempo el viejo gastado y débil que pudiera imaginarse; antes bien «un viejo robusto». Decíase que padecía de pesadillas espantosas y visiones en las cuales los recuerdos de la leyenda oscura y misteriosa de su vida, se complicaban con la tristeza y el terror alcohólicos. Pasaba sus horas de enfermedad, a veces en un penoso aislamiento, abandonado y olvidado, a pesar de las bondadosas iniciativas de los Mendès o de los León Deschamps.

¡Dios mío!, aquel hombre nacido para las espinas, para los garfios y los azotes del mundo, se me pareció como un viviente símbolo de la grandeza angélica y de la miseria humana. Angélico lo era Verlaine; tiorba alguna, salterio alguno, desde Jacopone de Todí, desde el Stabat Mater, ha alabado a la Virgen con la melodía filial, ardiente y humilde de Sagesse; lengua alguna, como no sean las lenguas de los serafines prosternados, ha cantado mejor la carne y la sangre del Cordero; en ningunas manos han ardido mejor los sagrados carbones de la penitencia; y penitente alguno se ha flagelado los desnudos lomos con igual ardor de arrepentimiento que Verlaine cuando se ha desgarrado el alma misma, cuya sangre fresca y pura ha hecho abrirse rítmicas rosas de martirio.

Quien le haya visto en sus Confesiones, en sus Hospitales, en sus otros libros íntimos, comprenderá bien al hombre -inseparable del poeta- y hallará que en ese mar tempestuoso primero, muerto después, hay tesoros de perlas. Verlaine fue un hijo desdichado de Adán, en el que la herencia paterna apareció con mayor fuerza que en los demás. De los tres Enemigos, quien menos mal le hizo fue el Mundo. El Demonio le atacaba; se defendía de él, como podía, con el escudo de la plegaria. La Carne sí, fue invencible e implacable. Raras veces ha mordido cerebro humano con más furia y ponzoña la serpiente del Sexo. Su cuerpo era la lira del pecado. Era un eterno prisionero del deseo. Al andar, hubiera podido buscarse en su huella lo hendido del pie. Se extraña uno no ver sobre su frente los dos cuernecillos, puesto que en sus ojos podían verse aún pasar las visiones de las blancas ninfas, y en sus labios, antiguos conocidos de la flauta, solía aparecer el rictus del egipán. Como el sátiro de Hugo, hubiera dicho a la desnuda Venus, en el resplandor del monte sagrado: Viens nous en!... Y ese carnal pagano aumentaba su lujuria primitiva y natural a medida que acrecía su concepción católica de la culpa.

Mas ¿habéis leído unas bellas historias renovadas por Anatole France de viejas narraciones hagiográficas, en las cuales hay sátiros que adoran a Dios, y creen en su cielo y en sus santos, llegando en ocasiones hasta ser santos sátiros? Tal me parece Pauvre Lelian, mitad cornudo flautista de la selva, violador de hamadriadas, mitad asceta del Señor, eremita que, extático, canta sus salmos. El cuerpo vellososufre la tiranía de la sangre, la voluntad imperiosa de los nervios, la llama de la primavera, la afrodisia de la libre y fecunda montaña; el espíritu se consagra a la alabanza del Padre, del Hijo, del Santo Espíritu, y, sobre todo, de la maternal y casta Virgen; de modo que al dar la tentación su clarinada, el espíritu ciego, no mira, queda como en sopor, al son de la fanfarria carnal; pero tan luego como el sátiro vuelve del bosque y el alma recobra

su imperio y mira a la altura de Dios, la pena es profunda, el salmo brota. Así, hasta que vuelve a verse pasar a través de las hojas del bosque, la cadera de Calixto...

Cuando el Dr. Nordau publicó la obra célebre, digna del Dr. Triboulat Bonhoment, *Entartung*, la figura de Verlaine, casi desconocida para la generalidad -y en la generalidad pongo a muchos de la élite en otros sentidos- surgió por la primera vez, en el más curiosamente abominable de los retratos. El poeta de Sagesse estaba señalado como uno de los más patentes casos demostrativos de la afirmación pseudocientífica de que los modos estéticos contemporáneos son formas de descomposición intelectual. Muchos fueron los atacados; se defendieron algunos. Hasta el cabalístico Mallarmé descendió de su trípode para demostrar el escaso intelectualismo del profesor austroalemán, en su conferencia sobre la Música y la Literatura dada en Londres. *Pauvre Lelian* no se defendió a sí mismo. Comentaría cuando el caso con algunos dam en el *François I* o en el *D'Harcourt*. Varios amigos discípulos le defendieron; entre todos con vigor y maestría lo hizo Charles Tennib, y su hermoso y justificado ímpetu correspondió a la presentación del «caso» por Max Nordau:

«Tenemos ante nosotros la figura bien neta del jefe más famoso de los simbolistas. Vemos un espantoso degenerado, de cráneo asimétrico y rostro mongoloide, un vagabundo impulsivo, un dipsómano..., un erótico..., un soñador emotivo, débil de espíritu, que lucha dolorosamente contra sus malos instintos y encuentra a veces en su angustia conmovedores acentos de queja, un místico cuya conciencia humosa está llena de representaciones de Dios y de los santos; y un viejo chocho, etc.»

En verdad que los clamores de ese generoso D'Amicis contra la ciencia que acaba de descuartizar a Leopardi después de desventrar al Tasso, son muy justos e insuficientemente iracundos.

En la vida de Verlaine hay una nebulosa leyenda que ha hecho crecer una verde pradera en la que ha pastado a su placer el pan-muflisme. No me detendré en tales miserias. En estas líneas, escritas al vuelo y en el momento de la impresión causada por su muerte, no puedo ser tan extenso como quisiera.

De la obra de Verlaine, ¿qué decir? Él ha sido el más grande de los poetas de este siglo. Su obra está esparcida sobre la faz del mundo. Suele ya ser vergonzoso para los escritores apteros oficiales, no citar de cuando en cuando, siquiera sea para censurar sordamente, a Paul Verlaine. En Suecia y Noruega los jóvenes amigos de Jonas Lee propagan la influencia artística del maestro. En Inglaterra, a donde iba a dar conferencias, gracias a los escritores nuevos, como Symons, y los colaboradores del *Yellow Book*, el nombre ilustre se impone; la *New Review* daba sus versos en francés. En los Estados Unidos, antes de publicarse el conocido estudio de Symons en el *Harpers's*, *The decadent movement in literature*, la fama del poeta era conocida. En Italia D'Annunzio reconoce en él a uno de los maestros que le ayudarán a subir a la gloria; Vittorio Pica y los jóvenes artistas de la *Tavola Rotonda* exponen sus doctrinas; en Holanda, la nueva generación

literaria -nótese un estudio de Verwey- le saluda en su alto puesto; en España es casi desconocido y serálo por mucho tiempo: solamente el talento de «Clarín» creo que lo tuvo en alta estima; en lengua española no se ha escrito aún nada digno de Verlaine; apenas lo publicado por Gómez Carrillo; pues las impresiones y notas de Bonafoux y Eduardo Pardo, son ligerísimas.

Vayan, pues, estas líneas como ofrenda del momento. Otra será la ocasión en que consagre al gran Verlaine el estudio que merece. Por hoy, no cabe el análisis de su obra.

«Esta pata enferma me hace sufrir un poco: me proporciona, en cambio, más comodidad que mis versos, que me han hecho sufrir tanto. Si no fuese por el reumatismo, yo no podría vivir de mis rentas. Estando bueno, no lo admiten a uno en el hospital.»

Esas palabras pintan al hermano trágico de Villon.

No era mala, estaba enferma su animula, blandula, vagula... ¡Dios le haya acogido en el cielo como en un hospital!

Los raros (1905).

José Martí

El fúnebre cortejo de Wagner exigiría los truenos solemnes del Tannhäuser, para acompañar a su sepulcro a un dulce poeta bucólico irían, como en los bajorrelieves, flautistas que hiciesen lamentarse a sus melodiosas dobles flautas; para los instantes en que se quemase el cuerpo de Melesígenes, vibrantes coros de liras; para acompañar -¡oh!, permitid que diga su nombre delante de la gran Sombra épica; de todos modos, malignas sonrisas que podáis aparecer, ¡ya está muerto!-, para acompañar, americanos todos que habláis idioma español, el entierro de José Martí necesitaríase su propia lengua, su órgano prodigioso lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros. ¡Sí, americanos, hay que decir quién fue aquel grande que ha caído! Quien escribe estas líneas, que salen atropelladas de corazón y cerebro, no es de los que creen en las riquezas existentes de América... Somos muy pobres... Tan pobres, que nuestros espíritus, si no viniese el alimento extranjero, se morirían de hambre. ¡Debemos llorar mucho por esto al que ha caído! Quien murió allá en Cuba era de lo mejor, de lo poco que tenemos nosotros los pobres; era millonario y dadivoso: vaciaba su riqueza a cada instante, y como por la magia del cuento, siempre quedaba rico: hay entre los enormes volúmenes de la colección de La Nación tanto de su metal fino y piedras preciosas que podría sacarse de allí la mejor y más rica estatua. Antes que nadie, Martí hizo admirar el secreto de las fuentes luminosas. Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bizarrías. Sobre el Niágara castelariano, milagrosos iris de América. ¡Y qué gracia tan ágil, y qué fuerza natural tan sostenida y magnífica!

Otra verdad aún, aunque pese más al asombro sonriente: eso que se llama el genio, fruto tan solamente de árboles centenarios; ese majestuoso fenómeno del intelecto elevado a su mayor potencia, alta maravilla creadora, el Genio, en fin, que no ha tenido aún nacimiento en nuestras Repúblicas, ha intentado aparecer dos veces en América; la primera, en un hombre ilustre de esta tierra; la segunda, en José Martí. Y no era Martí, como pudiera creerse, de los semigenios de que habla Mendès, incapaces de comunicar con los hombres porque sus alas les levantan sobre la cabeza de éstos, e, incapaces de subir hasta los dioses, porque el vigor no les alcanza y aun tiene fuerza la tierra para atraerles. El cubano era «un hombre». Más aún: era como debería ser el verdadero superhombre: grande y viril; poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la Naturaleza. En comunión con Dios vivía el hombre de corazón suave e inmenso; aquel hombre que aborreció el mal y el dolor, aquel amable león, de pecho columbino, que pudiendo desjarretar, aplastar, herir, morder, desgarrar, fue siempre seda y miel hasta con sus enemigos. Y estaba en comunión con Dios, habiendo ascendido hasta Él por la más firme y segura de las escalas, la escala del Dolor. La piedad tenía en su ser un templo: por ella diríase que siguió su alma los cuatro ríos de que habla Ruysbroeck el Admirable; el río que asciende, que conduce a la divina altura; el que lleva a la compasión por las almas cautivas; los otros dos que envuelven todas las miserias y pesadumbres del herido y perdido rebaño humano. Subió a Dios por la compasión y por el dolor. ¡Padeció mucho Martí!: desde las tónicas consumidoras, del temperamento y de la enfermedad, hasta la inmensa pena del señalado que se siente desconocido entre la general estolidez ambiente; y, por último, desbordante de amor y de patriótica locura, consagróse a seguir una triste estrella, la estrella solitaria de la Isla, estrella engañosa que llevó a ese desventurado rey mago a caer de pronto en la más negra muerte.

¡Los tambores de la mediocridad, los clarines del patriotismo tocarán diarias celebrando la gloria política del Apolo armado de espadas y pistolas, que ha caído, dando su vida, preciosa para la Humanidad y para el Arte y para el verdadero triunfo futuro de América, combatiendo entre el negro Guillermon y el general Martínez Campos!

¡Oh, Cuba! ¡Eres muy bella, ciertamente, y hacen gloriosa obra los hijos tuyos que luchan porque te quieren libre; y bien hace el español en no dar paz a la mano por temor de perderte, Cuba admirable y rica y cien veces bendecida por mi lengua; mas la sangre de Martí no te pertenecía; pertenecía a toda una raza, a todo un continente; pertenecía a una briosa juventud que pierde en él quizá al primero de sus maestros; pertenecía al porvenir!

Cuando Cuba se desangró en la primera guerra, la guerra de Céspedes; cuando el esfuerzo de los deseosos de libertad no tuvo más fruto que muertes e incendios y carnicerías, gran parte de la intelectualidad cubana partió al destierro. Muchos de los mejores se expatriaron, discípulos de don José de la Luz, poetas, pensadores, educacionistas. Aquel destierro todavía dura para algunos que no han dejado sus huesos en patria ajena, o no han vuelto ahora a la manigua. José Joaquín Palma, que salió a la edad de Lohengrin, con una barba rubia como la de él, y gallardo como sobre el cisne de su poesía, después de arrullar sus décimas «a la estrella

solitaria» de república en república, vio nevar en su barba de oro, siempre con ansias de volver a su Bayamo, de donde salió al campo a pelear después de quemar su casa. Tomás Estrada Palma, pariente del poeta, varón probo, discreto y lleno de luces, y hoy elegido presidente por los revolucionarios, vivió de maestro de escuela en la lejana Honduras; Antonio Zambrana, orador de fama justa, en las Repúblicas del Norte, que a punto estuvo de ir a las Cortes, en donde habría honrado a los americanos, se refugió en Costa Rica, y allí abrió su estudio de abogado; Eizaguirre fue a Guatemala; el poeta Sellén, el celebrado traductor de Heine, y su hermano, otro poeta, fueron a Nueva York, a hacer almanaques para las píldoras de Lamman y Kemp, si no mienten los decires; Martí, el gran Martí, andaba de tierra en tierra, aquí en tristezas, allá en los abominables cuidados de las pequeñas miserias de la falta de oro en suelo extranjero; ya triunfando, porque a la postre la garra es garra, y se impone, ya padeciendo las consecuencias de su antagonismo con la imbecilidad humana; periodista, profesor, orador; gastando el cuerpo y sangrando el alma; derrochando las esplendideces de su interior, en lugares en donde jamás se podría saber el valor del altísimo ingenio, y se le infligiría además el baldón del elogio de los ignorantes; tuvo, en cambio, grandes gozos la comprensión de su vuelo por los raros que le conocían hondamente; el satisfactorio aborrecimiento de los tontos; la acogida que l'élite de la Prensa americana -en Buenos Aires y México- tuvo para sus correspondencias y artículos de colaboración.

Anduvo, pues, de país en país, y por fin, después de una permanencia en Centro América, partió a radicarse a Nueva York.

Allá, a aquella ciclópea ciudad, fue aquel caballero del pensamiento, a trabajar y a bregar más que nunca. Desalentado -él, tan grande y tan fuerte, ¡Dios mío!-, desalentado en sus ensueños de Arte, remachó con triples clavos dentro de su cráneo la imagen de su estrella solitaria, y, dando tiempo al tiempo, se puso a forjar armas para la guerra, a golpe de palabra y a fuego de idea. Paciencia, la tenía; esperaba y veía como una vaga fatamorgana su soñada Cuba libre. Trabajaba de casa en casa, en los muchos hogares de gentes de Cuba que en Nueva York existen; no desdeñaba al humilde: al humilde le hablaba como un buen hermano mayor aquel sereno e indomable carácter, aquel luchador que hubiera hablado como Elciis, los cuatro días seguidos, delante del poderoso Otón rodeado de reyes.

Su labor aumentaba de instante en instante, como si activase más la savia de su energía aquel inmenso hervor metropolitano. Y visitando al doctor de la Quinta Avenida, al corredor de la Bolsa, y al periodista y al algo empleado de La Equitativa, y al cigarrero y al negro marinero, a todos los cubanos neoyorkinos, para no dejar apagar el fuego, para mantener el deseo de guerra, luchando aún con más o menos claras rivalidades, pero, es lo cierto, querido y admirado de todos los suyos; tenía que vivir, tenía que trabajar, entonces eran aquellas cascadas literarias que a estas columnas venían y otras que iban a diarios de México y Venezuela. No hay duda de que ese tiempo fue el más hermoso tiempo de José Martí. Entonces fue cuando se mostró su personalidad intelectual más bellamente. En aquellas kilométricas epístolas, si apartáis una que otra rara ramazón sin flor o fruto, hallaréis en el fondo, en lo macizo del terreno, regentes y ko-hinoores.

Allí aparecía Martí pensador, Martí filósofo, Martí pintor, Martí músico, Martí poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas. Aquella «Nación» colosal, la «sabana» de antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten; los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real. Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico, que no he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un puente de Brooklyn, literario, igual al de hierro, una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos, ¡oh, sí!, mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como el Manítú mismo les inspirase unas nevadas que daban frío verdadero, y un Walt Whitman patriarcal prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las Hojas de hierba.

Y, cuando el famoso Congreso Panamericano, sus cartas fueron sencillamente un libro. En aquellas correspondencias hablaba de los peligros del yankee, de los ojos cuidadosos que debía tener la América latina respecto a la Hermana mayor; y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe.

Era Martí de temperamento nervioso, delgado, de ojos vivaces y bondadosos. Su palabra suave y delicada en el trato familiar, cambiaba su raso y blandura en la tribuna, por los violentos cobres oratorios. Era orador, y orador de grande influencia. Arrastraba muchedumbres. Su vida fue un combate. Era blandílocuo y cortesísimo con las damas; las cubanas de Nueva York teníanle en justo aprecio y cariño, y una sociedad femenina había, que llevaba su nombre.

Su cultura era proverbial, su honra intacta y cristalina; quien se acercó a él se retiró queriéndole.

Y era poeta; y hacía versos.

Sí, aquel prosista que siempre fiel a la Castalia clásica se abrevó en ellos todos los días, al propio tiempo que por su constante comunión con todo lo moderno y su saber universal y políglota, formaba su manera especial y peculiarísima, mezclando en su estilo a Saavedra Fajardo con Gautier, con Goncourt -con el que gustéis, pues de todo tiene-; usando a la continua del hipérbaton inglés, lanzando a escape sus cuadrigas de metáforas, retorciendo sus espirales de figuras; pintando ya con minucia de prerrafaelista las más pequeñas hojas del paisaje, ya a manchas, a pinceladas súbitas, a golpes de espátula, dando vida a las figuras; aquel fuerte cazador hacía versos, y casi siempre versos pequeñitos, versos sencillos -¿no se llamaba así un librito de ellos?-, versos de tristezas patrióticas, de duelos de amor, ricos de rima o armonizados siempre con tacto; una primera y rara colección está dedicada a un hijo a quien adoró y a quien perdió por siempre: «Ismaelillo».

Los Versos sencillos, publicados en Nueva York en linda edición, en forma de eucologio, tienen verdaderas joyas. Otros versos hay, y entre los más bellos Los zapatitos de rosa. Creo que, como Banville la palabra «lira», y

Leconte de Lisle la palabra «negro», Martí la que más ha empleado es «rosa».

Recordemos algunas rimas del infortunado:

I

¡Oh, mi vida que en la cumbre
del Ajusco hogar buscó,
y tan fría se moría
que en la cumbre halló calor!

¡Oh, los ojos de la virgen
que me vieron una vez,
y mi vida estremecida
en la cumbre volvió a arder!

II

Entró la niña en el bosque
del brazo de su galán,
y se oyó un beso, otro beso,
y no se oyó nada más.

Una hora en el bosque estuvo;
salió al fin sin su galán:
se oyó un sollozo; un sollozo,
y después no se oyó nada más.

III

En la falda del Turquino
la esmeralda del camino
los incita a descansar;
el amante campesino
en la falda del Turquino
canta bien y sabe amar.

Guajirilla ruborosa,
la mejilla tinta en rosa
bien pudiera denunciar
que en la plática sabrosa,
guajirilla ruborosa,
callar fue mejor que hablar.

IV

Allá en la sombría,
callada, vacía,
solemne Alameda,
un ruido que pasa,
una hoja que rueda,
parece al malvado
gigante que alzado
el brazo le estruja,
la mano le oprime,
y el cuello le estrecha
y el alma le pide;
y es ruido que pasa
y es hoja que rueda,
allá en la sombría,
callada, vacía,
solemne Alameda...

V

-¡Un beso!
-¡Espera!
Aquel día
al despedirse se amaron.
-¡Un beso!
-Toma.
Aquel día
al despedirse lloraron.

VI

La del pañuelo de rosa,
la de los ojos muy negros,
no hay negro como tus ojos
ni rosa cual tu pañuelo.

La de promesa vendida,
la de los ojos tan negros,
más negras son que tus ojos
las promesas de tu pecho.

Y este primoroso juguete:

De tela blanca y rosada
tiene Rosa un delantal,
y a la margen de la puerta,
casi, casi en el umbral,
un rosal de rosas blancas
y de rojas un rosal.

Una hermana tiene Rosa
que tres años besó abril,
y le piden rojas flores
y la niña va al pensil,
y al rosal de rosas blancas
blancas rosas va a pedir.

Y esta hermana caprichosa
que a las rosas nunca va,
cuando Rosa juega y vuelve
en el juego el delantal,
si ve el blanco abraza a Rosa,
si ve el rojo da en llorar.

Y si pasa caprichosa
por delante del rosal,
flores blancas pone a Rosa
en el blanco delantal.

Un libro, la obra escogida del ilustre escritor, debe ser idea de sus amigos y discípulos.

Nadie podría iniciar la práctica de tal pensamiento, como el que fue, no solamente discípulo querido, sino amigo del alma, el paje, o más bien el «hijo» de Martí: Gonzalo de Quesada, el que le acompañó siempre, leal y cariñoso, en trabajos y propagandas, allá en Nueva York y Cayo Hueso y Tampa. ¡Pero quién sabe si el pobre Gonzalo de Quesada, alma viril y ardorosa, no ha acompañado al jefe también en la muerte!

Los niños de América tuvieron en el corazón de Martí predilección y amor. Queda un periódico único en su género, los pocos números de un periódico que redactó especialmente para los niños. Hay en uno de ellos un retrato de San Martín, que es obra maestra. Quedan también la colección de Patria y varias obras vertidas del inglés; pero todo eso es lo menor de la obra literaria que servirá en lo futuro.

Y ahora, maestro y autor y amigo, perdona que te guardemos rencor los que te amábamos y admirábamos, por haber ido a exponer y a perder el tesoro de tu talento. Ya sabrá el mundo lo que tú eras, pues la justicia de Dios es infinita y señala a cada cual su legítima gloria. Martínez Campos, que ha ordenado exponer tu cadáver, sigue leyendo sus dos autores preferidos: Cervantes... y Ohnet. Cuba quizá tarde en cumplir contigo como debe. La juventud americana te saluda y te llora; pero ¡oh, Maestro, que has hecho...!

Y paréceme que con aquella voz suya, amable y bondadosa, me reprende, adorador como fue hasta la muerte del ídolo luminoso y terrible de la Patria; y me habla del sueño en que viera a los héroes: las manos de piedra, los ojos de piedra, los labios de piedra, las barbas de piedra, la espada de piedra...

Y que repite luego el voto del verso:

¡Yo quiero, cuando me muera,

sin patria, pero sin amo,
tener en mi losa un ramo
de flores y una bandera!

Los raros (1905).

Max Nordau

Mi distinguido colega en La Nación, doctor Schimper se ocupó el año pasado del primer volumen de Entartung, de Max Nordau. Ha poco aparecido el segundo, la obra está ya completa. Una endiablada y extraña Lucrecia Borgia, doctora en Medicina, dice en alemán, para mayor autoridad, con clara y tranquila voz, a todos los convidados al banquete del arte moderno: «Tengo que anunciaros una noticia, señores míos, y es que todos estáis locos.» En verdad, Max Nordau no deja un solo nombre, entre todos los escritores y artistas contemporáneos de la aristocracia intelectual, al lado del cual no escriba la correspondiente clasificación diagnóstica: «imbécil», «idiota», «degenerado», «loco peligroso». Recuerdo que una vez, al acabar de leer uno de los libros de Lombroso, quedé con la obsesión de la idea de una locura poco menos que universal. A cada persona de mi conocimiento le aplicaba la observación del doctor italiano, y resultábame que, unos por fas, otros por nefas, todos mis prójimos eran candidatos al manicomio. Recientemente una obra nacional digna de elogio, Pasiones, de Ayarragaray, llamó mi atención hacia la psicología de nuestro siglo y presentó a mi vista el tipo del médico moderno, que penetra en lo más íntimo del ser humano. Cuando la literatura ha hecho suyo el campo de la fisiología, la medicina ha tendido sus brazos a la región oscura del misterio.

Allá a lo lejos vese a Molière y Lesage atacar a jeringazos a los esculapios. Había cierta inquina de los hombres de pluma contra los médicos, y el epigrama y la sátira teatral no desperdiciaban momento oportuno para caer sobre los hijos de Galeno. Sangredo había nacido, y no todo él del cerebro de su creador, pues sabemos por Max Simon que Sangredo vivió en carne y hueso en la personalidad del médico Hecquet. El mismo Max Simon hace notar la acrimonia especial con que el más ilustre de los poetas cómicos y el más grande de los novelistas de su época atacaron a los médicos. En uno y otro, dice, se nota un verdadero desprecio por el arte que profesan aquellos a quienes atacan. Molière, irónico y fuerte; Lesage, injurioso y despreciativo, están siempre listos con sus aljabas. Monsieur Purgon, formalista, aparatoso y ciego de intelecto, y los dos Tomases Diafoirus aparecieron como encarnaciones de una ciencia tan aparatosa como falsa. Sangredo fue, según Walter Scott, el mismo Helvecio. En resumen, los ataques literarios se dirigían contra los doctores de sangría y agua tibia. Son los tiempos en que Hecquet publica Le brigandage

de la médecine, en el cual están en su base los principios de Gil Blas, y en el que eran más que comunes diálogos a la manera del que en una obra del gran cómico sostiene Desfontaines y Tomes.

Si los médicos del siglo XVII se encontraron con las bromas de Molière, los del siglo XVIII no fueron tan quisquillosos con las sátiras de Lesage. En nuestro siglo, la última gran campaña literaria, el movimiento naturalista dirigido por Zola, tiene por padre a un médico, Claudio Bernard. En tanto que la literatura investiga y se deja arrastrar por el impulso científico, la medicina penetra al reino de las letras; se escriben libros de clínica tan amenos como una novela. La psiquiatría pone su lente práctico en regiones donde solamente antes había visto claro la pupila ideal de la poesía. Ante el profesor de la Salpêtrière, junto con los estudiantes, han ido los literatos. Y en el terreno crítico, cierta crítica tiene por base estudios recientes sobre el genio y la locura: Lombroso y sus seguidores. Guyau, el admirable y joven sabio, sacrificó en las aras de los nuevos ídolos científicos. Él comprobó, como un profesor que toma el pulso, el estado patológico de su edad, el progreso de fiebre moral siempre en crecimiento. Él juntó en un capítulo de un célebre libro a los neurópatas y delincuentes, como invasores, como conquistadores victoriosos en el reino de la literatura. Et s'y font une place tous les jours plus grande, decía de ellos. Como principal síntoma del mal del siglo señala la manifestación de un hondo sufrimiento, el impulso al dolor, que en ciertos espíritus puede llegar hasta el pesimismo. El tipo que el filósofo presenta es aquel infeliz Imbert Galloix, cuya pálida figura pasará al porvenir iluminada en su dolorosa expresión por un rayo piadoso de la gloria de Víctor Hugo. ¡Y bien! Si la desgracia es desequilibrio, bien está señalado Imbert Galloix. Ese gran talento gemía bajo la más amarga de las desventuras. Sentirse poseedor del sagrado fuego y no poder acercarse al ara; luchar con la pobreza, estar lleno de bellas ambiciones y encontrarse solo, abandonado a sus propias fuerzas en un campo donde la fortuna es la que decide, es cosa áspera y dura. A propósito de un joven poeta cubano, muerto recientemente en París -Augusto de Armas, ¡uno de tantos Imbertos Galloix!-, dice con gran razón el brillante Aniceto Valdivia: «Sólo un temperamento de toro, como el de Balzac, puede soportar sin rajarse el peso de ese mundo de desdenes, de olvidos, de negaciones, de injustos silencios, bajo el cual ha caído el adorable poeta de Rimes Byzantines.» La autopsia espiritual que del desgraciado joven ginebrino hace el sereno analizador sociólogo me parece de una impasible crueldad. Aquí de las comparaciones que ofrece la nueva ciencia penal entre los desequilibrados, locos y criminales. Porque un cierto Cimmino, bandido napolitano, se ha hecho tatuar en el pecho una frase de desconsuelo, quedan condenados a la comparación más curiosamente atroz todos los admirables melancólicos que representan la tristeza en la literatura. El nombre de Leopardi, por ejemplo, aparecerá en la más infame promiscuidad con el de cualquier número de penitenciaría o de presidio, por obra de tal razonamiento de Lacassagne o de tal opinión de Lombroso. En las especializaciones de Max Nordau, la falta de justicia se hace notar, agravándose con una de las más extrañas inquinas que pueden haber en crítico nacido. Bien trae a cuento Jean Thorel un caso gracioso que aquí citaré con las mismas palabras del escritor: «Recuerdo haber leído una vez

en una revista inglesa un largo estudio, muy concienzudo, de argumentación apretada e irrefutable, que probaba -que no se contentaba con afirmar, sino que probaba con numerosos ejemplos- que Víctor Hugo era un escritor sin talento y un execrable poeta. Para mejor convencer a sus lectores, el crítico que se había señalado la tarea de 'demoler' a Víctor Hugo había tenido cuidado de acompañar cada una de sus citas de una notita que hacía conocer el título de la obra de que se había extraído la cita, con todas sus indicaciones accesorias, lugar y año de publicación, número de la edición, cifra de la página cuyo era el verso citado, etc. Y se tenía inmediatamente el sentimiento de que si en verdad se hallaba en tal página de tal libro, el mal verso que se acababa de leer en la revista, Víctor Hugo era realmente un poeta lastimoso. Me decidí temblando a llevar a cabo esta verificación, y encontré que cada vez que el pícaro verso estaba en realidad en el libro indicado descubría también al mismo tiempo que al lado de ése había diez, cien o mil versos que eran de una completa belleza.» Tiene razón Jean Thorel. Max Nordau condena el poema entero por un verso cojo o lisiado; y el arte entero por uno que otro caso de morbosismo mental. Para estimar la obra de los escritores a quienes ataca, pues principalmente por los frutos declara él la enfermedad del árbol, parte de las observaciones de los alienistas en sus casos de los manicomios. Al tratar Guyau de los desequilibrados, hablaba de «esas literaturas en decadencia que parecen haber tomado por modelos y por maestro a los locos y los delincuentes». Nordau no se contenta con dirigir su escalpelo hacia Verlaine, el gran poeta desventurado, o a uno que otro extravagante de los últimos cenáculos de las letras parisienses. Él sentencia a decadentes y estetas, a parnasianos y diabólicos, a ibsenistas y enomísticos, a prerrafaelistas y tostoístas, wagnerianos y cultivadores del yo; y si no lleva su análisis implacable con mayor fuerza hacia Zola y los suyos no es por falta de bríos y deseos, sino porque el naturalismo yace enterrado bajo el árbol genealógico de los Rougon-Macquart. Una de las cosas que señala en los modernos artistas como signo inequívoco de neuropatía es la tendencia a formar escuelas y agrupaciones. Sería deliciosamente peregrino que por ese solo hecho todas las escuelas antiguas, todos los cenáculos, desde el de Sócrates hasta el de Nuestro Señor Jesucristo, y desde el de Ronsard hasta el de Víctor Hugo, mereciesen la calificación inapelable de la nueva crítica científica. Otras causas de condenación: amor apasionado del color; fecundidad; fraternidad artística entre dos; esta afirmación que nos dejará estupefactos, gracias a la autoridad del sabio Sollier: Es una particularidad de los idiotas y de los imbéciles tener gusto por la música. Thorel señala una contradicción del crítico alemán que aparece hartamente clara. La música, dice éste, no tiene otro objeto que despertar emociones; por tanto, los que se entregan a ella son o están próximos a ser degenerados por razón de que la parte del sistema nervioso que está dotada de la facultad de emotividad es anterior atávicamente a la sustancia gris del cerebro, que es la encargada de la representación y juicio de las cosas; y el progreso de la raza consiste en la superioridad que adquiere esta parte sobre la primera. Entretanto Nordau coloca entre los grandes artistas de su devoción a un gran músico: Beethoven. De más está decir que las ideas de Max Nordau profesas sobre el arte son de una

estética en extremo singular y utilitaria. El carro de hierro, la ciencia, ha destruído, según él, los ideales religiosos. No va ese carro tirado ciertamente por una cuadriga de caballos de Atila. Y hoy mismo, en el campo de humanidad, después del paso del monstruo científico, renacen árboles, llenos de flores de fe. Tampoco el arte podrá ser destruído. Los divinos semilocos, «necesarios para el progreso», vivirán siempre en su celeste manicomio consolando a la tierra de sus sequedades y durezas con una armoniosa lluvia de esplendores y una maravillosa riqueza de ensueños y de esperanzas.

Por de pronto, en Degeneración, los números de hospital, entre otros, son los siguientes: Tolstoi -puesto que, lleno de una santa pasión por el mujick, por el pobre campesino de su Rusia, se enciende en religiosa caridad y alivia el sufrimiento humano- queda señalado. Queda señalado también Zola, ese búfalo. Dante Gabriel Rossetti tiene su pareja en tal cosa de orates, en tal lesionado que padece de alalia. Esto a causa de los motivos musicales de algunos de sus poemas que se repiten con frecuencia. Deben acompañar lógicamente en su desahucio al exquisito prerrafaelista los bucólicos griegos, los autores de himnos medievales, los romancistas españoles y los innumerables cancioneros que han repetido por gala rítmica una frase dada en el medio o en el fin de sus estrofas. El admirado universalmente por su alta crítica artística, Ruskin, queda condenado: es la causa de su condenación el defender a Burne Jones y a la escuela prerrafaelista. En el proceso del libro desfilan los simbolistas y decadentes. El ilustre jefe, el extraño y cabalístico Mallarmé, con el pasaporte de su música encantadora y de sus brumas herméticas, no necesita más para el diagnóstico. Charles Morice, de larga cabellera y de grandes ideas, al manicomio. Lo mismo Regnier, el orgulloso ejecutante en el teclado del verso; Julio Laforgue, que con la introducción del verso falso ha hecho también exquisiteces; Paul Adam, que ya curado de ciertas exageraciones de juventud, escribe sus Princesas Bizantinas, Stuart Merrill, prestigioso rimador yanqui-francés; Laurent Tailhade, que resucita a Rabelais después de cincelar sus joyas místicas. No hay que negarle mucha razón a Nordau cuando trata de Verlaine, con quien -en cuanto al poeta- es justo. Mas el que conozca la vida de Verlaine en ese potente cerebro, no el grano de locura necesario, sino la lesión terrible que ha causado la desgracia de ese «poeta maldito». En cuanto a Rimbaud, a quien un talento tan claro como el de Jorge Vanor coloca entre los genios -tan orate como él, aunque menos confuso-, y a Tristán Corbière, a quien sus versos marinos salvan... Después René Ghil y su tentativa de instrumentación, Gustavo Khan y su apreciación del valor tonal de las palabras son más bien -a mi ver- excéntricos literarios llevados por una concepción del arte, en verdad abstrusa y difícil. Y por lo que toca a Moreas, cuyo talento es sólido e innegable y a quien por buena amistad personal conozco íntimamente, puedo afirmar que lo que menos tiene dañoso es el seso. Risueño poeta, conecedor de su París, ha sabido cortarle la cola a su perro y nada más.

Los wagnerianos van en montón, con el olímpico maestro a la cabeza. No oye el médico de piedra el eco soberbio de la floresta de armonías. Mientras Max Nordau escribe su diagnóstico, van en fuga visionaria Sigfrido y Brunhilda, Venus desnuda, guerreros y sirenas, Wotan formidable, el marino

del barco fantasma; y, llevado por el blanco cisne, alada góndola de viva nieve, rubio como un dios de la Walhalla, el bello caballero Lohengrin. Pláceme la dureza del clínico para con el grupo de falsos místicos que trastruecan con extravagantes parodias los vuelos de la fe y las obras de religión pura.

Así también a los que, sin ver el gran peligro de las posesiones satánicas -que en el vocabulario de la ciencia atea tienen también su nombre-, penetran en las oscuridades escabrosas del ocultismo y de la magia, cuando no en las abominables farsas de la misa negra. No hay duda de que muchos de los magos, teósofos y hermetistas están predestinados para una verdadera alienación.

Todos los médicos pueden testificar que el Espiritismo ha dado muchos habitantes a las celdas de los manicomios.

Por la puerta del egoísmo entran los parnasianos y diabólicos, los decadentes y estetas, los ibsenistas y un hombre ilustre que, desgraciadamente, se volvió loco: Federico Nietzsche. ¿El egoísmo es un producto de este siglo? Un estudio de la historia del espíritu humano demostrará que no.

No ha habido mejor defensor del egoísmo bien entendido en este fin de siglo que Mauricio Barrès. Ya Saint-Simon, en la aurora de estos cien años, combatía el patriotismo en nombre del egoísmo. Y en el estado actual de la sociedad humana, ¿quién podrá extrañar el aislamiento de ciertas almas estilitas, de pie sobre su columna moral, que tienen sobre sí la mirada del ojo de los bárbaros?

Entre los parnasianos, si no cita a todos los clientes de Lemerre, que con el oro de la rima le repletarán su caja de editor millonario, señala al soberbio Theo, que va a su celda agitando la cabellera absalónica, y junto con él Banville, el mejor tocador de lira de los anfiones de Francia. ¿Y Mendès?

On y recontre aussi Mendès
à qui nul rythme ne résiste,
qu'il chante l'Olympe ou l'Andes.

También se encuentra allí Mendès, entre los degenerados, a causa de sus versos diamantinos y de sus floridas priapeas. Y al paso de los estetas y decadentes, lleva la insignia de capitán de los primeros Oscar Wilde. Sí, Dorian Gray es loco rematado, y allá va Dorian Gray a su celda. No puede escribirse con la masa cerebral completamente sana el libro Intentions... Y, lo que son los decadentes -Nordau, como todos los que de ello tratan, desbarra en la clasificación-, van representados por Villiers de L'Isle Adam, el hermano menor de Poe; por el católico Barbey d'Aurevilly..., por el turanio Richepin, por Huysmans, en fin, lleno de músculos y de fuerzas de estilo, que personificara en Des Esseintes el tipo finisecular del cerebral y del quintaesenciado, del manojito de vivos nervios que vive enfermo por obra de la prosa de su tiempo. Si sois partidarios de Ibsen,

sabed que el autor de Heda Gabler está declarado imbécil. No citaré más nombres de la larga lista.

Después de la diagnosis, la prognosis; después de la prognosis, la terapia. Dada la enfermedad, el proceso de ella; luego, la manera de curarla. La primera indicación terapéutica es el alejamiento de aquellas ideas que son causa de la enfermedad. Para los que piensan hondamente en el misterio de la vida, para los que se entregan a toda especulación que tenga por objeto lo desconocido, «no pensar en ello». Cuando Ayarragray entre nosotros señala el campo, la quietud, el retiro, «Cantaclaro» protesta. Nordau, pasando sobre el hegelianismo y el idealismo trascendental de Fichte, en persecución del «egoísmo morboso», explica etiológicamente la degeneración como un resultado de la debilidad de los centros de percepción o de los nervios sensitivos; cuando trata de la curación, debe permitir que sus lectores abran la boca en forma de O. Receta: prohibición de la lectura de ciertos libros, y respecto a los escritores «peligrosos», que se les aleje de los centros sociales, ni más ni menos como a los lazarinos y coléricos. Y, horresco referens, que de no tomar tal medida, se les trate exactamente como a los perros hidrófobos. Este seráfico sabio trae a la memoria al autor de la Modesta proposición para impedir que los niños pobres sean una carga para sus padres y su país, y medio de hacerles útiles para el público. Ya se sabe cuál era ese medio que Swift proponía: with the tread and gaiety of an ogre, que dice Thackeray: comerse a los chicos. Mas cuando Max Nordau habla del arte, con el mismo tono con que hablaría de la fiebre amarilla o del tifus, cuando habla de los artistas y de los poetas como de «casos», y aplica la thanatoterapia, quien le sonría fraternalmente es el perilustre docto Tribulat Bonhomet, «profesor de diagnosis», que gozaba voluptuosamente apretándoles el pescuezo a los cisnes de los estanques. Él, antes de la indicación del autor de Entartung, había hecho la célebre «Moción respecto a la utilización de los terremotos». Él odiaba científicamente a «ciertas gentes toleradas en nuestros grandes centros a título de artistas», «esos viles alineadores de palabras, que son una peste para el cuerpo social». «Es preciso matarlos horriblemente», decía. Y para ello proponía que se construyese en lugares donde fuesen frecuentes los temblores de tierra grandes edificios de techos de granito, y «allí invitaremos para que se establezca a toda la inspirada ribambelle de ces pretendus R, que Platón quería, indulgentemente, coronar de rosas y arrojarlos de su República». Ya instalados los poetas, los «soñadores», un terremoto vendría, y el efecto sería el que caracterizaba Bonhomet con esta inquietante onomatopeya:

Krrraaak!!!

Pero el viejo Tribulat no era tan cruel, pues ofrecía dar a sus condenados a aplastamiento horizontes bellos, aires suaves, músicas armoniosas. Por tanto, yo, que adoro el amable coro de las musas, y el azul de los sueños, preferiría antes que ponerme en manos de Max Nordau ir a casa del médico de Clara Lenoir, quien me enviaría al edificio de granito, en donde esperaría la hora de morir saludando a la primavera y al amor, cantando las rosas y las liras y besando en sus rojos labios a Cloe, Galatea o Cidalisa.

Los raros (1905).

Nietzsche
Los Raros

No hace muchos meses vivía aún en el Paraguay una señora alemana que, después de permanecer en la república vecina ocho años consecutivos, partió para el país de su nacimiento con objeto de emprender una obra de gran resonancia. Esa señora se llama Elisabeth Förster-Nietzsche, y es hermana de Federico Nietzsche, el artista-filósofo que reciente y simultáneamente penetró al templo de la Fama universal y a una casa de locos. La hermana va a publicar las obras inéditas del autor de Zarathustra, cuyos libros conocidos han sido señalados por ciertos críticos como pruebas prodromáticas de la dolencia cerebral que llevó al autor al manicomio.

A pesar de Henri Albert y los nietzschistas de la juventud francesa, la obra de Nietzsche es conocida muy escasamente. Brandes -el ilustre crítico boreal a quien injustamente abochorna Brunetière con su estimación- fue el descubridor de Federico Nietzsche. La palabra que subrayo es del mismo autor alemán, quien dice a su amigo dinamarqués estas palabras: «Después de que tú me hubiste descubierto, no era un tour de force encontrarme: ahora la dificultad consiste en perderme...»

¡Triste suerte la de Nietzsche! Durante su vida -su vida moral-, sus trabajos no lograron la boga y el triunfo que él ambicionaba, y tan luego cae sobre él la noche de la locura, sus amigos le pintan a su antojo en ensayos y estudios y sus mismos discípulos le desfiguran en recuerdos y biografías. Una vez más podrá decirse que cuando el maestro muere, siempre la biografía es escrita por Judas.

Fue el espíritu de Nietzsche, en cierto modo, gemelo del de Goethe; al menos, véase en él una idéntica comprensión del arte, un poder enciclopédico, y el apego especial a ciertos estudios, como el de la filología. Artista, pensador, pedagogo, músico, filólogo, filósofo, la universalidad de su vuelo no aminoraba el impulso de las alas: lo que es innegable es que era un alma de elección, un solitario, un estilista, un raro. No tuvo la serenidad apolínea de Goethe: el cordaje de sus nervios vibraba demasiado intensamente al soplo de las ideas, de modo que un día hubo de llegar en que ese cordado estalló como el de una lira demasiado templada, y el cerebro, frágil como un cristal, crujió entre los ásperos dedos de la alienación.

Cuando muere un grande hombre brota la inevitable falange de anecdotistas, de «personas que le conocieron íntimamente» -aunque apenas hayan oído de sus labios una sola palabra- y el pobre e ilustre difunto queda horriblemente amasado, desformado, profanado por las torpes manos. ¿Quién no abomina el recuerdo de aquel Griswold vampirizado que profanó el cadáver de Edgar Poe con sus infames ineptias? Y Baudelaire, ¿no tuvo

también cuervos? Así Nietzsche en la sombra. Su hermana se queja de esta manera: «Mi hermano no ha tenido nunca un enemigo personal. Poseía en todo su ser tal encanto; sabía buscar en cada hombre, a menudo, las profundidades más ocultas, los pensamientos y las más exquisitas cualidades. Cada uno creía su sociedad la mejor, de suerte que los celos, el orgullo herido, la oposición encarnizada, se desvanecían ante ese hecho regocijador. Si todos se hubieran esforzado en no escribir si no lo que han verdaderamente vivido con él y no otra cosa que lo que han observado, existiría desde luego en el público una imagen fiel de la personalidad de mi hermano. Pero en algunos hechos reales se agrega tan onda de pérfidas observaciones generales, que apenas se encuentra un grano de verdad. No existe, pues, de la vida y de la personalidad de mi hermano, sino una imagen confusa y falsa, y en las numerosas biografías que han aparecido no he encontrado ni una fecha exacta, ni un solo suceso fielmente descrito. No se extrañe, pues, si aun los respetuosos y aun los consagrados a él han sido arrastrados a menudo a las más singulares conclusiones. Por eso es que juzgo necesario dar al público, antes de la biografía proyectada, algunas seguras noticias biográficas. Las juntaré a algunos discursos y fragmentos inéditos que se prestan bien a dar a conocer un Nietzsche real.»

Nietzsche conservó siempre por Jorge Brandes el cariño y la gratitud más profundos, y fueron a él dirigidas las últimas palabras que pudo escribir, cuando ya su razón estaba vacilante a la orilla del abismo en que cayera. La opinión que Nietzsche tenía de la aristocracia de sus lectores y apreciadores, nos da la medida de su elevación intelectual y de su nobleza estética.

Él no quería los favores del gran público, la vocinglería de ciertas famas, la, para ciertos artistas, desdolorosa democracia de la gloria. «Algunos lectores que uno tenga en estimación en el fondo de sí mismo, y no otros -ese es, en efecto, uno de mis deseos.» Esas palabras traen a mi memoria la figura de Ruysbroeck el Admirable, y su desdén por el mundo de su época delante de su obra: «Es preciso que yo me regocije más allá del tiempo..., aunque el mundo tenga horror de mi alegría y su grosería no sepa lo que yo quiero decir.» Y Barbey d'Aurevilly decía: «Escribo para treinta y seis amigos desconocidos.» Nietzsche apreciaba, como todo espíritu superior, la estimación de los más inteligentes, y se complacía en ser acogido por un círculo limitado, pero verdaderamente imperial: Hans de Bülow, su amigo Jacob Burckhardt, Taine, el poeta suizo Keller, y antes, Ricardo Wagner y Bruno Bauer. Cuando a éstos se agrega Brandes, su placer se manifiesta en entusiastas palabras en alabanza de quien él llamaba su descubridor, pues ninguno como el crítico danés ha estudiado la producción de Nietzsche y labrado mejor la imagen de su personalidad. Las páginas sobre Zarathustra y la Genealogía de la moral, muestran el alto punto de vista desde el cual aprecia las doctrinas de su amigo. Por su parte Nietzsche, en la correspondencia publicada por Brandes, se complace en manifestarle «el real placer de que un tan buen europeo, un misionero de la cultura como vos» quiera formar parte de sus «lectores». El filósofo se preocupaba hondamente del problema del alma moderna. Su filosofía es brumosa, y él reconoce la relativa obscuridad de su obra: «Yo mismo, no dudo de que mis escritos sean, por ciertos lados, aún muy alemanes.»

La causa de esa obscuridad consiste en la «desconfianza de la dialéctica, y aun de las causas». Después le veremos confesar que le falta «el valor de lo que sabe». «Me parece -dice- que es el valor, el grado de intensidad del valor, lo que decide en un hombre lo que afirma o lo que niega.» Unas de las curiosas observaciones de Nietzsche es aquella que compara a los alemanes con los franceses. El alma germánica, va siendo cada día in rebus psicologicis, más pesada, más cuadrada, busca las combinaciones, el matiz, el mosaico. Cuando la publicación de su Más allá del bien y del mal, la crítica de su país recibió el libro como un conjunto de paradojas.

Es casi innegable que la enfermedad surge de cuando en cuando, y se advierte en las páginas del desgraciado filósofo. El mismo apasionado Henri Albert reconocerá que si en sus últimos tiempos aparecen en los escritos de Nietzsche, juicios acertados y originales sobre sí mismo, sobre las gentes y las cosas que le rodeaban, ello fue «en los meses de lucidez». En la correspondencia con Brandes, puede irse advirtiendo, carta por carta, el progreso de la locura, y cómo se funde, poco a poco, semejante a un trozo de nieve, la fuerza cerebral. He aquí algunos fragmentos: «Niza, 19 de febrero de 1893. -...Los dos escritos sobre Schopenhauer y Ricardo Wagner, representan más, como me parece ahora, confesiones y ante todo promesas que me hice a mí mismo, que una verdadera psicología de esos dos maestros que me parecen tan profundamente unidos cuanto antagónicos. Fui el primero en destilar de ambos una especie de unidad: entretanto, esta superstición está muy en primer término en la cultura alemana: todos los wagnerianos están adheridos a Schopenhauer. Era distinto cuando yo era joven. Entonces los últimos hegelianos tendían a Wagner. 'Wagner y Hegel' era aún la palabra de pase en 1850. Entre las Consideraciones inoportunas y Humano, demasiado humano, hay una crisis y un cambio de piel. También, físicamente, he vivido años enteros en la vecindad inmediata de la muerte. Esa fue mi gran dicha. Me olvidé y me sobreviví..., he hecho la misma hazaña una segunda vez. Así nos hemos hecho regalos: pienso en dos viajeros que se regocijarán reencontrándose... -27 de marzo..., os compadezco en vuestro norte, tan taciturno y tan invernal esta vez; ¿cómo hacen allí arriba, pues, para mantener su alma? Casi admiro a quien bajo un cielo cubierto no pierda la fe en sí mismo, para no hablar de la fe en la 'humanidad', la 'propiedad', el 'estado'. En Petersburgo sería nihilista: aquí soy creyente como una planta que cree en el sol. ¡El sol de Niza! -eso no es ciertamente un perjuicio. Lo hemos tenido en detrimento de todo el resto de Europa. Con el cinismo que le es propio, Dios ha dejado brillar sobre nosotros, haraganes, filósofos y griegos, un sol mucho más riente que sobre la 'patria' heroicamente militar, que sería mucho más digna... -Turín, 10 de abril de 1888-. ...Lo que me dices de Schopenhauer educador me da un vivo placer. Ese librito me sirve de piedra de toque.»

En otro lugar explica cómo escribió su libro Zarathustra:

«...Cada parte en diez días, poco más o menos. Estado completo de un 'inspirado'. El todo, concebido viajando a grandes jornadas: certeza absoluta, como si me hubiesen gritado cada frase. Al mismo tiempo la más grande elasticidad y la más completa plenitud corporal.»

En resumen, como estas líneas no pueden ser de ningún modo de análisis crítico, sino sencillamente informativas, quienes deseen conocer fundamentalmente a Federico Nietzsche pueden procurarse las obras originales o las traducciones francesas, los estudios de Henri Albert, y sobre todo, la reciente obra de Jorge Brandes, Hombres y obras, en que están estudiadas profundamente la personalidad y las doctrinas del filósofo alemán. De sus obras musicales, el Himno a la Vida, que él creía la mejor y que deseaba se cantase en su entierro. Juicios (1893).

Stéphane Mallarmé
Al director de El Mercurio de América

Me encarga El Mercurio un estudio sobre Stéphane Mallarmé, que acaba de morir, trabajo por hacerse dentro de cincuenta años, duelo actual de todo intelectual del mundo.

Vacilación, en mi ánimo, primero, de modo de no querer realizar, en mi idioma, inútilmente, esa labor ardua perteneciente a un escritor de mañana, que ha de descender en la mina prodigiosa por el ensayo futuro. Para el instante necrológico, a mi sentir, precisaría, ello es de diamantina demostración, el soneto mismo del Orfeón excepcional, la pequeña lira, no más grande que la concha de una pequeña tortuga, con la cual recibiesen ya la ofrenda armoniosa, o Baudelaire, o el angélico y tenebroso a un tiempo mismo Yankee:

Tel qu'en Lui-même enfin l'éternité le change...

La consagración verbal que realizase gráficamente un Whistler, o ese absoluto rey de la línea: Vallotton.

Por otra parte, inútil entre nosotros toda otra cosa que no fuese la demostración aislada de un pesar sincero entre el minúsculo y casi abolido número de quienes, en conciencia, crean haber visto de lejos flecha o cúpula, destacándose sobre el azul, en la isla del Príncipe solitario.

De mi castillo interior, no obstante, diré aquí, sucintamente, diviso:

*Que jamás la idea pura ha visto en los ofertorios, delante de su ara, más prodigiosos paramentos sacerdotales. La evocación, la presentación, tan rápidamente como en un gesto puede permitirlo el alzamiento del extremo de un cortinaje, de lo que existe en ese universo: Más allá, únicamente

revelado fragmentario y en confusión, por virtud del ensueño, o a través de ese vidrio opaco, en lengua de ciencia cerebración inconsciente y de donde supremos espíritus, por puerta empírea o puerta infernal, recibieron revelaciones inauditas -Shakespeare, Poe, Wagner.

*La mediación sobre este hilo de Ariadna, doblemente útil entre el jaspe, oro, marfil del laberinto:

Je suis hanté. L'AZUR! L'AZUR! L'AZUR! L'AZUR!

*Resurrecciones de maneras de expresión, concreción inmemorial de fórmulas rituales o sibilinas.

*Ausencia de una religión; presencia virtual de todas, en su relación con el misterio, y las pompas litúrgicas, virtud de los signos, secreta fuerza de las palabras; el ensalmo musical, lo hierático en movimiento.

*El poeta concreta en el instrumento del idioma humano las potencialidades de la música, creando en el ritmo un mundo fugitivo, pero que, en el instante de la percepción mental, se posee. En ocasiones un solo vocablo, una palabra sola, interlineal, libre, produce la magia por sí misma, eleison u hosanna, tal, en el curso poético que conocéis, ¡Palmes!, en el Don du Poeme; ¡Etna!, en l'Après-midi; Anastase, o Pulchérie, en la prosa para Des Esseintes; o el «ptyx», cuya enunciación ha azorado gran muchedumbre fuera del templo, en uno de los incomparables sonetos.

*Ausencia preconcebida de la usual ayuda de lo incidental, cara a la pereza en la celebración; el pensamiento parangón queda por lo tanto en su soledad, sin otra corte que sus propios fulgores, asunto de aspirar en la rosa espiritual la única mágica perla de esencia.

*Por el hallazgo de una copa o una gema, la aparición súbita de la vida de prehistóricas Ecbatanas, Micenas, Atlántidas.

Un evemerismo à rebours ciertos hombres soportando la encarnación pasajera, habiendo, en su origen, sido, hoy con lo absoluto en vaga relación clandestina, dioses.

*La sospecha o la seguridad de existencias anteriores, al sentir despierto en el fondo del ser, así momias de princesas antiguas animadas por irresistibles «venifora», sensaciones, visiones, ceremoniales, triunfos, familiares o misteriosos espectáculos, con la sola combinación de tales o cuales sílabas sonoras al abandonar su larva el pensamiento.

*Lo que se encierra en un viejo libro que, al abrirlo, deja escapar, como en el cuento de Oriente la caja de bronce, el vapor de un genio, un enjambre de fluvios ancestrales; o la decoración animada por el solo influjo de lo que se llamaría el secreto de las cosas: «viejo almanaque alemán» «largas diligencias»... «grimorio», según la colocación en el discurso y el ritmo de la idea.

*Azoramiento de los contemporáneos de Licofrón, y antes de la saeta mortal las innumerables tentativas -¿cínifes o víboras; el amor al arcaísmo: mientras más recluso en el tiempo, mayor valor del vino precioso, aristocracia vocabularia; misterio del verbo: habría que recordar los himnos de desconocido significado preciso que cantaban los aztecas, y los de los hermanos Arvales de Roma?-, ¿o Pape Satan, pape Satan aleppe, o a Shakespeare en ciertas partes? Licofrón-Mallarmé. ¿Y la erudición de los escritores medioevales? ¿Y la erudición de Hugo?

Mas que un mundo de la Alejandra a las Divagaciones. Para sustituir a Tzetzés, tenéis con creces a Thadée Natanson.

*La teoría de los silencios; y la supresión de todo signo, en veces, ortográfico, los componentes quedan al influjo de la música personal, en la melodía indefinida o infinita; genuflexión wagneriana, ¡y qué!

*En la «prosa» para Des Esseintes, la clientela periodística, escandalizada de no encontrar prosa (asombro mío de mirar, a propósito de Prosas Profanas, igual error en un redactor del Mercure de France -Pedro Emilio Coll-; habiéndome felicitado Rémy de Gourmont, cabalmente por el hallazgo de dicho título).

*Se endereza la persona armónica de Herodías, la de la clara mirada de diamante. De un vaso sagrado antiguo, cincelado de símbolos, se eleva, lengua de la verdad ignorada de la naturaleza, sobre arcanos ungüentos femeninos, una llama.

*En su siesta, he aquí al sátiro de los zuecos de oro. Deleite del catecúmeno de poder percibir definitivos resplandores, en la nube que le envuelve, y pone oído a la siringa, tan otra de la de Verlaine, que bajo una arcada de metafísica hace marchar en un paso ritual sus pavones azul, plata y oro.

*En el pequeño poema en prosa, ni Baudelaire, ni Gaspard de la Nuit. Él sabía la lengua inglesa, de ahí traductor de Poe y antes del Vathek, de Beckford. En el pequeño poema, como en toda su prosa, inconsciente quizás la aplicación del hipérbaton inglés, y modos de decir de hacer sucumbir de espanto a Chapsal.

*Las simpatías con Poe. William Wilson, y el enamorado de Leonora, y todos los personajes del americano reconocerían ciertos paisajes y sensaciones; una misma existencia mental, en el Fenómeno futuro, o en La Pénultième. Y puro Poe, ¡purísimo!, tanto que se diría otra traducción más, Plainte d'automne: -Desde que María me ha dejado para ir a otra estrella -cuál, Orión, Altair, y tú, verde Venus- he siempre querido la soledad... Frases de un cristal melancólicamente fluido... depuis que María a passé là avec des cierges...

Y el frisson d'hiver, de donde se evade un perfume de arcaico misterio, y la idea fija en una sutil obsesión de enfermizo encanto.

Las sensaciones suelen llegar al paroxismo. La tristeza o la alegría, presentan faces inesperadas. Insospechable para el profano, lo que recela una simple anécdota, o el casual incidente de una excursión, paseo solitario y meditativo por una alameda; las arquitecturas musicales y el ensueño de los chorros de agua, el cisne, personaje hermético.

Aplicable a él mismo su resumen de Vathek. Pues ningún otro podría detenerse en la formulación matemática de sensaciones de pesadilla o sueño: «la tristeza de perspectivas monumentales muy vastas y el mal de un destino superior», «el espanto causado por arcanos y el vértigo por la exageración oriental de los números; el remordimiento que se instala de crímenes vagos o desconocidos; las languideces virginales de la inocencia y de la plegaria; la blasfemia, la maldad, la muchedumbre». ¿Caemos en un torbellino de memoraciones hípnicas? Por mi parte tengo el flotante recuerdo de todo eso como en la lejanidad de un mundo en que hubiera actuado. Igual efecto de percepción, en algunas planchas de Trachel, en cierta música de Wagner, en tales tinieblas de Redon, en lo bufo trágico inglés, en Aubrey Beardsley.

*La crítica, por otros procedimientos rebajada, aplastada, he ahí que se

levanta al poema y un retrato, Villiers o Verlaine, o el sketch de Whistler, cristaliza la resumida sinfonía.

*Un carbunclo en una joya de Bagdad.

*Escuchad esta declaración:

«Yo soy el enfermo de los ruidos y me extraña que a casi todo el mundo repugnen los olores malos, menos los gritos.» ¡Divino secreto del silencio!, de donde emergerán los angélicos palacios, las suprasiderales únicas melodías.

*De los ojos del mago, en ocasiones, hacia la caravana social, sobre el inmenso baile de disfraces, una luminosa indicación: nadie la observará. Meditad en el último párrafo del retrato de Villiers.

*Todo lo demás, divagaciones, pues así es la palabra, suficiente para la vida entera de un convento de exégetas; el pozo de Aladino; ya nos conduzca sobre esas grandes alas arcangélicas hacia el universo wagneriano; a su concepción ideal de la Representación; a la futura realización del Libro cósmico de arte.

*Muerto ya, qué sino la veneración cariñosa de quienes le supieron solo, en la procesión inmensa de los escogidos.

Sobre la almohada purpúrea, la palidez, sobre la cual la inaudita Tiara a siete órdenes de gemas. Ese humo de color de oro, en la cazoleta, deja semimaterializarse tantas facetas de oriente... ¡Sonrisas de las difuntas princesas!, he aquí que traza un signo nuevo, sobre el lago en silencio, el Cisne que comprende.

Juicios (1893).

Algunas notas sobre Valle-Inclán

- I -

Recuerdo la primera impresión. Este es uno de los que quieren épatar al burgués, me dije. Sombrerón de anchas alas, barbas monjiles, gesto militar, palabras estupefacientes, maneras de aristo. El cuerpo delgado bajo un macferlán cuya esclavina se convertía por instantes en dos alas de murciélago satánico; los ojos dulces o relampagueantes; y la sonrisa entre la cual se escapaban frases a cortos golpes paradójicos, o buenas, o espantosas. Sobre todo espantosas, «epatantes».

Él me pudo decir entonces: Hombre de América que vienes aquí para ver España: mira en mí algo de lo que queda de más nacional, típico y poético. Yo soy un Conquistador, y además, otras cosas. Mi sombrerón de anchas alas te dice de mis cariños y andares en las tierras de México que tanto recorriera aquel mi muy admirado varón de gesta que tenía por nombre Hernán Cortés. Mis barbas monjiles te manifiestan la tradicional religión del monje que he sido; mi gesto militar que he llevado uniforme en luchas civiles, en la misma tierra en que manda el legendario y justamente alabado por Tolstoi, general don Porfirio Díaz. En cuanto a mis palabras

que dejan a las gentes estupefactas o espantadas, son las de aquel que sabe que hay en la tierra y en el cielo cosas que no comprende nuestra filosofía...

- II -

Desde entonces Valle-Inclán ha crecido como un bello león. Perdió su brazo, pero parece que por allí le hubiese brotado una nueva garra invisible.

Cuando Octave Mirbeau descubrió en el Fígaro parisiense a Maeterlinck, nombró a Shakespeare Hugo, si no me engaño, en una breve frase, rememoró al omnividente Will, a propósito de las extraordinarias niñerías de Rimbaud.

Yo no he encontrado la sensación shakespereana más que en algunas cosas de Lugones -en quien encuentro todo- y en los últimos libros de Valle-Inclán. Poe queda aparte, como Jules Laforgue.

- III -

El éxito internacional -y lo digo con motivo de que en Francia han comenzado a traducir las obras de Valle-Inclán- no tiene nada que ver con el mérito artístico, con los valores ideales. D'Annunzio, a pesar de su «réclame», no se puede regodear de una «Quo vadis?», y Sienkiewicz nada vale al lado del Coloso: ¡George Ohnet!

George Meredith acaba de morir, y aquí en España no he visto en ningún periódico más artículo respecto a la desaparición del prodigioso inglés, que el que ha enviado a un diario su corresponsal en Londres, varios días después de los funerales.

- IV -

Los personajes que en su ya larga serie de obras ha creado este espíritu de excepción, son vivientes más allá de la real vida, más allá de la vida normal; no existen como los héroes balzacianos o zolescos, sino como Hamlet, Otelo o el viejo Lear.

Los tipos retratados, o encarnados, de lo cotidiano, mueren, desaparecen, como los que vemos todos los días. Poeta o escritor que quiere dar a sus seres supervivientes tiene que plasmarlos e infundirles un alma bajo un

concepto de eternidad. No viven hoy diez mil tipos animados por mil autores que tuvieron en su tiempo ganga y celebridad, y que hacían la labor de fuera para dentro. Viene Celestina simbólica y que parece tan real, como quien hubiera merecido ser su esposo o compañero, el gordo Falstaf. Ambos tuvieron forma y alma de dentro para fuera. Así el ilustre Bradomín, don Juan Manuel de Montenegro, las damas de ensueño y los bufones de misterio que, en un ambiente de desconocido, aparecen en la obra profunda y encantadora de Valle-Inclán.

- V -

Yo he tratado antaño a este admirado y querido amigo mío, en el siguiente soneto:

Este gran don Ramón de las barbas de chivo,
cuya sonrisa es la flor de su figura,
parece un viejo dios, altanero y esquivo,
que se animase en la frialdad de su escultura.

El cobre de sus ojos por instantes fulgura
y da una llama roja tras un ramo de olivo.
Tengo la sensación de que siento y que vivo a su lado
una vida más intensa y más dura.

Este gran don Ramón del Valle-Inclán me inquieta,
y a través del zodíaco de mis versos actuales
se me esfuma en radiosas visiones de poeta,

o se me rompe en un fracaso de cristales.
Yo le he visto arrancarse del pecho la saeta
que le lanzan los siete pecados capitales.

Tales catorce versos no dicen en verdad la complicada figura de este gran don Ramón. Tan complicada, que ha llegado a ser casi burgués, casándose con un «alma hermana» que le comprende y le ama de veras. La antigua cabellera ha desaparecido; una indumentaria inglesa ha sustituido a la de los días pasados -aunque también el macferlán era británico- y luego, nunca, nadie podrá decir que ha visto a Valle incorrecto. Siempre, aun en días duros, fue el caballero, el fidalgo. En su casita, que es un nido de arte, en la calle Santa Eugenia, una niñita sonrosada es una rosa sobre su

gloria, es la princesa.

- VI -

Éste no es un estudio; dicho está que son notas. Largo trabajo se necesitaría para exponer la obra -y la vida unida a ella- de Valle-Inclán. Porque lo que he dicho sobre lo shakespereano, tiene, en la introspección, una base de realidad. Atiéndase bien:

Todo lo que en la poemática labor de Valle-Inclán parece más fantástico y abstruso, tiene una base de realidad. La vida está ante el poeta, y el poeta la transforma, la sutiliza, la eleva, la multiplica; en una palabra, la diviniza, con su potencia y música interior. El que no tiene el «daimon», no puede hacer eso; y por tanto, he sostenido la superioridad de Unamuno, sobre otros puramente formales o virtuosos en la lírica.

- VII -

Femeninas, Epitalamio, Cenizas, fueron la primera floración en el jardín de este gran señor de letras. Se dirá de reminiscencias extranjeras -por lo de la forma-, mas nunca del modo que se le ha señalado a D'Annunzio. Valle-Inclán ha sido d'annunziano en alguna de las sonatas -cuestión de orden y contrapunto verbal-, y hasta dandismo, porque era el momento, y, cuando cantan los ruiseñores, les llevan y los modulizan el canto los vientos que vienen de todas partes. Para esto, ver lo que últimamente ha dicho uno de los superiores, un gran poeta y de los más conscientes y firmes de saber, el catalán Marquina, a quien si alguna vez le ha faltado algún don -siendo con todo de los excelentes, y hablo ahora en cuanto a crítico-, es el don de la diferenciación.

- VIII -

Las Sonatas, que hoy, por primera vez, van a hacerse conocer en Europa, son ejecuciones primigenias de Valle-Inclán. Bravas ideas y aventuras sentimentales dichas en exquisitas maneras. La demostración -en los primeros momentos, de nuestra lucha hispanoamericana por representarnos ante el mundo como concurrentes a una idea universal -Idea no Moda- que comenzaba a llenar de una nueva ilusión, o realización de belleza, todo lo que entonces pensaba altamente en la tierra. En ello hay el anhelo de la

novedad -y la antigüedad- que caracterizó a los Nuevos. Que mañana seremos Viejos. Pero él va fecundando. Y las Sonatas de las cuatro estaciones tendrán una repercusión incomparable en la historia de las letras castellanas. Poniendo su escenario en tierras distintas, como los capitanes de antes su bandera y sus proezas, en que hacían tan soberbiamente drama o novela, él cierra, en un momento, ese zodiacal cielo y va a hacer otra cosa.

- IX -

Entonces vienen las Comedias Bárbaras -que tienen únicamente, y todo relativo, algún parentesco con los Poemas del olímpico francés y con las odas del poderoso italiano. Bárbaro en esta extensión de la palabra es lo que en expresión, simbolismo o manera de ser, representa una mentalidad medieval, ásperamente expresiva, invasora y gótica; popular en lo del fondo del corazón del pueblo: feudal, caballerescas, burgrave, mística, llena de conocimientos o suposiciones milenarios, y al mismo tiempo ingenua, pagana en lo mucho que de paganismo tenía la Edad Media; con el sentido de la Fatalidad que había en tiempos de pestes extrañas y fulminantes que supiera comprender un Edgar Poe; y de peregrinos con sus conchas en las caperuzas; y de leprosos que, para atraer o alejar al viandante, tocaban sus esquilas en los caminos, mientras todo el orbe, desde el montículo papal, temblaba por el advenimiento de lo Extraordinario.

Como Galicia ha sido una de las regiones santuarios del mundo, tiene una inmensidad de infinito flotante y de religiosidad imperante en que podía bien anclar este fundamental artista. Todo eso legendario de Compostela, todas las sendas de fe que han ido abriendo generaciones de generaciones por siglos de siglos: todo el creer de la labriega que sabe los decires de las brujas; las apariciones particulares o numerosas; el hablar de las piedras para quien las entiende, como el de los árboles en la sombra para quien los oye; todo lo que la circunstancia naturaleza tiene en esa región de España, está en la obra de Valle-Inclán. Pero -y aquí viene mi cita de Shakespeare- adquiere, por la virtud genial, una expansión absoluta. Y el marqués de Bradomín se irá por todas partes, sin marca de fábrica francesa o sin estampilla escandinava, y respirando con más placer y dignidad, antes que los perfumes forasteros, los del gran botafumeiro de su catedral.

- X -

Ahora empieza la serie de los Cruzados de la causa. Novelas carlistas. No

hay nada comparable sino los chouanorias de Barbey. No he visto más adorable Cervantes, sin esperar nada del palacio veneciano de Loredán y del apartamento de París. Él cree, él ve la epopeya, que lo fue, estupenda, en aquel encuentro largo de leones, de una y otra parte. Él cree y, principalmente, sabe, porque está documentado como en todo. Es ésta una compañía de ideal de que no se han dado cuenta aquí. El viejo e ilustre Galdós debía haber hablado ya y decir quién viene después de él. No para dejarse devorar, como en ciertas tribus, sino para que se le respetase más.
Y conste que hoy yo amo y respeto a don Benito, casi ya lapidariamente maestro.

- XI -

¡Y luego, Valle-Inclán es un poeta tan exquisito! ¡Su libro pequeño y lindo de versos está lleno de tan supremas cosas! A Rodó, a Lugones, a Díaz Rodríguez y a los otros compañeros más serán un regalo. Pero fíjense en los acompañamientos de gaita que van al fin de cada poemita. Es que el celta nos conquista; e irá de allí a todas partes. Solamente que, ¿qué citar? Citaré las «Prosas de dos ermitaños»:

En la austera quietud del monte
y en la sombra de un peñascal,
nido de buitres y de cuervos
que el cielo cubren al volar,
razonaban dos ermitaños;
San Serenín y San Gundián.
-San Serenín, padre maestro:
¿tu grande saber doctoral,
que aconseja a papas y a reyes,
puede a mi alma aconsejar
y un cirio de cándida cera
encender en su oscuridad?
-San Gundián, padre maestro
y definidos teologal,
confesor de papas y reyes
en toda la cristiandad,
el cirio que enciende mi mano
ninguna luz darte podrá.
-San Serenín, padre maestro:
mis ojos quieren penetrar,
en el abismo de la muerte,
el abismo del bien o el mal,
donde vuelan nuestras ánimas
cuando el cuerpo al polvo se da.
-San Gundián, padre maestro:

¿quién el trigo contó al granar,
y del ave que va volando
dice en dónde se posará,
y de la piedra de la honda
o de la flecha a dónde van?
-San Serenín, padre maestro:
como los ríos a la mar,
todas las cosas del mundo
hacen camino a su final,
y el ave y la flecha y la piedra
en ceniza se troncarán.
-San Gundián, padre maestro:
todo el saber en eso da:
cuando es misterio, en el misterio
ha de ser por siempre jamás,
hasta que el cirio de la muerte
nos alumbre en la eternidad.
-San Serenín, padre maestro:
esa luz que no apagarán
todas las borrascas del mundo,
mi aliento quisiera apagar.
¡El dolor de sentir la vida
en otra vida seguirá!
-San Gundián, padre maestro:
mientras seas cuerpo mortal
y al cielo mires, en el día
la luz del sol te cegará,
y en la noche, las negras alas
del murciélago Satanás.
Callaron los dos ermitaños
y se pusieron a rezar.
San Serenín, como más viejo,
tenía abierto su misal,
y en el misal la calavera
abría su vacío mirar.

En ello no hay el acompañamiento musical de la región, como os he dicho,
pero oíd esto, que se llama «El milagro de la mañana»:

Tenía una campana,
en el azul cristal
de la santa mañana,
oración campesina,
que temblaba en la azul
santidad matutina.
Y en el viejo camino

cantaba un ruiseñor,
y era de luz su trino.
La campana de aldea
le dice con su voz
al pájaro que crea.
La campana aldeana,
en la gloria del sol,
era el alma cristiana.
Al tocar se esparcían
aromas de rosal
de la Virgen María.
Esta santa conseja
la recuerda un cantar
en una fable vieja:
«Campana, campaniña
do Pico Sacro:
Toca porque florezca
a rosa do milagro».

Todas las exquisitas suavidades o gestos rítmicos de Valle-Inclán indican en este pequeño libro la existencia de un poeta, que si lo quisiese podría hacer una obra lírica y métrica como la que va realizando de modo que no se le puede encontrar igual en Europa, Meredith, apenas, y en otro rumbo y mundo mental, sin no hacer más que aumentar la gloria del gran inglés esta opinión.

- XII -

¡Ah! ¡Si Valle-Inclán quisiere hacer un viaje a Buenos Aires! Posiblemente será antes a Nueva York.
A todo vuelo (1912).

Miguel de Unamuno
Unamuno, poeta

Cuando apareció el tomo de poesías de Miguel de Unamuno hubo algunas admiraciones e infinitas protestas. ¿Cómo, este hombre que escribe tan extrañas paradojas, este hombre a quien llaman sabio, este hombre que sabe griego, que sabe una media docena de idiomas, que ha aprendido solo el sueco y que sabe hacer incomparables pajaritas de papel, quiere también ser poeta? Los verdugos del encasillado, los que no ven que un hombre sirva sino para una cosa, estaban furiosos.

Y cuando manifesté delante de algunos que, a mi entender, Miguel de Unamuno es ante todo un poeta, y quizá sólo eso, se me miró con extrañeza y creyeron encontrar en mi parecer una ironía.

Ciertamente Unamuno es amigo de las palabras -y yo mismo he sido víctima de alguna de ellas-, pero es uno de los más notables removedores de ideas que hay hoy, y, como he dicho, según mi modo de sentir, un poeta. Sí, poeta es asomarse a las puertas del misterio y volver de él con una vislumbre de lo desconocido en los ojos. Y pocos como ese vasco meten su alma en lo más hondo del corazón de la vida y de la muerte. Su mística está llena de poesía, como la de Novalis. Su Pegaso, gima o relinche, no anda entre lo miserable cotidiano, sino que se lanza siempre en vuelo de trascendencia. Sed de principios supremos, exaltación a lo absoluto, hambre de Dios, desmelenamiento del espíritu sobre lo insondable, tenéis razón si me decís que todo eso está muy lejos de las mandolinas. Pero las mandolinas no son toda la poesía. Mandolina y viola de amor tocan para las horas que pasan en lo ligero de la vida. Y cuando suene la trompeta final, la aún simbólica y apocalíptica trompeta, tened por seguro que no existirá un solo rosal plantado sobre la tierra.

A muchos nos ha perseguido la obsesión del enigma de nuestro ser y de nuestro destino futuro, y por eso quizá nos hemos refugiado en lo que a la tierra atañe, en el amor de la primavera y de la alegría, buscando después, en las angustias de lo porvenir, los ojos a lo alto, el lucero de Jesucristo.

Un día en conversación con literatos, dije de Unamuno: «Un pelotari en Patmos.» Le fueron con el chisme, pero él supo comprender la intención, sabiendo que su juego era con las ideas y con los sentires y que no es desdeñable el encontrarse en el mismo terreno con Juan el vidente. Es lo que él se considera: escultor de niebla y buscador de eternidad. Esto se ve en sus otras obras que no son versos, en sus ensayos sobre todo; en sus ensayos a la inglesa escritos a lo unamunesco, esto es, con el emersioniano whim, con capricho. La originalidad de este hombre, dicen las gentes, está en decir todo lo contrario de lo que dicen los demás, en dar vuelta como a un guante a las ideas usuales. Éste es el señalado y censurado prurito de paradojismo. Esto causa, naturalmente, la estupefacción de los que no tienen nada que oponer al ímpetu ordenado de los carneros de Panurgo.

Unamuno, de la pajarita de papel ha ido a la tribuna pública, a la conferencia; se ha hecho notar en el movimiento social de su patria y ha tenido el singular valor de decir lo que él cree la verdad sin temor a inmediatas y temibles hostilidades. Siempre, como veis, un poeta.

Ya sé que muchos observan: ¿Y sus versos, y la forma de sus versos? Para mí esa es una de las manifestaciones de su inconfundible individualidad.

Ha habido sabios o pensadores que hayan hecho versos, como Littré o Taine. Él ha hecho ejercicio retórico o deporte intelectual. En Unamuno se ve la necesidad que urge al alma del verdadero poeta de expresarse rítmicamente, de decir sus pensamientos y sentimientos de modo musical. Y en esto hay diferentes maneras, según las dotes líricas del individuo; y no porque una música no se parezca a la del autor por vosotros preferido hemos de concluir que no es buena. No todas las aves tienen el mismo canto, como todas las flores no tienen la misma forma ni el mismo perfume. En la poesía francesa, las rosas de un Banville no se parecen en nada a las flores casi minerales de un Baudelaire, o, en otro sentido, de un Leconte de Lisle, y mucho menos a los lirios lunares de un Pauvre Lelian. Cada jardinero cultiva sus plantíos preferidos. Y aún hay los que nocturnamente aman ir a coger la parietaria.

Una frecuentación concienzuda de los clásicos de todas las lenguas ha dado a la expresión poética de Miguel de Unamuno cierta rigidez que hay quienes suponen dificultad en la expresión rítmica de la palabra. Yo no he visto escribir versos al rector de la Universidad de Salamanca, ni conozco sus métodos de trabajo, ni sus bregas con el pensamiento y con el verbo.

Pienso, sin embargo, que debe escribir sus composiciones con facilidad, pues las teorías de estrofas, en su ordenación que parece forzada marchan holgadamente en la procesión poemática. No es, desde luego, un virtuoso, y esto casi me le hace más simpático mentalmente, dado que, tanto en España como en América, es incontable, desde hace algún tiempo a esta parte, la legión de pianistas. Él no da tampoco superior importancia a la forma. Él quiere que se rompa la nuez y vaya uno a lo que nutre. Que se hunda uno en el pozo de su espíritu y en el abismo de su corazón para buscar allí tesoros aladánicos. Él tiene el respeto y la adoración del verso, de modo que no contemporiza con quienes le usan en fábulas de juglar. Lo del clown del circo francés le pondría furioso. Si le fuera posible cantarían únicamente en una música interior que no pudiese ser escuchada fuera, tal como el sonar de esas fuentes subterráneas cuyo cristalino ruido de aguas halla tan sólo repercusión en lo cóncavo de las grutas esculpidas de estalactitas.

Lo que resalta en este caso es: la necesidad del canto. Después de fatigar los brazos y mellar las hachas en la floresta de lucubraciones llega un momento en que es preciso buscar un rincón apacible de verdor y frescura donde reposar y en donde se ponga el alma limpia a oír el canto de los ruiseñores. Esos ruiseñores, como aquel pájaro de paraíso que oyó cantar el monje de la leyenda, saben de lo eterno, de lo que no tiene que ver con lo cambiante y efímero de nuestra vida terrena y con nuestro rápido paso por la existencia, que es el de una irisada burbuja.

La necesidad del canto: el canto es lo único que libra de lo que llama Maeterlinck lo trágico de todos los días. A medida que el tiempo pasa y a pesar del triunfo de los adelantos materiales, la omnipotencia órfica se acentúa y se hace cada vez más invencible. Y el poeta ve pasar triunfante, al lado del aviador, el vuelo dominante de la oda.

Unamuno sabe bien que el verso, por la virtud demiúrgica, tiene algo de nuestra alma al salir de ella, que es uno de los grandes misterios del espíritu, que es un rito mortal para el cual la iniciación viene de una voluntad divina. Dice a sus versos:

Íos con Dios, pues que con Él vinisteis
en mí a tomar, cual carne viva, verbo;
responderéis por mí ante Él, que sabe
que no es lo malo que hago, aunque no quiero,
sino vosotros sois de mi alma el fruto;
vosotros reveláis mi sentimiento,
¡hijos de libertad!, y no mis obras,
en las que soy de extraño, si no siervo;
no son mis hechos míos: sois vosotros,
y así no de ellos soy, sino soy vuestro.

¿Quién diría que en este solitario de su propio Port Royal, que en este místico de última hora -y de siempre-, que en este cerebral hubiese lo que se llama en el siglo XVIII un hombre sensible? Es verdad que él dará, desde luego, la clave de su psique:

Piensa el sentimiento; siente el pensamiento.
Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido.
¿Sentimiento puro? Quien en ello crea,
de la fuente del sentir nunca ha llegado
a la viva y honda vena.

Al canon: De la musique avant toute chose opone, hablando de sus cantos:

Peso necesitan en las alas, peso;
la columna de humo se disipa entera;
algo que no es música es la poesía;
la pasada solo queda.

Luego expresará algo que parecerá incomprensible a los infatigables organilleros que camelan poesía a su manera, en incontenible chorro:

Mira, amigo: cuando libres
al mundo tu pensamiento,
cuida que sea, ante todo,
denso, denso. Y cuando sueltes la espita
que cierra tu sentimiento,

que en tus cantos éste mane
denso, denso. Y el vaso en que vino escancias
de tu sentir los anhelos,
de tu pensar los cuidados,
denso, denso. Mira que es largo el camino
y corto, muy corto, el tiempo:
parar en cada posada
no podemos.
Dinos en pocas palabras,
y sin dejar el sendero,
lo más que decir se pueda,
denso, denso.
Con fibra recia de ritmo,
fibroso queden tus versos,
sin grasa, con carne prieta,
densos, densos.

Basta para comprender los principios de su arte poético. Por eso tendrá antipatía por todo lo francés y le veremos gustar de la poesía inglesa, de Shakespeare, de los lakistas, del italiano Carducci. Con ser muy castellano su vocabulario y muy castizo su misticismo, le encontraremos cierto aire nórdico, que hace a veces que algunos de sus poemas parezcan traducidos de poetas de ojos azules. Ese aire nórdico se explica también sabiendo que el cantor es originario de las provincias vascongadas y que su gravedad es de raza. Por eso también su desdén de lo superfluo y su desprecio por lo frívolo. Malignamente, aquí donde es habitual jugar con el vocablo, he oído decir que los versos de Unamuno, como él quiere, son pesados. También el hierro y el oro lo son.

De modo, me diréis, que Unamuno es, según su opinión, un poeta. Un poeta, un fuerte poeta. Su misma técnica es de mi agrado. Para expresarse así hay que saber mucha armonía y mucho contrapunto. Lo que parece claudicación es uso de sabio procedimiento. Y notar que entre esos poemas que parecen recitados de súbito, entre aplicación rara, consciente versolibrismo, suelen brotar profundos y melodiosos sonos de órgano que habrían regocijado al Salmista. Eso es lo que más gusto en él, sus efusiones, sus escapadas jaculatorias hacia lo sagrado de la eternidad.

Esto no es renegar de mis viejas admiraciones ni cambiar el rumbo de mi personal estética. Tengo, gracias a Dios, una facultad que nunca he encontrado en tantos sagitarios que han tomado mi obra por blanco: es la de comprender todas las tendencias y gustar de todas las maneras. Todas las formas de la belleza me interesan, y no sé por qué razón habría de desdeñar la orquídea por el girasol o el girasol por la orquídea. Yo me deleitaría en Versalles con los violines del Rey; mas ya mi espíritu vendría de lo lejano del Tiempo, de escuchar el canto de las sirenas o las trompetas de Jericó. El canto, quizá duro, de Unamuno me place tras tanta meliflua lira que acabo de escuchar, que todavía no acabo de escuchar. Y

ciertos versos que suenan como martillazos me hacen pensar en el buen obrero del pensamiento que, con la fragua encendida, el pecho desnudo y transparente el alma, lanza su himno o su plegaria, al amanecer, a buscar a Dios en lo infinito.

A todo vuelo (1912).

José Enrique Rodó

El oficio de pensar es de los más graves y peligrosos sobre la faz de la tierra bajo la bóveda del cielo. Es como el del aeronauta, el del marinero y el del minero. Ir muy lejos explorando, muy arriba o muy abajo; mantiene alrededor la continua amenaza del vértigo, del naufragio o del aplastamiento. Así, la principal condición del pensador es la serenidad. En la América nuestra no hemos tenido casi pensadores; no ha habido tiempo, todo ha sido fecundidad verbal, más o menos feliz; declamación sibilina, pastiche oratoria, expansión, panfleto. Con dificultad se encontrará en toda la historia de nuestro desarrollo intelectual este producto de otras civilizaciones: el ensayista.

José Enrique Rodó es el pensador de nuestros nuevos tiempos, y, para buscar siempre el parangón en el otro plato de la balanza americana, diré que corresponde a Emerson. Es Emerson latino, cuya serenidad viene de Grecia, y cuya oración dominical es la salutación a Palas Atenea, la plegaria ante el Acrópolis. Y advertir que, a pesar de lo que se afirme y comente, Rodó no es un renaniano, en el sentido que en el común dialecto literario se da a esta palabra. Su tranquila visión está llena de profundidad. El cristal de su oración arrastra arenas de oro de las más diversas filosofías, y más encontraréis en él del más optimista de los ensayistas, que del gordo cura laico biógrafo de Nuestro Señor Jesucristo, abate de Jouarres, in partibus infidelium.

Desde sus comienzos, la obra de Rodó se concreta en ideas, en ideas decoradas con pulcritud por la gracia dignamente seductora de un estilo de alabastros y mármoles. Solamente que él pigmalioniza, y el temor de impasibilidad, de frialdad desaparece cuando se ve la piedra cincelada que se anima, la estatua que canta. Nació con vocación de belleza y enseñanza. Enseñanza, es decir, conducción de almas. A tal pedagogía es la que se refiere el Dante en un verso referente a Virgilio. Cuando apareció su primer opúsculo, Vida nueva, se vio el surgir de un maestro en su generación, en la generación continental. Su segundo opúsculo sobre el autor de Prosas profanas, o, mejor dicho, sobre este libro de poesías, le afirmó virtuoso de la prosa, de la erudición elegante, y en la última parte de su trabajo, profeta. Atlas y generosas especulaciones le ocuparon, y Ariel señala un nuevo triunfo de su espíritu y una nueva conquista de sus predicaciones, por la hermosura de la existencia, por la elevación de los intelectos hispanoamericanos, por el culto nunca desfalleciente ni claudicante del más puro y alentador de los ideales. Definíase más y más su personalidad, y se hubiera dicho un filósofo platónico de la flor del paganismo antiguo, resucitado en tierras americanas. Y tuvo el más bello de sus gestos cuando, llevado a las

controversias de la prensa y a las agitaciones de la Cámara, por los caprichos de la política, el adorador de los dioses de la Hélade salió a la defensa de nuestro pálido Dios Cristiano, desterrado allá, como en Francia, de los lugares de la justicia, por obra de la roja rosa jacobina.

Por último, aparece su obra magna hasta hoy, esos Motivos de Proteo, aires mentales, sinfonías de ideas que llevan dentro tanta virtud bienhechora; libro que ha sido acogido en todas partes con entusiasmo y con razonada admiración. Es un libro fragmentario; pero ¡cuán lleno de riqueza!; fragmentario ocasional o decididamente. Ello hace que su prosecución sea indefinida y que el encanto y el provecho se prolonguen en la esperanza después de cada aporte. El tesoro está allí. Cada vez que Aladino baje, estemos atentos.
Cabezas (1916).

Un poeta socialista: Leopoldo Lugones
Al Sr. Carlos Vega Belgrano

Un bizarro muchachón de veintidós años, de chambergo y anteojos, llega de su provincia, de su buena provincia de Córdoba, a la conquista de Buenos Aires, así el ínclito y divino Glarigny a conquistar París, a flechazos de flechas de oro. Dos ojos miopes, a través de esos anteojos, dicen muchas cosas al que sabe comprenderlos: el chambergo cubre una cabeza de sublevado. Ese sublevado viene sin carta de presentación a decir versos al Ateneo. Le conocemos y esperamos el momento en que esos versos se escuchen, para saber con quién nos entendemos. Llega la noche en que debe leer, y lee ante un público escaso, y en su escasez matizado. Unos sonríen, otros aplauden condicionalmente, otros le declaran decadente de remate. Los generosos espejuelos de nuestro presidente habían presentado con entusiasmo y fe los anteojos del provinciano. Quiénes sospecharon, quiénes vieron, quiénes profetizaron a un poeta genial. Después, en un círculo más reducido, nos leyó el recién llegado otros versos más. El Dr. Holmberg dijo con su gran voz: «No sé si será ésta la más alta, pero si sé que, para mí, es la nota más vibrante de la poesía argentina.» Yo me atreví a afirmar lo propio. El poeta Leopoldo Díaz enmendó a Holmberg: «¿No será mejor decir la nota más original?» Había entre los oyentes artistas, pintores y escritores; un explorador que también tiene de artista. Todos aplaudimos al desconocido; al día siguiente, la prensa habló de él limitada y opacamente. Así llegó Leopoldo Lugones a Buenos Aires, poeta cordobés ayer, argentino hoy, americano mañana y pasado mañana lo que Dios ha de disponer. Entretanto, nos vienen los ecos del discurso que ha pronunciado el 1.º de mayo en la fiesta socialista. Ya le habíamos visto, rojo, cuando leyó en el Ateneo su Profesión de fe, de un Almafuerte a alta temperatura. En esa

arenga lírica, o «carga» aiática, se reveló como un revolucionario. La revolución social -Erre, Ese, como dicen entre ellos los afiliados- es para él un deseado advenimiento. Es un fanático, es decir, un convencido inconquistable, al menos por ahora que está su sangre ardiendo en su estación de entusiasmos y de sueños.

Yo soy su amigo: y, a mi vez, convencido e inabordable aristo, cuando llega a mi casa, tengo cuidado de guardar bajo tres llaves mis princesas y príncipes, mis duques y duquesas, mis caballeros y pajes; pongo mis lises en lo más oculto de mi cofre y me encasqueto lo mejor que puedo, una caperuza encarnada. Así hacemos las mejores migas; he podido penetrar en el fondo de su pensamiento y lo he encontrado vestido de belleza; he visto lo íntimo de su corazón y sé que está lleno de nobleza y bondad. ¡Y luego el poeta que hay en él!

Es uno de los «modernos», es uno de los Joven América. Él y Ricardo Jaimes Freyre son los dos más fuertes talentos de la juventud que sigue los pabellones nuevos en el continente. Mi pobre y glorioso hermano Julián del Casal hubiera amado mucho a este hermano menor que se levanta en la exuberancia de sus ardores valientes y masculinos, obsesionado por una locura de ideal.

Sigue los nuevos pabellones por ser su temperamento de artista puro, su espíritu violento y vibrante, su vocación manifiesta e invencible para padecer bajo el poder de los Pilatos de la mediocridad.

Los Snobs harán bien en no acercarse a él a hablarle elogiosamente de la literatura a la moda. Ese socialista, o mejor ese anarco tiene el santo respeto del arte y narices que huelen el mufla a través de las más perfumadas alcorzas. He leído sus versos y sus prosas. ¿Qué decir de ellos? Que tiene el pecado original de los árboles jóvenes. Hay exceso de savia en esa producción. No ha llegado aún el tiempo de la poda. Cuando llegue, ¡qué otoño después de esta primavera! Se advierten en sus obras sus gustos, sus preferencias, sus cariños artísticos. On est le fils de quelqu'un.

He dicho que es, ante todo, un revolucionario; y un revolucionario completamente consciente. El sabe por qué sigue los pabellones nuevos. Con Jaimes Freyre y José A. Silva, es entre los «modernos» de lengua española, de los primeros que han iniciado la innovación métrica a la manera de los «modernos» ingleses, franceses, alemanes e italianos. No es este el lugar de tratar de la melodía verbal, por ejemplo, y entrar en detalles técnicos que no interesarían verdaderamente sino a muy pocos; y éstos tiene su Souza en su biblioteca, y conocen la conferencia que dio en el Ateneo Jaimes Freyre hace algún tiempo.

He hablado de poda y he de decir que me refiero a la opulencia del follaje en lo que respecta a forma. No es que quiera yugo para los búfalos.

La hermosa libertad de esos pensamientos expresados de un modo primitivo, a veces Walt Whitman, esos ímpetus salvajes, esas renovaciones del vocabulario bíblico, o de tal autor querido, son atrayentes de especial poesía. Mas deseo yo para Lugones el tiempo en que se desencadene de toda reminiscencia o sugestión, así sean éstas absolutamente involuntarias. Y entonces será el día en que su figura aparecerá total, absoluta, aureolada de su íntima luz.

Juicios (1893).

III. Crónicas políticas

¿Por qué?

¡Oh, señor!, el mundo anda muy mal. La sociedad se desquicia. El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra.

¿El pez grande se come al chico? Sea; pero pronto tendremos el desquite. El pauperismo reina y el trabajador lleva sobre sus hombros la montaña de una maldición. Nada vale ya sino el oro miserable. La gente desheredada es el rebaño para el eterno matadero.

¿No ve usted tanto ricachón con la misma camisa como si fuese de porcelana, y tanta señorita estirada envuelta en seda y encaje? Entre tanto, las hijas de los pobres, desde los catorce años, tienen que ser prostitutas. Son del primero que las compra. Los bandidos están posesionados de los bancos y de los almacenes. Los almacenes son el martirio de la honradez; no se pagan sino los salarios que se les antoja a los magnates, y mientras el infeliz logra comer su pan duro, en los palacios y casas ricas los dichosos se atracan de trufas y faisanes. Cada carruaje que pasa por las calles va apretando bajo sus ruedas el corazón del pobre. Esos señoritos que parecen grullas, esos rentistas cacoquimios y esos cosecheros ventrudos son los ruines martirizadores. Yo quisiera una tempestad de sangre; yo quisiera que sonara ya la hora de la rehabilitación, de la justicia social. ¿No se llama democracia a esa quisicosa política que cantan los poetas y alaban los oradores? ¡Pues maldita sea esa democracia! Eso no es democracia, sino baldón y ruina. El infeliz sufre la lluvia de plagas; el rico goza. La prensa, venal y corrompida, no canta sino el invariable salmo del oro. Los escritores son los violines que tocan los grandes potentados. Al pueblo no se le hace caso. Y el pueblo está enfangado y pudriéndose por culpa de los de arriba: en el hombre, el crimen y el alcoholismo; en la mujer, la prostitución, así la madre, así la hija y así la manta que las cobija. Conque, calcule usted. El centavo que se logra ¿para qué debe ser sino para el aguardiente? Los patrones son ásperos con los que les sirven. Los patrones, en la ciudad y en el campo, son los tiranos. Aquí le aprietan a uno el cuello; en el campo insultan al jornalero, le escatiman el jornal, le dan a comer lodo; y por remate les violan a sus hijas. Todo anda de esa manera. Yo no sé cómo no ha reventado ya la mina que amenaza al mundo; porque ya debía haber reventado. En todas partes arde la misma fiebre. El espíritu de las clases bajas se encarnará en un implacable y futuro vengador. La onda de abajo derrocará la masa de arriba. La Comuna, la Internacional, el nihilismo, eso es poco; ¡falta la enorme y vencedora coalición! Todas las tiranías se vendrán al suelo: la tiranía política, la tiranía económica, la tiranía religiosa. Porque el cura es también aliado de los verdugos del pueblo. Él canta su tedeum y reza su paternoster, más

por el millonario que por el desgraciado. Pero los anuncios del cataclismo están ya a la vista de la humanidad y la humanidad no los ve; lo que verá bien será el espanto y el horror del día de la ira. No habrá fuerza que pueda contener el torrente de la fatal venganza. Habrá que cantar una nueva marsellesa, que como los clarines de Jericó destruya la morada de los infames. El incendio alumbrará las ruinas. El cuchillo popular cortará cuellos y vientres odiados; las mujeres del populacho arrancarán a puños los cabellos rubios de las vírgenes orgullosas: la pata del hombre descalzo manchará la alfombra del opulento: se romperán las estatuas de los bandidos que oprimieron a los humildes; y el cielo verá con temerosa alegría, entre el estruendo de la catástrofe redentora, el castigo de los altivos malhechores, ¡la venganza suprema y terrible de la miseria borracha!

Pero ¿quién eres tú? ¿Por qué gritas así?

-Yo me llamo Juan Lanás, y no tengo ni un centavo.

Crónica política (1892), ed. Alberto Ghirardo, Obras completas. Vol. XI. Madrid, 1924.

La mujer española

Marzo de 1900

Hace pocos días, el último Carnaval, hubo en el palacio de una distinguida señora, casada con un millonario y diplomático mexicano, una improvisada y elegantísima reunión de máscaras, que largamente han cantado los habituales cronistas de salón, y entre todos y sobre todos, mi incansable y ameno amigo el marqués de Valdeiglesias. La particularidad de la fiesta fue que a ella concurrieron aristocráticas y bellas damas de esta corte con el pintoresco mantón de Manila y otros adornos no menos nacionales. Y el entusiasmo fue inmenso; y hasta hubo quien dijese ¡olé! con la disculpa de los días de locura. Ese entusiasmo fue natural. ¡Es tan difícil en la aristocracia de España encontrar una belleza puramente española! Como en todas las altas clases de la tierra, el britanismo por un lado y el parisienismo por otro han hecho su invasión. No deja de ser lamentable. Una maja de Goya vestida por Chaplin es algo encantador y desconcertante; pero me habrán de confesar que una maja de Goya vestida por Goya es mucho mejor. No es que yo pretenda que estas duquesas de ahora vuelvan al osado peinetón, a mantilla perpetua y a los paseos por las arboledas de San Antonio de la Florida, sino que está a la vista de los amantes de la viva estatuaria humana la desaparición de uno de los más bellos tipos que hayan halagado al arte: el tipo español, cuya línea propia se ha bastardeado y confundido entre curvas francesas y rectas anglosajonas. La moda: ¡he ahí el enemigo! En esto estoy apoyado por un talento que, sobre ser certeramente estético, es una mujer: la señora Pardo Bazán. Doña Emilia considera como enemigos de la clásica gracia española los vestidos pesados

y de corte masculino del país de las misses; los impermeables y abrigos largos, ciertos calzados, y sobre todo, los formidables sombreros de París. La Naturaleza procede y enseña lógicamente; ha ordenado los seres y las cosas de la tierra según las latitudes; y sabe por qué los escandinavos son rubios y los abisinios negros; por qué las inglesas tienen cuellos de cisne y las mujeres flamencas preponderantes asideros. A las españolas las dio diversos modelos, según las distintas regiones peninsulares; pero el tipo verdadero, el tipo generalizado por la poesía y por el arte, es el de la morena de maravillosos y grandes ojos oscuros, un tanto potelé, ondulada y casqueada de ricos cabellos negros; ni alta ni baja; todo esto animado por un producto marino y venusiano, que en este sentido no tiene nombre correspondiente en ninguna otra lengua: sal. Ya en sus tiempos, Gauthier afirmaba que para ver la verdadera danza española había que ir a París; hoy en pintura, los que hacen admirar al mundo la gracia femenina de España, son extranjeros, como Sargent y Engelhart; ¿nos conformaremos dentro de poco con buscar en viejas telas y grabados la que fue tan original y graciosa belleza hispánica? La moda ha comenzado a hacer su daño en la educación. Para toda joven de buena familia que se vaya a educar al extranjero se importa la indispensable institutriz, casi siempre inglesa o tudesca, a veces francesa. La gouvernante empieza su obra de moldeo y la flexibilidad nativa entra en la jaula angular de una disciplina, por lo general very English. Los trajes, de corte igualmente angular, contribuyen a la reformación del original encanto curvilíneo. Una vez la niña crecida, sus gustos y sus costumbres tenderán a lo extranjero. Hubo una elegancia española: apenas si se recuerda en algún baile de trajes. Porque la moda lo requiere, los opulentos cabellos negros se tiñen de rubio o de rojo; el airosísimo andar de antaño se transforma, los gestos y maneras se aprenden. Se fue primero chic, después vian, después pschut, después smart, después swell. No se leen buenos libros castellanos; ¿pero qué señora no se ruborizaría de no conocer a Ohnet en el original? Se viaja, se veranea, se adora a Worth, a Laferrière, a Doucet. Visten con gran lujo; pero rara vez se llegan a confundir con una parisiense; desdeñando la riqueza propia, no consiguen el tesoro ajeno. Y son encantadoras. Hace algunos años un embajador oriental, al presenciar un desfile de altas damas en Palacio, expresó una frase descontentadiza y poco galante para la nobleza femenina que acompañaba a la reina. Hoy, en igual caso, proclamaría la hermosura y la gentileza de beldades como doña Sol Stuart, hija de la duquesa de Alba, y otras cuyos nombres constelan la crónica social. Hay diversos tipos que se imponen, pues en la corte se hallan representadas las distintas provincias. Desde luego, la mujer suavemente morena, de un moreno pálido, cara ovalada, cuello columbino, boca sensual y mirada concentradamente ardiente, cuerpo en que se ritman felinas ondulaciones; y la rosada y firme de plasticidades, de cabellos dorados, un tanto gruesa; y la belleza decadente y tradicional de los retratos, en cuyas manos puso Pantoja tan preciadas gemas; rostros con algo de las figuras de los primitivos; de un óvalo marcado, como se ve en la pequeña infanta María Teresa, de Velázquez; y dotadas de un aire que si indica la floración de razas crepusculares, impone su orgullo gentilicio y su antigüedad heráldica. En el pueblo se encuentra conservado mucho del antiguo donaire. La chula ostenta su ritmo natural, sus impagables gestos;

y va a los toros y a las fiestas con legítimas prendas que alegran los ojos y marcan el color local tan deseado por los viajeros que buscan arte y novedad. En la Ópera, la sala es igual a todas las salas de capitales modernas; el patrón cosmopolita impuesto por la elegancia francesa vence e iguala. Apenas los rostros, la llama de los ojos, un movimiento atávico, denuncian la sangre maternal, la originalidad patria.

El alemán Hans Parlow, recientemente, y todos los turistas y observadores que visitan España, notan que en estos últimos tiempos la sociedad española, el alto mundo madrileño, se divierte poco. No se vayan a creer que las damas vivan en una existencia lúgubre -algo como en las páginas de madame Aulnoy-, dadas a la soledad y al aislamiento, en contacto tan solamente con frailes y monjas, y en plegarias y rezos, bajo una atmósfera de tiempos de Felipe II. Ciertamente, las grandes familias actuales dan pocas recepciones, raras fiestas; no hay en la corte un ambiente como el de comienzos de siglo o bajo Isabel II; y la mayor parte de los bailes, banquetes y reuniones son ofrecidos por el Cuerpo diplomático. Por cierto que se distingue el ministro argentino, doctor Quesada, en reunir de cuando en cuando en la Legación los más bellos palmitos titulados. Mas la mujer española gusta de divertirse; va a París, va a Londres o a Italia, y en la temporada del veraneo convierte en ciudades de alegría y de hechizo San Sebastián y Biarritz. La corte es un tanto triste, porque sobre ella se extiende la sombra de la Reina. Ese viejo palacio, enorme, sombrío y fastuoso, que asustó al fino pájaro de Francia que se llama Réjane, es en verdad una vasta basílica de tristeza, que necesita, para no contagiar con su embrujamiento, reinas risueñas, como Doña Isabel, y reyes barbantes, como Alfonso. La Regente, que guarda aún la gravedad conventual de sus funciones religiosas de soltera, cuya vida de casada no fue muy agradable en lo íntimo del hogar, y cuya vida ha sido cercada de tantos cuidados, penalidades y desventuras, no tiene, ciertamente, motivos para estar vestida de color de rosa. La única que pone una nota jubilosa en la mansión real es la infanta Isabel, la infanta popular, amiga de los artistas, un poco virago, aficionada a cazar, a cabalgar, valiente sportman, generosa, caritativa, melómana, muy madrileña, y cuyo sans gêne le atrae por todas partes, y sobre todo en el pueblo, innegables simpatías. La infanta, en sus departamentos de Palacio, tiene un teatro en que hace trabajar a los actores que son de su preferencia y amistad, y allí mismo representan comedias aficionados pertenecientes a la aristocracia. A esas representaciones no asisten más que la Familia Real y la servidumbre de Palacio. En algunas casas suelen señoritas y caballeros hacer piecitas francesas, con toda corrección y propiedad. Algo lejanos están los tiempos en que damas de lo más encumbrado representaban en el palacio de la de Montijo La bella Helena, de Blasco.

No existen salones literarios, en el sentido francés del vocablo. Doña Emilia Pardo Bazán suele invitar a algunas tertulias en que priva el elemento intelectual, y don Juan Valera ha tenido sus sábados en que, fuera de las señoras de su familia y las hijas del duque de Rivas, no han asistido más que hombres. La duquesa de Denia, de cuando en cuando invita a su mesa a señalado número de artistas y hombres de letras; lo propio hace el barón del Castillo de Chirel. Pero el barómetro de intelectualidad está marcando sus grados reveladores; el poeta preferido de la

aristocracia es Grilo. Hay damas inteligentes y cultas que, como he dicho, viajan y se instruyen; pero son perlas negras o rosas azules las que sobresalen. La duquesa de Alba se interesa en trabajos de erudición e historia, y pone a la disposición de los estudiosos el inagotable archivo de su casa; la duquesa de Mandas es muy entendida en ciencias; las duquesas de Medinaceli y de Benavente son aficionadas a las letras; la condesa de Pino Hermoso y la marquesa de La Laguna imponen su espiritualidad en los salones. La hija de esta última. Gloria, tiene fama de agregar a la herencia de la gracia materna nuevas pimientas y sales. La clase media, acomodada o no, sigue los rumbos de la clase alta. Basta la más ligera observación para comprender que se ha adelantado mucho en instrucción primaria, desde la época, no muy distante, en que una señorita apenas sabía leer y escribir. Me refiero, es claro, a lo común, pues antes y después de doña Oliva Sabuco de Nantes y de Santa Teresa de Jesús, ha habido notadas españolas que hayan competido con los varones en disciplinas mentales. Las preciosas no dejaron a su tiempo de aparecer en las cultilatiniparlas. Quevedo aquí hizo su caricatura, como en Francia Molière su charge. En este siglo las literatas y poetisas han sido un ejército, a punto de que cierto autor ha publicado un tomo con el catálogo de ellas -¡y no las nombra a todas!-. Entre todo el inútil y espeso follaje, los grandes árboles se levantan: la Coronado, la Pardo Bazán, Concepción Arenal. Estas dos últimas, particularmente, cerebros viriles, honran a su patria. En cuanto a la mayoría innumerable de Corinas cursis y Safos de hojaldre, entran a formar parte de la abominable sisterhood internacional a que tanto ha contribuido la Gran Bretaña con sus miles de authoresses. Para ir hacia el palacio de la mentenda Eva futura, las falta a éstas cambiar el pegaso por la bicicleta.

El señor Sanz y Escartín, catalán, en una notable obra, que ha agregado Alcan en París a su biblioteca filosófica, dice que antes que las leyes son los sentimientos y las ideas los que están llamados a reformar las costumbres actuales españolas, que tantos males han causado, y que lo primero es educar a la mujer. Esto me hace pensar en idéntica idea que la de madame Necker de Saussure, y su comparación de la voz femenina en los coros cantantes. No admite discusión la eficacia del procedimiento, y venimos a parar que en este punto hay algo de aquello «en que consiste la superioridad de los anglosajones». No se trata de implantar en España el cultivo del «tercer sexo»; ni el espíritu nativo ni la tradición lo permitirían; pero sí de abrir a la mujer fuentes de trabajo que la liberten de la miseria y de los padecimientos actuales. Puede asegurarse que en raros países del mundo se presenta el espantoso dato estadístico siguiente: en España, 6.700.000 mujeres carecen de toda ocupación, 51.000 se dedican a la mendicidad. Fuera de las fábricas de tabacos, costuras y modas y el servicio doméstico, en que tan míseros sueldos se ganan, la mujer española no halla otro refugio. El señor Alba, en un notabilísimo estudio que muchas veces he citado, asegura que conoce algunos casos en que grandes industriales y almacenistas de tejidos o de novedades no han vacilado en dar a sus hijas un puesto en el negociado de correspondencia, en el de contabilidad y en la alta dirección de la sección de confecciones para señoras y niños. Estas empleadas -dice- tienen un sueldo asignado en la casa, con arreglo al cual visten, gastan en diversiones y caprichos, y

hasta abonan al fondo de familia una cantidad por su manutención. Acostumbradas así a vivir por cuenta propia, no se parecen en nada al resto de nuestras pobres mujeres, siempre dependientes de la tacañería o la prodigalidad ajenas. Sobre todo, en la vida íntima de las familias a que aludo, no existen las preocupaciones que crea el temor al porvenir, y por ello el afán de un necesario casamiento de las hembras. Es éste un buen ejemplo, que ojalá se propagase en la burguesía de este país, aunque ello choque un poco con las costumbres arraigadas y sea bastante yanqui. Eso quitaría la obsesión del novio rico en unas, y en otras la de «un príncipe italiano por lo menos», de que habla Campoamor. La ociosidad y la miseria, en la clase media y en la baja, son un admirable combustible para la prostitución. En París, ya en 1874, había 3.000 profesores de Música mujeres, profesoras de idiomas y aun de Historia. La Sorbona había establecido un curso femenino, con grados y diplomas. Hoy, ¿hasta dónde no se ha llegado? En cuanto a los Estados Unidos, desde 1870 a la fecha, las arquitectas han subido de una a 53; las pintoras y escultoras, de 412 a 15.340; las escritoras, de 159 a 3.174; las dentistas, de 24 a 417; las ingenieras, de 0 a 201; las periodistas, de 35 a 1.536; las músicas, de 5.753 a 47.300; las empleadas públicas, de 414 a 6.712; las médicas y cirujanas, de 527 a 6.882; las contables, de 0 a 43.071; las copistas -a mano y máquina- y secretarias, de 8.016 a 92.834; las taquígrafas y tipógrafas, de siete a 58.633. Y esto sin contar las actrices, que de 692 han llegado a 2.862; las clergy-ladies, de 67 a 1.522, y las directoras de teatro, de 100 a 943. Aquí, con la escasez de trabajo y con las preocupaciones existentes, ¿qué hace una joven que no tiene fortuna? Además de los trabajos que he señalado, no la queda otro recurso que los coros del teatro, que ya se sabe para dónde van; los puestos de horchateras y camareras de café, limitados peligrosos para la galería, pues para ejercerlos hay que ser guapa; y el baile nacional, para el país o para la exportación. Y las Otero son escasísimas. De aquí que un francés, en viendo a una española, sólo piense en el petit air de guitarré, olé. ¡Las que quieren ser honradas y trabajar, encuentran costura, por ejemplo, se destrozan los pulmones, y por todo el día de labor sacan una pobre peseta! Hay quienes lo soportan todo, y o se echan un novio también pobre y se van a vivir una vida de privaciones, o mueren sacrificando vida y belleza. En la galantería tampoco pueden encontrar paraíso... La vida galante es aquí poco productiva para las tristes máquinas del amor. La cocotte no se encuentra aquí como en París o Londres. La mayoría de infelices caídas va a parar a horribles establecimientos. Como la gracia y la belleza abundan en el pueblo, es ésta una de las capitales en que el amor fácil tiene mayor número de lamentables víctimas. Aún cruzan por las callejas tortuosas las viejas dueñas. Y la mujer española, entre las mil y tres, es la preferida de don Juan.

España contemporánea (1901).

La mujer nicaragüense

La mujer nicaragüense no tiene un tipo marcadamente definido entre las del resto de Centroamérica; pero hay en ella algo especial que la distingue. Es, y ya lo he hecho observar en otra parte, una especie de languidez arábica, de nonchalance criolla, unida a una natural elegancia y soltura en el movimiento y en el andar. Como en las Antillas, como en casi todas las Repúblicas sudamericanas, abunda el color moreno, el cabello negro; pero no son escasas las rubias. Solamente que el clima no deja durar mucho los oros de los primeros años. Así, el rubio claro o áureo se torna en castaño; las cabelleras se oscurecen, prevaleciendo tan sólo el encanto de la mirada azul. Los cascos de ébano o azabache son de copiosa riqueza. La herencia española delata su procedencia extremeña, castellana o andaluza. Sorprende gratamente el gran número de cuerpos altos y esbeltos que caminan con singular gallardía. «En cierta manera -dice Havelock Ellis-, puede atribuirse especialmente a sus peculiaridades anatómicas el andar de la española. Su paso -que se distingue también en todo lugar en que las mujeres acostumbran llevar carga a la cabeza, como en las romanas de las colinas albanas y en algunas partes de Irlanda- es el porte erguido y digno, acompañado de sobrios movimientos, como sacerdotisa que llevara los sagrados vasos. A la vez, el andar de la española, no exenta de altiva dignidad humana, tiene en sí algo de la graciosa condición de un animal felino, cuyo cuerpo todo es vivo y sus movimientos mesurados, sin exceso ni superfluidad alguna.» Todo esto es aplicable a la mujer nicaragüense, sobre todo a la mujer popular, pues en las familias acomodadas no es rara la señorita educada en ciudades europeas que ha adquirido maneras y aires extranjeros; cuando menos, las que han estado en colegios religiosos, la parsimonia un poco Sacre Coeur, o la señorita educada en los Estados Unidos, ademanes norteamericanos y modos demasiado amazónicos para una raza de gracia. De mí diré que después de tantos años de ausencia y de haber recorrido tantos países, encontré en mis compatriotas un encanto que por un lado me parecía lleno de atractivo exótico, y por otro reavivaba en mi memoria impresiones ya casi perdidas en la lejanía de mis primeros años. Habitado al bullicio de las grandes ciudades, a las comunes y sabidas elegancias femeninas de las populosas metrópolis, me sentía dulcemente subyugado por las figuras como de misterio que en aquel ambiente voluptuoso solía percibir en los salones, visibles desde la calle, salones en donde, por la noche, se mecen perezosa y tropicalmente en las sillas de junco; o en los tibios crepúsculos, a las puertas de las casas, como es usual, donde se admira la gentileza de tanta pálida beldad de grandes orejas, no lejos de los jardines que esparcen por oleadas embriagadores perfumes de flores que causan casi como una grata angustia. El desarrollo de la planta humana es allí prodigioso. Hay niñas espléndidas, semejantes a rosas o a frutas. En el pueblo de León, en el mercado, por ejemplo, he visto jovencitas de doce, de trece, de catorce años, ya listas para la maternidad en la más precoz de las adolescencias. Y recordaba la graciosa boutade de Maurice Donnay: «...et tu n'ignores pas que dans les pays chauds, on est plus vite arrivé à l'âge de puberté que sous nos froids climats d'Europe, les républiques sudaméricaines ayant pour devise: ¡Puberté, Egalité, Fraternité!» En verdad, allí pueden encontrarse esos tipos de adolescentes a la oriental que de tan caprichoso modo se describen en Las mil noches y una noche, que tradujo el doctor

Mardrus.

No es en los bailes o en las recepciones, que son más o menos iguales en todo país civilizado, en donde más demuestran su especial donosura las damas de aquella tierra, sino en ciertos paseos campestres y, sobre todo, en las fiestas a la orilla de los lagos o en las riberas del mar. Allí cantan y danzan gallardamente aires y sones del país, o alegres fandangos y músicas de España, que quedaron desde la época de la colonia. Todo ello es muy patriarcal, muy primitivo, si gustáis; pero para mí de un deleite irremplazable.

Por una temporada en Poneloya, cuando se admiran esas noches «que bien pudieran ser días donde no hay noches como ellas», según la estrofa del poeta colombiano, daría yo cien veces los halagos europeos de la cosmopolita costa de Azur, o cualquiera de los lugares famosos por sus casinos, kursales y demás edenes de artificio.

Al hogar no ha llegado el modernismo, y, generalmente, se procura contentar los deseos del buen Fray Luis de León. Las familias numerosas abundan, pues la fecundidad es extraordinaria y no se sospecha ni se desea sospechar a Malthus. A pesar de la victoria de los principios radicales en la política, la mujer, como en casi todos los países, conserva la religiosidad y mantiene las prácticas de devoción. La ortodoxia se muestra, sobre todo, en las gentes distinguidas y ricas. Las aristocracias en todas partes son las mantenedoras de la tradición y las sostenedoras del culto. Allá, los donativos para ello no escasean entre las pudientes. Por ejemplo: la iglesia de San Juan de Dios, de León, debe mucho a la munificencia de la esposa de uno de los más meritorios hombres públicos; me refiero a doña Soledad de Sánchez; y en la catedral, en altares y cuadros, queda el nombre de una mi señora tía, ya difunta: doña Rita Darío de Alvarado. El demasiado fervor ha hecho dupes algunas veces a los creyentes. Recuerdo que allá, en los años de mi infancia, los jesuitas ponían un buzón místico en la iglesia de la Recolectión, buzón que recogía las cartas que se escribían no sé ya más si a San Ignacio, a San Luis Gonzaga o a la Virgen María, los cuales contestaban por medio de sus reverencias los padres confesores. Otra vez es un sacerdote trashumante llamado «el padre de la campanilla», pues milagrosamente se oían en su cuerpo los sonidos de un timbre. El tunante era poseedor, a lo que entiendo, del primer reloj con timbre que haya llegado al país... Y quien daba la hora era él... Otra, y reciente, es un falso cura mexicano que estuvo diciendo misa y predicando; se ganó la buena voluntad de todos, y cierto día resultó ser un bribón que desapareció con un buen montón de dinero de sus feligreses... Mas en París hemos visto famosos ejemplares de esa especie, y las devotas del Faubourg han sido más de una vez tan esquiladas como las devotas nicaragüenses.

El valor, la voluntad de sacrificio, la abnegación, son cualidades que allá se admiran en la mujer, y de ello se han visto pruebas repetidas en las muchas guerras que han conmovido el país, desde la independencia hasta nuestros días, y en tiempo de la dominación española se admiraron ejemplos de bravura y de decisión femenina. «Entre las mujeres españolas -dice Ellis- en épocas pasadas, a pesar de las costumbres moriscas de encerramiento, eran comunes el valor y las cualidades bélicas»; y H. C. Lea, en su *History of the Inquisition in Spain*, dice que «combatían y

defendían su partido en las intrigas facciosas con más ferocidad que los hombres». Cuando Nicaragua fue tan atacada por los piratas, sobre lo cual narra Ooexmelin tan curiosas cosas en su rara Historia de la piratería, hubo un caso de valor mujeril que Gámez refiere de la manera siguiente: «...Pero al mismo tiempo que los piratas amenazaban por el Realejo, cuatrocientos filibusteros ingleses y franceses desembarcaron en Escalante, puerto del mar del Sur, a veinte leguas de Granada, sobre la cual se dirigieron inmediatamente. Los granadinos, noticiosos de la próxima llegada del enemigo, se fortificaron precipitadamente con catorce piezas grandes de artillería y seis pedreros. A las dos de la tarde del 7 de abril de 1685 se presentó el enemigo, y después de un corto fuego se posesionó de la ciudad. Al día siguiente pidieron el rescate de la población, y como no se les llevó pronto incendiaron el convento de San Francisco y dieciocho casas principales, saquearon la población y se retiraron con la pérdida de trece hombres pasando por Masaya y otros pueblos, hasta salir por Masachapa. Viva todavía la impresión de tan alarmante suceso, el 21 de agosto de 1685, los filibusteros, al mando del pirata Dampier, desembarcaron en un estero inmediato al Realejo, y encaminándose por un río que entra en el playón de Jaguei, se internaron en León, con objeto de dar una sorpresa; mas no pudieron evitar que el vecindario y las autoridades se apresuraran a la defensa, aunque con atropellamiento y sin orden. Al presentarse el enemigo, la suegra del gobernador, doña Paula del Real, tocó la caja, y por esta razón se dio su nombre al estero por donde penetraron los ingleses.» Si doña Paula del Real toca la caja, la señorita Rafaela Herrera dispara el cañón, no contra cierto joven marino inglés llamado Nelson, que más tarde se encontraría en Trafalgar, según afirma el arzobispo Peláez en sus Memorias para la historia de Guatemala, y luego el historiador nicaragüense Tomás Ayón, pues Nelson estuvo en Nicaragua en otra ocasión, sino contra otros enemigos, aunque siempre ingleses. «En 1762 -escribe Gámez- se presentaron los invasores amenazando el castillo de la Concepción (hoy Castillo Viejo) en momentos en que el castellano de la fortaleza, señor don Pedro Herrera, se encontraba enfermo de tanta gravedad, que murió algunas horas antes que los ingleses afrontaran las baterías. Este suceso, que coincidía con las miras del enemigo, dejó acéfalo aquel punto militar, pues un sargento fue cuanto quedó por jefe de la guarnición. El comandante de la flota, informado de todo por algunos prisioneros que servían de atalayas en puntos avanzados, mandó pedir al sargento las llaves del castillo, y éste, olvidándose de su deber militar, se manifestaba dispuesto a entregarlas, cuando la hija del castellano, que apenas contaba diecinueve años de edad, estimando como un legado el honor y la dignidad de su difunto padre, cuyo cadáver tenía delante, se negó a sufrir tamaña vejación, y, constituyéndose en jefe del castillo, hizo regresar al heraldo con su contestación negativa. Los ingleses entonces rompieron un fuego de escaramuza, creyendo que esto bastaría para lograr la rendición; pero la señorita Herrera, educada en ejercicios varoniles y conocedora del manejo de las armas, tomó ella misma el botafuego y disparó los primeros cañonazos, con tal feliz acierto que del tercero logró matar al comandante inglés y echar a pique una balandrita, de tres que venían en la flota. Con este arrojado tuvo el ímpetu de los invasores y mantuvo la acción en

equilibrio por cinco días que duró el fuego. Una circunstancia bien sencilla causó no poco temor a los ingleses. Viendo la señorita Rafaela Herrera que la oscuridad de la noche impedía distinguir las posiciones del enemigo, hizo empapar unas sábanas en alcohol, y después de colocarlas sobre unas ramas secas, dio orden de inflamarlas y echarlas al río. A su vista, los ingleses se creyeron que se trataba del tradicional 'fuego griego', no pudiéndose explicar cómo podían sobrenadar sin apagarse aquellas masas de fuego; y como la corriente las arrastraba hacia ellos, se llenaron de pánico y huyeron, suspendiendo el ataque durante aquella noche. Cuando fue de día los ingleses continuaron el interrumpido ataque, pero sin éxito. Por la tarde suspendieron de nuevo sus fuegos, y a la mañana siguiente se retiraron, dejando muchos muertos, varias embarcaciones perdidas, algunos útiles, y, sobre todo, el triunfo de la mujer. El acontecimiento causó gran regocijo en Granada y en todo el reino de Guatemala, en donde se celebró con entusiasmo, y la joven heroína fue colmada de alabanzas y bendiciones.»

Diecinueve años después el Gobierno español expidió una Real cédula otorgando a la señora doña Rafaela Herrera una pensión vitalicia en premio de la heroica defensa que hizo del castillo de la Concepción en 1762. De tal guisa las nicaragüenses de ahora, las del pueblo, van a las campañas, vivanderas, cantineras o compañeras del soldado; y a más de una se la ha visto en funciones de guerra, virilmente pelear con su fusil, como el más valiente. Y esa misma mujer es en su casa buena, hacendosa y excelente para el amor. Lo que se llama las mengalas, o sea las obreras, las que no usan el sombrero europeo de las clases acomodadas, portan con garbo el antiguo chal, que, como los de la India, las decora hermosamente, colgado de los hombros, hombros que van desnudos como los de una dama en traje de etiqueta. Hay entre esas mengalas ejemplares deliciosos que se dirían floración de una Andalucía complicada del ancestral ensueño y voluptuosidades indígenas.

Y tres niñas del mercado leonés, «trucheras», o vendedoras de telas, quedarán en mi memoria cual si las hubiese visto en un zoco arábigo miliunanochesco, libres de todo velo facial, en los tiempos del gran califa Harum-Al-Raschid.

Viaje a Nicaragua (1909).

IV. Peregrinaciones: crónicas de viaje

El viejo París

Viejo París, 30 de abril de 1900

Estoy en el Viejo París, la curiosa reconstrucción de Robida. Aunque, como todo, no está todavía completamente concluido, la impresión es agradable. Desde el río, la vista de los antiguos edificios se asemeja a una decoración teatral. Casas, torrecillas, techos, barrios enteros evocados por el talento de un artista ingenioso y erudito halagan al contemplador con su pintoresca perspectiva.

Al entrar ya se ve uno que otro travesti, desde el arcabucero o el lancero que se pasean ante los portales hasta las vendedoras de chucherías que tras los mostradores y las mesitas erigen en las graciosas cabezas el alto gorro picudo, cuyo nombre, en viejo francés, se me traspapela en la memoria. El sol se cuele por los armazones de madera, se quiebra en las joyas y dorados de las ventas y en las brigandinas de los soldados; y el aire de vida circula, el mismo que la primavera sopla sobre la exposición enorme y fastuosa, sobre el glorioso París. Como la imaginación contribuye con la generosidad de su poder, no puede uno menos que encontrar chocante en medio de tal escenario la aparición de una levita, de unos prosaicos pantalones modernísimos y del odioso sombrero de copa, justicieramente bautizado galera, que llegan a causar un grave desperfecto a la página de vieja vida que uno se halla en el deseo de animar así sea por cortos instantes. Si las cosas actuales anduvieran de otro modo, allí se debería entrar con traje antiguo y hablando en francés arcaico. Entretanto, conformémonos.

La puerta de Saint-Michel alza sus techos coronados de banderolas y abre la ancha ojiva de su entrada hacia el Sena. La calle Vieilles-Écoles presenta su barriada pintoresca, sus fachadas angulares, balcones y ventanales; por los pasajes anchos se oyen risas alegres de visitantes; en una calle un émulo de Nostradamus, por unos cuantos céntimos dice el horóscopo a quien lo solicita; y hay badauds que se hacen decir el horóscopo y dan los céntimos.

Creo que hace falta la figura de Sarrazin-el-de-las-aceitunas, circulando por estos lugares, repartiendo como en Montmartre sus anuncios rabelesianos y vendiendo su sabroso artículo.

Robida, el reconstructor, es, como sabéis, hábil dibujante y escritor de chispa. Su erudición artística y arqueológica se demuestra en esta tentativa, como su talento picaresco y previsor ha podido, en amenos rasgos, imaginar costumbres, arquitecturas y adelantos científicos de lo porvenir. En esta obra que ha visitado y que será de seguro uno de los principales atractivos de la exposición, quiso hacer algo variado, aunque reducido. Hay edificio que se compone de varias construcciones y que restituye así, en una sola pieza, distintos motivos que recuerdan tales o cuáles tipos a los arqueólogos.

Las diversiones del Viejo París no están aún abiertas, con excepción de un teatro en donde nos hemos llevado algunos un soberano chasco. ¡Imaginaos que no es poco venir a encontrar en el Viejo París, en vez de recitaciones de trovadores o juegos de juglares, una zarzuela infantil que está dando La viejecita, del maestro Caballero! Faltan aún los lugares en donde se pueda comer platos antiguos en su correspondiente vajilla, y las tabernas con sus mozas hermosas que sirvan la cerveza. Falta el pasado París de las Escuelas, que hiciese ver un poco de la vida que llevaban los clásicos

escholiers, y que cuando vinieran sus colegas de Salamanca o de Oviedo con sus bandurrias y sus guitarras les saludasen en latín y renovasen en cada cual un Juan Frollo de Notre-Dame de París. Falta que no se mezclen en los puestos de bisutería y bebidas los disfraces medievales con los tocados modernos; pues ahora se suelen ver unos pasos, anacrónicos que ponen involuntariamente la sonrisa en los labios. Falta asimismo presentar la sección de los oficios y resucitar los gritos de París con señalados vendedores ambulantes. La animación falta al barrio de la Edad Media, al barrio de los Mercados, en que ha de revivir el siglo XVII; las instalaciones completas de la calle Foir Saint-Laurent, Châtelet y Pont-au-Change. Cuando todo esté abierto y dispuesto, el aspecto no podrá menos que ser un extremo atrayente. Lo que no juzgo propio es la concesión que se hará al progreso y a la comodidad, con sacrificio de la propiedad. Por la noche, en vez de multiplicar las linternas de la época, se verán brillar en los renovados barrios lámparas eléctricas.

Se anuncian para dentro de poco festivales, justas y torneos, y no sé si cortes de amor. Es una lástima que no se haya tenido todo lo preciso preparado para que no saliese el visitante algo descontento después de una vuelta por esta obra inconclusa. Entre lo que llama la atención ahora están las distintas enseñas de las tiendas y los puestos, copiados de viejas colecciones. Al pasar se evocan nombres que constituyen época: Villon, Flamel, Renaudot, Etienne Marcel. Quizá dentro de pocos días se vean ya con un alma estas cosas; y al pasar por la casa de Molière creamos ver al gran cómico, y en otro lugar sospechemos encontramos con el redactor de la Gazette, y al cruzar frente a la iglesia de Saint-Julien-des-Ménétriers oigamos sonos de viola y gritos de saltimbanquis.

No me perdonaríais que pusiese cátedra de arquitectura y comenzase en estas líneas una explicación y nomenclatura técnicas de edificios, calles y barrios. Mas permitidme que os envíe la impresión del golpe de vista, en una tarde apacible y dorada, en que he mirado deslizarse a mis ojos el ameno y arcaico panorama.

Desde lejos, suavizados los colores de la vasta decoración, la visión es deliciosa sobre el puente de l'Alma y el palacio de los Ejércitos de mar y tierra. Al paso que avanza el bateau-mouche, se reconoce, en el oro del sol que se pone, la torre del Arzobispado y las dos naves de la Santa Capilla, la construcción pintoresca de Palais, con su Grande Salle; el Molino, el Gran Chatelet, con su aguda torrecilla; la fonda Cour de París y cerca el hotel de los Ursinos, el de Coligny; la gran Chambre del Comptes de Louis XII la iglesia de Saint-Julien-des-Ménétriers, y buena cantidad de edificios más que os habéis acostumbrado a ver en los grabados y a distinguir en los planos, hasta la puerta de Saint-Michel y el portal de la Cartuja de Luxemburgo.

Y como el espíritu tiende a la amable regresión a lo pasado, aparecen en la memoria las mil cosas de la historia y de la leyenda que se relacionan con todos esos nombres y esos lugares. Asuntos de amor, actos de guerra, belleza de tiempos en que la existencia no estaba aún fatigada de prosa y de progreso prácticos cual hoy en día. Los layes y villanelas, los decires y rondeles y baladas que los poetas componían a las bellas y honestas damas que tenían por el amor y la poesía otra idea que la actual, no eran

apagados por el ruido de las industrias y de los tráficos modernos.
Por las noches será ése un refugio grato para los amantes del ensueño.
Ignoro si los paseantes caros a Baedeker, los ingleses angulares y los que de todas partes del globo vienen a divertirse en el sentido más swell de la palabra gozarán con la renovación imaginaria de tantas escenas y cuadros que el arte prefiere. En cuanto a los poetas, a los artistas, estoy seguro que hallarán allí campo libre para más de una dulce rêverie. Tanto peor para los que, entre las agitaciones de la vida turbulenta y aplastante, no pueden tener alguna vez siquiera el consuelo de sacar de la propia mina el oro de una hermosa ilusión.
Peregrinaciones (1901).

Jardines de Francia

En mis paseos intelectuales -promenades littéraires, diría Rémy de Gourmont- he encontrado, o me ha parecido encontrar, no lo sé, una apacible y elegante villa que alegran gracias de jardín, visiones de parque. He penetrado a respirar el olor de las frescas arboledas. He hallado esbeltos plátanos, como los que invitan a soñar, allá en Versalles; hayas frondosas, laureles rosa. Con su idioma de susurros y de gestos lentos me han contado la poesía de sus estaciones. A veces, de lo alto de una verde copa ha dado su testimonio la voz de un pájaro. He visto mármoles, aquí, allá; grupos, estatuas, bustos. Y una fuente verleniana, que en las noches de luna lanza su chorro de cristal «esbelto entre los mármoles»... Como en felices tiempos románticos, he encontrado en un tronco de árbol un nombre grabado... La primavera debe haberle aromado muchas veces, tras la inútil frialdad de los inviernos, pues se siente en el ambiente el imperio de la juventud, el triunfo de la vida. Noto los bustos: el uno es de Lamartine, el otro de Víctor Hugo, el otro de Verlaine... En un pequeño lago cercano se hace presente la curva armoniosa de un cuello de cisne, blanco y sincero -que apenas parece haber visto pasar de lejos a Mallarmé... El viento, que suavemente vuela, trae ecos lejanos; ecos de mar, de montaña, de landas. Todos los oros del otoño se sospechan en tal dorado simulacro; y a pesar de un vago deseo de ensueño que se siente por todas partes, se manifiesta la reminiscencia de una imperativa influencia solar. De la villa oigo brotar un canto de mujer. El canto es melodioso, ardiente, profundo. Me detengo cerca de decorativos boulingrins, macizos de rosas de Francia, plantíos de violeta de Francia, admirables lirios de Francia.

Al lado, cerca de términos y a la entrada de glorietas, vi guijarros marinos y de esos sonoros caracoles que pintaban los pintores de antaño, como trompetas de tritones. Tomé uno de ellos y lo acerqué a mi oído. Se oía -curioso- primero como el ruido del Océano, mas después como ruido de aguas de gran río... Esto me recuerda algo de «por allá», me dije yo... Anduve, anduve entre los árboles. Unos tenían nidos en las ramas. Otros formaban arcadas como ojivas de catedrales de ensueño, otros me recordaban paisajes de viñeta -¿de dónde?-, y otros me invitaban a descansar bajo su amable sombra. Iba a salir ya por la puerta del jardín, cuando volví a oír

la voz femenina que, acompañada suavemente por un piano, llegaba hasta mí. Entonces tomé otro rumbo. Me detuve delante de un fresco laurel y admiré lo bien cuidado que estaba. Corté una hoja, la masqué, y supe una vez más que era amarga.

Luego seguí, caminando, caminando, hasta que me detuvo la visión de un ombú... «¿Un ombú? -me dije-. ¿En París un ombú?» Yo había creído hasta entonces que el ombú era, como la mandrágora de la leyenda, fabuloso... Que no se encontraba sino en los versos de tales poetas argentinos, y que su figura era ilusoria... Mas el ombú estaba allí. Y estaba bien conservado, bien cuidado.

Sus ramas decían toda la inmensa pampa y su corazón del árbol aparecía en su ademán vegetal, como traducción del corazón expirante y ya extraño del gaucho... «¿Qué es esto -me dije-, en un parque francés, en un jardín parisiense de París?»

Me sacó de mi sorpresa el dueño de la villa, el propietario del chalet, que vino hacia mí con la mayor afabilidad. En un español que no ocultaba el acento francés, me dijo: «Me llamo José María Cantilo, y me parece que es usted medio paisano mío... Está usted en su casa. Soy un argentino, jardinero de Francia... ¡Mire qué rosas! ¡Mire qué claveles! ¿Quiere usted champaña? ¿Quiere usted mate?» Opté por el mate. No le encontré gusto muy criollo... El mate era de plata y la bombilla de oro. Y, tal vez porque ya voy perdiendo la costumbre, me quemé los labios... Mas me supo delicioso -como cosa nuestra-, como el café de José María de Heredia... Parisiana (1908).

Hamburgo o el Reino de los Cisnes

Huysmans ha sido injusto con Hamburgo, y su duro humor se ha expresado en párrafos acres. Es que Durtal no fue a visitar el paraíso de los cisnes, y M. Folantin comió mal a dos marcos cincuenta. Hamburgo es alegre, casi con alegría latina, en cuanto cabe en un centro sajón. Hamburgo es la ciudad trabajadora, negociante, independiente, con su estricto senado, sus fábricas, sus canales, sus grandes hoteles, sus almacenes copiosos, y es también la ciudad que se divierte, se embellece, coquetea con el extranjero, tiene en su San Pauli que se parece a Montmartre como la cerveza al champaña, cafés al aire libre, a la orilla del Alster animado de yates, y a donde se va en vaporcitos, y en donde, los domingos, garridas muchachas flirtean a son de la música. Tiene un gran barrio lujoso que algunos llaman la Judea, porque poderosos semitas gozan en villas y cottages de la felicidad que da el dinero. Huysmans habla, feroz, de caraqueños que encontró en este emporio comercial. Yo no he encontrado a ningún compatriota de Bolívar, aunque no es raro oír hablar español, pues son muchos los hispanoamericanos residentes, y los hamburgueses que se han venido a establecer con sus familias criollas, después de hacer fortuna en las lejanas tierras calientes. Las arquitecturas distintas surgen entre los verdores de los jardines o al lado de las ordenadas alamedas.

Helkendorf, fresco y florido, tiene rincones deliciosos de descanso, de

amor y de ensueño, pues no es imposible ejercer esa delicada función de soñar en una ciudad en donde los habitantes, por muy prácticos que sean, tienen un poético paraje formado por un remanso del río, en el cual paraje una cantidad numerosa de cisnes es mantenida por el erario público. Estos poetas no tienen otra ocupación más que consagrarse a la belleza, ser blancos -hay algunos negros- y deslizarse gallardamente, con la dignidad que les dejó como herencia Júpiter. Ellos cumplen exactamente con sus obligaciones, y además de la pitanza que les ofrecen sus guardianes, el público los gratifica con migas de pan. El remanso es cristalino, la ribera florida; las tardes de oro llueven gracia mágica sobre ese divino espectáculo que pondría meditando al doctor Tribulat Bonhomet. Y los lirios habitantes de esos cristales que multiplican sus olímpicos aspectos, gozan de la más dulce beatitud en la capital de los falsificadores y mercaderes teutónicos. Aunque, en verdad, no he dejado de sentirme un poco inquieto cuando, comiendo en compañía de un mi conocido, exportador semita, me ha dicho, con una manera de satisfacción glotona, que el cisne, como el ganso, bien preparado, es ¡ay! muy sabroso. Y a propósito de líricos cisnes, os he dicho que Hamburgo tiene un Montmartre que se llama San Pauli... A mí me lo habían asegurado así, al menos. ¿Un Montmartre...? Para marineros. Con uno que otro café de nota, en que se puede comer halagado por la orquesta. Por lo demás, los teatritos son sórdidos, con chanteuses de desecho, espesas mugidoras de romanzas, o flacas parcas que dicen en inglés o en alemán chillonas canciones. No hay un solo cabaret, un solo poeta melencólico o sin melena que evoque el recuerdo de Privas, de Rictus o de Montoya. En un gran salón de audiciones populares, de conciertos una banda militar. En la plaza, un guignol atrae al popolo; los letreros de la luz eléctrica prometen maravillas, y en el interior la diversión es mala y fastidiosa. Quedan los restaurantes, con las sopas dulces, las salchichas, los diversos braten, y la excelente cerveza. M de Folantin, por un lado, tuvo razón. Pero ¡oh Des Esseintes! ¿y los cisnes?

De tierras solares (1902).

Por el Rhin

Adiós, Colonia, que aprendí a amar en Heine, y que me eres grata por tu catedral portentosa, por el agua que inventó Farina y por mi amigo Johan Fastenrath, que traduce a los poetas españoles y ha llevado al zorrillesco Don Juan Tenorio a hablar en el idioma del Doctor Fausto. Te saludo por las once mil vírgenes que desembarcaron en tu suelo, guiadas por la divina Úrsula; por Conrado de Hochsteden, tu arzobispo; por el arquitecto de tu fábrica sagrada, que entró en tratos con el diablo antes que el amante de Margarita; por el bravo obispo Engelbert de Falkembourg y por Hermann Grün, cuyas armas aun he podido contemplar esculpidas en tu Rathaus. Llevo de ti la visión de tus puentes de barcas, del domo labrado que erige al firmamento sus oraciones de piedra, armoniosa y severa iglesia, hermana gótica de las maravillas de Burgos, de París, de las antiguas basílicas de las ciudades que antaño sabían orar católicamente; el magnífico esplendor

moderno de tus construcciones, de tus paseos entrevistados y de una emperatriz Augusta, marmórea y serena, sentada sobre su blanco pedestal ante un plantío casi heraldizado de tulipanes multicolores.

¡El Rhin! Y siempre la vasta sombra hugueana por todas partes... Y la sombra de otro coloso, Wagner, y las armoniosas baladas de tantos poetas. Permitid que, por primera vez, cite versos a propósito, de un poeta que me es íntimamente personal y querido:

...la celeste
Gretchen; claro de luna; el aria, el nido
del ruiseñor; y en una roca agreste,

la luz de nieve que del cielo llega
y baña a una hermosura que suspira
la queja vaga que a la noche entrega
Loreley en la lengua de la lira.

Y sobre el agua azul el caballero
Lohengrin; y su cisne, cual si fuese
un cincelado tímpano viajero,
con su cuello enarcado en forma de S.

Y del divino Enrique Heine un canto
a la orilla del Rhin; y del divino
Wolfgang la larga cabellera, el manto;
y de la uva teutona el blanco vino.

El vaporcito, flamante y elegante, sale por el río, hacia Maguncia. Miro a un lado la campaña verde, y a otro la fila de grises edificios comerciales y marítimos. Hay una que otra chimenea que lanza su humo. Se oye el rumor de la ciudad, y a lo lejos el agudo clamor de una sirena. Y antes de las últimas villas y chalets, que señalan el término de población, alcanzo a divisar una especie de gigantesco guerrero, rey de piedra o monumental burgrave, que aparece como una evocación de la pasada feudalidad teutónica.

Y comienza el desfile de castillos, de esos castillos de cuento y de grabado que han deleitado nuestra infancia en páginas de dorados libros, en antiguos almanaques o en ornamentados keepsakes. Y sobre las torres arruinadas, o sobre las restauradas almenas, pasa el vuelo de las tradiciones legendarias.

Y es el pasado recóndito, la prodigiosa Edad Media, «enorme y delicada», o los nombres de ayer, resplandecientes de gloria y sonoros de armonía. He aquí ya Bonn, que, más altas que su castillo de Poppelsdorf, levanta dos banderas de gloria: Arndt, Beethoven. He aquí las siete montañas a un

lado, y a otro el derruido Godesberg; y una vasta procesión de poéticas resurrecciones empieza. ¿Son cincuenta nombres? ¿Son cien nombres? ¿Son mil? son un mundo de creaciones de la historia, de la fantasía popular y de la celeste potencia de los maestros de la lira y del arpa. Y sucede que, a menudo, mientras vais pensando en una brumosa soñación, o mirando con los ojos de vuestra mente las figuras de luz de luna, nacidas de la melodía de los poemas, pasa de pronto ante vuestros carnales ojos, por la cultivada ribera, a perderse en la negrura de un túnel, una locomotora, que arrastra su caudal de vagones. Cuando Hugo vino, todavía no había ferrocarriles en estas regiones que sintieron antaño el paso de los dragones y de los gigantes. El maestro recogió muchos ecos de las sagas rhenanas y los repitió y aprisionó en la prosa suya, hecho como con las mismas rocas duras de los montes y de los cimientos indestructibles de los castillos señoriales. Pero las leyendas son innumerables y vencen al paso de los siglos. Su gran enemigo, el progreso, apenas las toca y transforma. Lo que es estudio folklórico para los eruditos, vive y palpita siempre en la imaginación y en el corazón populares y en el santuario de los incontaminados poetas.

...Grün, el matador de leones, pasa. Surgen entre las viejas piedras, en las leyendas ciudadanas, testas de fieros arzobispos o de duros y severos burgomaestres. Soberbios bandidos son amados, antes que Hernani, por deliciosas y delicadas castellanas. Entre huestes semejantes a perros rabiosos, florecen dulces rubias que melifican el espanto de las torturas y carnicerías. Caballeros que parten en peregrinación a Palestina, son salvados de las desgracias por el Señor, a quien elevan capillas votivas. El milagro florece como en Jacobo de Vorágine; hay dragones como en las vidas de los santos, y gigantes como en Las Mil y una noches, y aparecidos como en los cuentos del pueblo. Mujeres ideales, de ojos azules, son lirios de felicidad y rosas de consagración. Bárbaros velludos como osos y feroces como tigres, se mueren de amor por las blancas y finas adoradas. Princesas de lánguidos cuellos cantan romanzas acompañándose con el arpa, ante reyes paternales, de largas barbas y ojos pensativos. Peregrinos tocan a las puertas de los castillos en noches tempestuosas. Los alquimistas hacen el oro en sus nocturnas tareas. Los templarios combaten, o emplazan, en la hoguera, a sus verdugos, ante el tribunal de Dios. Los cuernos de caza hacen resonar el bosque y los rudos cazadores persiguen, en caballos como huracanes, ciervos y jabalíes. Loreley, envuelta en gasa lunar, melodiosa, amorosa, peligrosa, la mujer, la ilusión, la sirena, se sienta en su roca.

Antorchas llameantes brillan entre los peñascos. San Clemente libra a la suave Ina de la furia del río y de los bandidos. Uta muere abrazada a su amante Reichenstein, en un suicidio amoroso que ha de ser, corriendo los tiempos, un común faits-divers. El arzobispo Hatto, a quien la historia alaba y la leyenda vitupera, muere por castigo de Dios, a causa de su mal corazón, comido por ratones. El conde Eppo encuentra en una montaña a una bella joven robada por un gigante; y, con ayuda de la Santísima Trinidad, salva a la dama y echa al monstruo en un precipicio en donde muere despedazado. La enorme persona de Carlo Magno aparece aquí, allá. Su hija Emma, casada contra su voluntad, va a habitar con su esposo Egimardo en el campo; luego el emperador, ante ellos, un día que los encuentra por

casualidad, y los reconoce, felices, les perdona y les lleva a su palacio. El mismo César sale, en coche, en excursiones, con el bandido Elbegart, que es un bandido cuerdo y valiente. Condes violentos y caprichosos son vencidos en sus mansiones feudales por la unión de los comerciantes de las ciudades coligadas. El caballero de Stanferberg se enamora de una ondina y es correspondido; luego es infiel a su juramento de amor y es castigado por la cólera de las ondas vengadoras. Una sirena discreta y hacendosa va a hilar en la rueca, a la casa de un joven que se apasiona por ella. Una noche la sigue; la ve entrar en las aguas del Rhin, y muere al lanzarse tras ella en los cristales del río. Los espíritus salen de las tumbas a amonestar a los caballeros demasiado tunantes. Lobos furiosos castigan a las profetisas que, enamoradas de los hombres, pierden su castidad y su don pitónico. Bodegas ocultas guardan un vino de dioses que inútilmente es buscado en los campos misteriosos. El diablo, Satanás en persona, sale de sus abismos y entra en tratos con las personas que andan en apuros y dificultades, y las saca de ellos, a trueque del alma y de la salvación eterna. Pero Nuestra Señora suele aparecer a tiempo con su poder, y manda a los infiernos al perverso demonio. Un joven pintor ve de noche renovarse en Oppenmeins, entre esqueletos, una batalla entre suecos y españoles, de la guerra de Treinta años. Una diestra caballería conduce a la dama que la monta, y a la que se quiere casar por fuerza, a la mansión de su amante. Y cien y cien más páginas, de sangre y de bruma, de luz pálida o de resplandores rojos, hasta llegar a esa Maguncia famosa en que nació el hombre de después de Lucifer ha hecho mayor competencia al Creador: Gutenberg.

Desfile de castillos, desfile de leyendas, revuelo de poesía y de encanto lírico, en este viaje de horas, por el río sereno, eternamente perfumado por el vino pálido que dan las viñas de sus orillas. Y canta Adelaida von Stolterfoth: «Del polvo de la ruina nace en el Rhin una vida más bella. Giran los espíritus que por tanto tiempo han descansado en las tumbas; resuenan las canciones con extraños saludos que yo debo repetir suavemente en mis canciones y en mis ensueños. Cuando veo volar al pájaro en las alturas del azul del aire; cuando veo deslizarse los barcos en la lejanía de las brumas grises, me parece que dice palabras el pájaro al hender los espacios, y otras palabras escucho al rápido paso de la embarcación.» Y yo también, peregrino de arte, de americanas tierras, hecho al sol y al canto de la vida latina, he puesto el oído atento a esas palabras de las aves y de las barcas germánicas, y de esa bruma he visto surgir la eterna gracia de las almas aladas, la virtud de la sagrada poesía, a la cual no vencerán ni los odios humanos, ni las sequedades de los intereses modernos, ni la mediocridad de las chatas cabezas de los regeneradores igualitarios. Pues la soberanía del espíritu se basa en lo que está más allá del bien y del mal, más allá de nuestro planeta mismo y de nuestros conceptos de verdad y de mentira: en lo infinito, en lo absoluto.

De tierras solares (1902).

El viaje a Nicaragua

La figura tropical es de una belleza que causa como una sensación de laxitud. El paisaje diríase que penetra en nosotros por todos los sentidos, y hay una furia de vida que con su proximidad enerva. Se creería que bajo la vasta techumbre azul de un firmamento que se rayaría con una estrella, flota un efluvio estimulante para el espíritu y para la sangre; pero cuyo estímulo se convierte en languidez, en desmayo voluptuoso: un far tutto que se deslíe en el far niente... ¿No acaba de saberse esta declaración reciente de cierto doctor: que no es dudoso que un estímulo solar demasiado intenso y demasiado prolongado conduce a la depresión, y que es a esa causa a la que ciertamente hay que atribuir la nonchalance de los habitantes de los países cálidos?

...Sólo, en el jardín de una casa amiga, he visto una tarde, en tibio crepúsculo, algo semejante a una estagnación de las horas. Había calor húmedo y voluptuoso, y el cielo, en que brillaban tan solamente, diamantinos, dos o tres luceros, se me representaba como inmenso invernáculo. No se sentía ni un soplo de aire; la vegetación hubiérase dicho cristalizada en la absoluta inmovilidad de las hojas. Había allí azucenas blancas de anunciación y otras semejantes a estilizados lirios heráldicos; había rosas de olor y jazmines orientales que constelan las verdes y espesas enredaderas en que crecen; había una flor que se llama cundiamor, y otra que estalla para regar su simiente, y la que se nombra bellísima, que evocaba para mí, rosada y alegre, altares domésticos como los que se adornan en diciembre para celebrar la Concepción de María. Toda la circunstante naturaleza me parecía contenida en un concentrado bloque de tiempo, atmósfera de bella-durmiente-del-bosque, o del legendario monje extasiado que escucha al pájaro paradisíaco.

El lujo del campo lo volví a admirar en plenas sierras. Se va a éstas a caballo; a las más cercanas pueden llegar carruajes. Desde que se sale de la capital y se comienza a subir, una temperatura dulce y fresca sucede a los ardores de la ciudad. Se empieza a ver a un lado y otro del camino rústicas fincas. Yo me deleitaba con las fragantes vegetaciones, con los cafetales, que evocan poesía criolla y antillana, sabrosos sentimentalismos líricos a lo mulato Plácido. Y hay en las viviendas, cubiertas de tejas arábicas o de paja, tales ejemplares de la mujer natural, mozas morenas, altas por lo general, de cuerpos flexibles, muchachas bronce o cacao, o pálidas mestizas, que sugieren fatigantes y agotadores cariños solares. Pongo por caso que tenéis sed y os detenéis en una de esas posesiones en las que, desde vuestra caballería, podéis ver el fogón de llamas de oro ante el cual se preparan los yantares. Una campesina de éstas os trae un agua fina, fría y doblemente grata, por ser servida en un guacal, esto es, en una taza hecha de la corteza del fruto del jícaro, las cuales tazas refrigeradoras suelen ser labradas e historiadas de escudos, aves, panículos, grecas y letras. A la oferta del agua se agrega la visión de unos lindos brazos, de unos lindos hombros y una rosada sonrisa. Y todo esto bien os puede hacer pensar en algo de Biblia o en algo de Conquista, en Rebeca o en doña Marina.

Me engreía ver a un lado y otro del camino los arbustos cargados de su fruto rojo y algunos aún como un manojito de tirsos llenos de su blanca floración. Y calculaba al ver la feracidad de aquel terreno en que se suceden alturas y hondanadas, tupido de arbustos de riqueza, cómo es de

fecundo y pródigo aquel suelo y cuánto hay que aguardar de las horas futuras, cuando una apropiada y propicia corriente inmigratoria contribuya a hacer la producción más abundante y más profícua. La labor agrícola es allí la verdadera fuente de vida, y el cultivo del café es el preferido; el grano de Oriente de que hablara por primera vez en Europa el veneciano Próspero Alpino, y que de Turquía fue con Jean Thevenot a Francia. «A principios del siglo XVIII el café se llevaba de Arabia y costaba muy caro en los mercados europeos; y el árbol era un objeto de curiosidad del que apenas se habían encontrado cuatro o cinco ejemplares. El burgomaestre de Amsterdam, según unos, o el Statuder de las Provincias Unidas, según otros, regaló al rey Luis XIV un arbusto de café que el monarca francés se dignó aceptar y confiar a los profesores de su jardín botánico. Los naturalistas del jardín recibieron con júbilo la planta obsequiada por los holandeses, le prodigaron los cuidados más asiduos e hicieron cuanto les fue posible porque se reprodujese en los invernaderos. Obtuvieron algunos retoños; pero daba lástima cultivar el café en estufas donde las plantas se ahogaban por falta de aire, de cuyo suelo artificial no sacaban sino un alimento insuficiente y poco salubre, y donde les faltaba espacio para desarrollar sus ramas. El encargado del jardín, que era el notable naturalista Antonio de Jussieu, pensó que sería más cuerdo enviar aquella planta a un país donde encontrase el calor vivificante del sol de los trópicos, la húmeda frescura de sus noches y el riego abundante del tibio de sus lluvias periódicas. En su concepto, la Martinica reunía las condiciones más favorables para hacer la prueba. Un joven alférez de navío, sumamente celoso por el progreso de las ciencias de su amigo Antonio de Jussieu, el caballero Déclieux, partía para aquella colonia con el nombramiento de teniente-rey. El botánico le entregó el mejor y más vigoroso de los retoños, recomendándole que no omitiese nada para llevarlo sano y salvo hasta su destino. Déclieux prometió mostrarse digno de la misión que se le confiaba y velar por el débil arbusto como por un niño enfermo.

»La travesía fue larga y penosa: escaseó el agua, y tripulantes y pasajeros fueron puestos a ración; pero como el arbusto no estaba comprendido en el reparto, habría perecido, si Déclieux, fiel a su promesa y pareciendo presentir el gran elemento de riqueza que traía consigo, no le sacrificara una parte de su escasa ración de agua. Aquel arbusto de la Martinica fue el padre común de los millones de arbustos que desde entonces han poblado las grandes plantaciones de América. De la Martinica pasó a las Antillas, y un siglo después a Costa Rica, de donde llegó a nosotros.» Tales son las palabras que sobre el café escribe en su Historia de Nicaragua D. José Dolores Gámez, cuyo padre, que tenía su mismo nombre, fue quien durante la administración Sandoval, por los años de 1845 a 46, cultivó la primera plantación en las sierras de Managua. Hoy es el café de Nicaragua de los más preciados del mundo. No en vano el de Jinotega obtuvo en una de las grandes recientes exposiciones el mejor premio por su aroma y calidad.

Es de un «pintoresco» que deleitaría a Francis Jammes el espectáculo de las labores en las sierras, en el tiempo del corte. Hacen este trabajo por lo general mujeres, y en los pequeños campamentos que se forman bajo los árboles protectores del café, no es raro ver la parvada de hijos que

afirma la fecundidad de la raza. Hay hamacas tendidas bajo los frutos rojos, y los cantos del pueblo suelen acompañar el trabajo. ¡Y qué gloria de vegetación, qué triunfo de vida en todo lo que la mirada abarca después de ascender a la región en donde el clima cambia y el aire es fresco, y los valles se extienden como en visiones de edén, y hay toda la gama del verde, y un vasto rumor se esparce de los sonoros bananeros o plataneros, de los árboles enormes y caprichosos sobre los que saltan las ardillas grises y vuelan las palomas arrulladoras, y los carpinteros y los pitorreales, y toda la fauna alada que haría las delicias de Ovidio!

Desde la cumbre de las sierras pobladas de fincas divísanse el lago de Managua, al fondo, y más cerca la laguna de Nejapa. Los colosales volcanes semejan, en la diafanidad de los crepúsculos calcados en los cielos puros, extraordinarios fujiyamas, y la luz de la ilusión, siendo de una transparencia de acuarela. Excursiones a caballo, paseos a pie, salidas cinegéticas, distraen y alegran las horas. Suele haber reuniones e improvisados bailes entre los vecinos de las propiedades; y esas voluptuosas y como lánguidas damas que van a pasar días de campo a las «haciendas», diríase que son las hadas de los parajes, las divinidades vivas y carnales.

...Más de una vez pensé en que la felicidad bien pudiera habitar en uno de esos deliciosos paraísos, y que bien hubiera podido tal cual inquieto peregrino apasionado refugiarse en aquellos pequeños reinos incógnitos, en vez de recorrer la vasta tierra en busca del ideal inencontrable y de la paz que no existe. Pocas horas de mi existencia habré pasado tan gratas y vividas como aquellas en que, al estallar las mañanas en una cristalería de pájaros locos de vivir, salía yo con mi escopeta, en compañía de un joven amigo, a recorrer los caminos, a bajar por los barrancos, a buscar entre los ramajes la deseada caza. Y al retorno, ningún plato de Champeaux o de la Tour d'Argent fuera comparable con los que, perfumados de las hierbas y especias de la tierra, regocijaban nuestro paladar y nos ponían, con el gusto de los condimentos y la satisfacción de la gula, un humor semejante al de ese modesto, pero excelente y bienhechor poeta que se llamó Baltasar de Alcázar.

Entre todas las plantas que atraen las miradas, llévanse la victoria palmeras y cocoteros, que en el europeo despiertan ideas coloniales, los viajes de los antiguos bergantines y las inocencias de Pablo y Virginia, de cuyo casto absurdo convencen los relentes de las selvas y las continuas insinuaciones de la tierra. El Trópico transpira savias amorosas; y allí Cloe daría a Dafnis las dulces lecciones de manera que dejaría suspensa por el asombro encantado la pastoril flauta de Longo. El bananero erige su ramillete de estandartes, de tafetanes verdes, sobre los cuales, cuando llueve, vibra el agua redobles sonoros; y las palmeras varias despliegan, unas, bajas, como pavos reales, anchos esmeraldinos abanicos; otras, más altas, airosos flabeles; las otras son como altísimos plumeros, orgullosas bajo el penacho, ya entreabierta la colosal y oleosa y dorada flor del «coroso», ya colgante la copiosa carga de cocos, cuya agua fresca y sabrosa es la delicia de las canículas.

...En anchos y lisos secadores pónese el café al sol, una vez cortado y recogido. Luego pasará a las máquinas descascaradoras, que lo dejarán limpio y listo para ser puesto en los sacos de bramante que han de ir a

los mercados yanquis, a los puertos del Havre o de Hamburgo. No es la cosecha nicaragüense tan crecida como la de otros países vecinos; pero en Nicaragua se produce ese grano fino que supera al mismo moka por su sabor y perfume, y que se conoce con el nombre de caracolillo. Una buena taza de su negro licor, bien preparado, contiene tantos problemas y tantos poemas como una botella de tinta.

El viaje a Nicaragua (1909).

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

